

A painting of a Gothic cathedral interior. The scene is viewed from a low angle, looking up at a large, ornate stained glass window. The architecture features intricate Gothic tracery and pointed arches. In the foreground, the backs of several people's heads and shoulders are visible as they look up at the window. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows, creating a sense of awe and grandeur. The overall color palette is dominated by warm, earthy tones like reds, oranges, and browns, contrasted with the cool blues and greys of the stone and glass.

LA HORA MUERTA

V i c e n t e S i l v e s t r e

LA HORA MUERTA
CRÓNICAS DEL HOMO MORTEM
TOMO 1

VICENTE SILVESTRE

La hora muerta. Crónicas del Homo Mortem. Tomo 1

Primera edición: agosto, 2018

© 2018 Vicente Silvestre Marco

Ilustración de portada y contraportada: © 2018 Carlos NCT

Todos los derechos reservados

*Para mi abuela,
que me introdujo en este inesperado viaje.*

Todo comenzó así:

*“En un agujero en el suelo,
vivía un Hobbit...”*

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1: Takashi](#)

[Capítulo 2: Julia](#)

[Capítulo 3: Nadia](#)

[Capítulo 4: Ernesto](#)

[Capítulo 5: Khalid](#)

[El Advenimiento: Román \(1\)](#)

[Capítulo 6: Takashi](#)

[Capítulo 7: Julia](#)

[Capítulo 8: Nadia](#)

[Capítulo 9: Ernesto](#)

[Capítulo 10: Khalid](#)

[El Advenimiento: Román \(2\)](#)

[Capítulo 11: Takashi](#)

[Capítulo 12: Julia](#)

[Capítulo 13: Nadia](#)

[Capítulo 14: Ernesto](#)

[Capítulo 15: Khalid](#)

[El Advenimiento: Román \(3\)](#)

[Epílogo](#)

[Comentarios del autor](#)

[Dónde encontrarme](#)

Prólogo

Ahora me he convertido en la muerte, el destructor de mundos.

Bhagavad Gita, capítulo 11, versículo 32.

Cuando Antonio extrajo un cigarrillo del paquete de tabaco y prendió el extremo no imaginaba que sería el último que se fumaría en la vida.

Eran la tres y media de la madrugada del veinte de mayo y había terminado la ronda por su zona de patrulla, la circunscrita entre la valla interior y la exterior de la instalación, aquella que todavía se consideraba territorio español. Las noches todavía eran demasiado frescas y lo único que deseaba era quedarse en la garita de guardia hasta las cinco o cinco y cuarto, momento en que tendría que hacer la segunda y última ronda. Durante ese tiempo se tomaría un par de tragos de vodka y seguiría viendo la serie de televisión que tenía preparada en el ordenador portátil.

Las patrullas eran, a su parecer, una tarea inútil, pero no es que se quejara por ello ya que eran parte del trabajo y, en resumidas cuentas, le gustaba su trabajo. En los ocho años que llevaba como vigilante de seguridad, durante el turno de noche, jamás había tenido ningún problema. Ninguno en absoluto. Ni el más mínimo suceso que mereciera ser anotado como tal, más allá de las averías o desperfectos típicos debidos al tiempo o al uso: una cámara estropeada, un foco que perdía potencia, o cuando el aire acondicionado dejaba de funcionar correctamente.

Esta ausencia de incidentes serios no era casual, sino que se debía como consecuencia directa al aislamiento que proporcionaba aquel emplazamiento agreste, recogido entre colinas plagadas de pinos silvestres, tejos y robles, y al que tan solo se podía acceder por una

anodina y serpenteante carretera secundaria de montaña que zigzagueaba sobre el escarpado terreno.

Sin embargo, aquella noche había sido una excepción, por partida doble. Por una parte, se había encontrado con la puerta de la valla interior entreabierta y, por otro lado, Javier, el compañero del turno previo al suyo había abandonado su puesto antes de que él llegara para recibir el relevo. Al menos eso es lo que Antonio supuso al no encontrar ni a Javier en la garita ni a su vehículo aparcado como de costumbre.

Lo cierto es que si Antonio se hubiera asomado por el pronunciado terraplén que quedaba muy cercano al aparcamiento habría distinguido el Suzuki todoterreno de Javier atravesando con el morro un tramo de la verja interior. Y si no hubiera cerrado la puerta metálica con una total ausencia de interés, habría distinguido el parpadeo tenue, semioculto entre la floresta, anaranjado y rítmico como un sol moribundo, procedente del edificio de los americanos.

Pero no hizo ninguna de estas dos cosas. En su lugar, despotricó para sí mismo sobre la falta de profesionalidad de su compañero, anotó la ausencia en el registro de su turno, y se preparó para continuar viendo la última temporada de *"The walking dead"*. A mitad de un capítulo, durante una de aquellas escenas en que Rick y Negan se enfrentaban otra vez —en aquella ocasión el enfrentamiento se produjo en las entrañas de un edificio en ruinas— le surgió la idea fugaz de que Javier, su compañero del turno anterior, debía haber abandonado el puesto mucho antes de que él mismo llegara al complejo militar, ya que no se cruzaron durante la estrecha carretera de acceso, y esta se prolongaba solitaria durante casi una hora. Pero esta idea no prevaleció, solo fue el eco de un pensamiento que pronto quedó anegado por los vapores del alcohol y el agradable ensimismamiento de perderse en la serie de los muertos vivientes.

A lo largo de todos aquellos años trabajando como vigilante de seguridad había reflexionado sobre el lugar en que trabajaba. Tanto él como el resto de los compañeros de la empresa de seguridad, eran

el primer y más inofensivo obstáculo para acceder a aquella instalación militar sin nombre. Su función principal consistía en controlar el acceso, dar paso a los trabajadores de la instalación (en su mayor parte estadounidenses, al menos a sus ojos) y, en caso de necesidad, ponerse en contacto con su enlace de la Guardia Civil. No estaban armados ni tenían autoridad para usar la fuerza como medida disuasoria. A efectos prácticos eran poco más que espantapájaros con un comunicador. Con los años se había enterado de que el puesto estuvo antes ocupado por miembros de la Benemérita, pero tras alguna clase de acuerdo interno la tarea de vigilancia había recaído en una empresa privada de la que se rumoreaba que el propietario era un alto cargo del ejército.

La única diferencia con otros puestos en los que había trabajado con anterioridad consistía en una cláusula al final de su contrato laboral. Una cláusula de confidencialidad que le prohibía filtrar información del lugar o el trabajo que realizaba. Otra soberana estupidez, ya que ellos apenas mantenían contacto con los trabajadores de la instalación y no estaban al tanto de lo que sucedía entre sus muros, pero tampoco se quejaba por aquello ya que debido a esa cláusula cobraba bastante más de lo que cobraría en cualquier otro puesto de condiciones similares.

Donde uno podía encontrarse en serias dificultades era a partir de la segunda verja, cuando pasaba a ser territorio estadounidense. Hacía tres años, un compañero veterano al que solo le quedaban unos días para jubilarse, le había confesado con aire conspirativo que el origen de aquella instalación se debía a una concesión del gobierno de España a Estados Unidos, fruto de las simpatías y el acuerdo del Trío de las Azores, cuando los presidentes Aznar, Blair, y Bush hicieron causa común para invadir Irak.

Antonio no tenía motivos para dudar de aquella afirmación. Allí tenían sus propios guardias. Y no eran vigilantes de una empresa armados con comunicadores, sino soldados profesionales. Rara vez los veía o se cruzaba con ellos, pero no creía que nadie en su sano juicio se le ocurriera atacar a militares pertrechados con fusiles de asalto.

Se rumoreaba qué en el interior del recio edificio, aparte de soldados, también podía encontrarse un importante número de trabajadores a los que se suponían científicos. Rara vez salían y, a principio de cada mes, llegaban camiones cargados con suministros, lo que les hacía pensar que la instalación estaba preparada para una reclusión prolongada.

El edificio, a pesar de tener diez pisos de altura, se hallaba construido en una cuenca natural, de forma que las montañas y los árboles se elevaban más de una veintena de metros por encima del helipuerto que coronaba la parte superior, aprovechando la orografía del lugar para camuflarlo.

Sin embargo, la cuestión más interesante, la pregunta del millón, seguía sin respuesta. ¿Qué es lo que hacían allí? ¿Qué era lo que investigaban con tal secretismo hasta el punto de hacerlo en un lugar tan recóndito?

El compañero veterano que se había jubilado hacía unos años afirmaba convencido — con el convencimiento de quién no necesita argumentos ni pruebas, solo su experiencia — de que allí dentro hacían ensayos de armas que los militares estadounidenses no estaban dispuestos a probar en su propio país. Javier, por otro lado, defendía que se trataba de una especie de Guantánamo; una prisión fuera del radar, donde nadie pusiera en duda los métodos que empleaban para conseguir información.

Y Antonio había llegado a la conclusión de que no le importaba en absoluto lo que se hiciera dentro de aquellos muros. Cuanto menos supiera del asunto mucho mejor para él. Qué otros se encarguen de los misterios que todavía quedaban en el mundo. Él lo único que deseaba era vivir bien. Viajar a algún paraíso tropical durante las vacaciones. Tener relaciones esporádicas con una chica, sin ataduras ni giros dramáticos. Ver los partidos de fútbol los domingos por la tarde con los amigos. Estaba en paz consigo mismo y con lo que esperaba de la vida.

De forma que tras aquella reflexión en la que parecía el ser más henchido de satisfacción del universo, le dio una prolongada calada

al cigarro y sostuvo el humo en los pulmones durante varios segundos, antes de exhalarlo en una ondulante marea gris que se difuminó con el frío de la noche.

Uno de los focos titiló y Antonio frunció el ceño extrañado. Volvió a titilar y se apagó.

—No me jodas. Menuda suerte la mía.

En respuesta al comentario de Antonio un zumbido eléctrico, como una ola que reventara contra la valla, resonó con violencia y todas las luces se apagaron a la vez.

—No puede ser —y soltó un suspiro de protesta.

Las nubes cerraban la noche. En la siguiente calada el cigarro brilló con intensidad. Lo arrojó al suelo y se dirigió a ciegas al interior de la garita, donde guardaba la linterna. Antes de entrar escuchó el leve crujir de la gravilla, pero no le otorgó ningún significado en especial. La noche estaba plagada de pequeños ruidos y, tras tantos años, uno aprendía a mantenerlos en un segundo plano; un ruido blanco sin ningún interés.

Ya en el interior de la pequeña garita, recorrió con las manos, tanteando, la mesa del vigilante, hasta que por fin encontró la linterna. Comprobó que los monitores de las cámaras de seguridad también se habían apagado. Les dio unos golpecitos como si aquello pudiera devolverlos a la vida. Lo único que le mostraba la superficie de los monitores era su propio y oscuro reflejo sobre la pantalla... pero aquello no era del todo exacto, porque también mostraban el rostro alguien más, alguien detrás de él.

—¿Javier? —la pregunta de Antonio surgió forzada, tratando de aparentar normalidad, como si al hacerlo pudiera espantar el miedo, ácido y fluido, que le subía por la garganta desde el fondo del estómago.

Antonio se giró y el haz de luz de la linterna se posó sobre el rostro sanguinolento de Javier. Éste último no apartó la mirada.

La pregunta había surgido automática porque el corte de pelo de aquel individuo —rapado hasta la raíz del cuerpo cabelludo— era el

de su compañero Javier. Y el uniforme también; si se ignoraba la camisa abierta y desgarrada; si se ignoraba la sangre que cubría la ropa, convertida en un amasijo sombrío. Pero, sobre todo, si se ignoraba... si se ignoraba, aquel rostro descarnado al que le habían arrancado la nariz, al que le faltaban los labios y parte de los pómulos y parte las mejillas.

Javier se balanceaba como si el solo hecho de mantenerse de pie fuera un acto extenuante. *Está borracho. Está borracho y ha tenido un accidente*, pensó Antonio, pero la idea no le resultaba tranquilizadora.

Lo que quedaba del rostro de Javier fue adoptando una actitud agresiva, rabiosa. El rostro se inclinó un poco. Los ojos se entornaron con un brillo maligno y salvaje.

Y se lanzó hacia delante, silencioso y voraz.

La linterna cayó al suelo. Antonio se descubrió forcejeando con su antiguo compañero.

—¡Para! ¡Para! ¿Te has vuelto loco? —logró decir entre jadeos, sosteniendo a Javier desde las muñecas. Apenas podía verlo, pero sí que podía oler su aliento. El olor metálico e incisivo de la sangre coagulada. Cerca, muy cerca de la cara. Demasiado cerca... Sintió la saliva, cayendo sobre él como gotas de rocío hediondo. Se le estaba tirando con todo el cuerpo encima. No lo golpeaba, solo lanzaba el rostro hacia delante, mordiendo, ansiando (*Dios, oh dios*, suplicó para sus adentros) un bocado de su cara.

Empujado por el enloquecido compañero Antonio chocó de espaldas contra la mesa donde descansaban los monitores. En un movimiento desesperado golpeó la rodilla de Javier, haciéndole perder el equilibrio, y tiró de sus brazos hacia un lado. Logró arrojarlo al suelo y tanteó, desesperado, por encima de la mesa en busca de algo, algo contundente, algo con lo que defenderse...

La linterna iluminaba los pies de Javier. Ya empezaba a levantarse de nuevo y Antonio adivinó la mirada, la horrible mirada de su

compañero, que prometía no detenerse jamás hasta lograr acabar con él.

Su mano se cerró sobre un objeto duro. Sin vacilaciones, Antonio golpeó donde creía que debía estar la cabeza de Javier.

Fue un golpe directo entre los ojos. El objeto reventó en una lluvia mordiente de cristales y el aire se llenó de un intenso, invasivo, olor a alcohol.

El instinto de supervivencia tomó las riendas de Antonio y, antes de que él mismo se diera cuenta de lo que hacía, ya estaba saliendo de la garita del vigilante. Cerró la puerta con violencia confiando en que, debido a su estado enloquecido, Javier no pudiera abrirla.

Su primera idea fue ir al aparcamiento, pero la desestimó al instante. La llave del vehículo estaba en el interior de la garita y antes de volver a entrar allí estaba dispuesto a buscar ayuda, aunque fuera caminando. Por muy lejos que estuviera de la civilización. Quizás los americanos pudieran ayudarle y, sin embargo, aquella idea tampoco acababa de convencerlo.

Detuvo las cavilaciones al escuchar de nuevo el crujir de la grava. Un crujido arrastrado, prolongado, demasiado regular y cercano. Pero no podía ser Javier porque todavía estaba encerrado en la garita. Entonces...

Entonces se dio cuenta de que el sonido provenía de varias direcciones y todas ellas tenían como origen, provenían, de la base militar. Supo, con cristalina certeza, que aquellos pasos terminaban en él.

Suspiró de alivio al notar en el bolsillo de los pantalones el mando con el que podía abrir y cerrar la verja metálica a los vehículos. Se apresuró hacia allí, casi a ciegas, confiando más en la memoria de tantos años de trabajo que en su limitada visión.

Pulsó el mando.

No pasó nada.

Lo volvió a pulsar, en esta ocasión con fuerza. Repitió el gesto, desesperado, sintiendo como las lágrimas del pánico saltaban desde las comisuras de los ojos.

—Por favor, por favor, joder, por favor, funciona... ¡Funciona!

Pero la puerta (la condenada puerta) seguía sin abrirse. Y entendió por qué. El motivo era tan evidente que lo había pasado por alto. La corriente eléctrica había saltado para toda la instalación y este hecho incluía, por supuesto, el brazo hidráulico que desplazaba la verja.

Sintió como tras él varias formas se aproximaban. Pausadas. Ineludibles.

Pero el brazo hidráulico podía desbloquearse. Solo se hacía en caso de que se estropeara y se requiriera abrir la verja manualmente.

Recortó los metros que le faltaban hasta el enrejado mientras, tanteando, soltaba el manajo de llaves que le colgaba del cinturón. Las manos le temblaban incontrolables en busca de una llave pequeña.

Las llaves tintinearón escandalosas, o por lo menos así le pareció a Antonio, cuando se le cayeron de las manos para rebotar contra el suelo.

Escuchó un gruñido tras de sí. Un gruñido de satisfacción. En respuesta el vello de los brazos se le erizó como si hubiera recibido una descarga.

Sus dedos se cerraron en torno a una llave pequeña, diminuta, y suplicó silencioso que fuera la correcta.

La cerradura no giró de inmediato. Gimió, protestó, y, por fin, liberó el brazo hidráulico del entramado metálico de la verja.

No comprobó a que distancia se encontraban las figuras de él. Abrió la puerta y salió de la instalación. Un momento de duda le hizo considerar cerrar la puerta, pero le alcanzó de nuevo aquel sonido arrastrado y torpe sobre la grava e imaginó, aterrorizado, el rostro encarnado, abiertas las heridas, de Javier.

—A la mierda con todo.

Y con aquella frase tan apropiada para la situación, pues albergaba tintes proféticos, Antonio dejó libre a la mayor plaga en la historia de la humanidad.

Capítulo 1: Takashi

El karma podía ser un auténtico cabrón retorcido.

Takashi lo sabía demasiado bien. Tenía veintiocho años y gozaba de una sabiduría inusual que le permitía reconocer que había cometido muchos errores en su vida. También que, de esos errores —quizás más que de sus éxitos—, había extraído lecciones que lo habían ayudado a formar su carácter resuelto y aventurero, siempre en busca de nuevos retos. Sin embargo, en ningún momento supuso que aquel viaje en solitario, aquel viaje a través de los caminos del mundo, como un peregrino eterno, y que lo había dejado atrapado muy lejos de su Japón natal, pudiera ser un error. Ni siquiera más tarde, cuando la pesadilla de sangre y muerte ya se hubo desatado sobre la faz de la tierra, consideró tal opción.

Pero si que hubo un suceso, hiriente en los recuerdos posteriores, que lo hizo dudar acerca de su responsabilidad. Con un acto tan sencillo como habría sido mirar en otra dirección en el momento oportuno, quizás millones de personas podrían haberse salvado de ser devoradas por sus congéneres.

Quizás incluso antes. Porque, reflexionaría más tarde, si hubiera tomado un tren o un autobús, en lugar de haberse dejado llevar por su visión romántica del viajero y esperar a ser recogido como un autoestopista a las afueras de Valencia, el terror habría sido detenido a tiempo.

Llevaba un año y medio recorriendo Norteamérica y Europa como mochilero y, tras haber agotado casi todo su dinero, se disponía a regresar de nuevo a Japón, porque era lo más parecido a un hogar, aunque hacía mucho tiempo que no sentía ningún lugar al que pudiera llamar como tal. Pero antes debía tomar el vuelo que salía del aeropuerto de Barajas, en Madrid. De forma que aceptó la ayuda de un agente comercial que se dirigía a Cuenca y que lo dejó en un

área de servicio perdida en la N-420, donde la gente se mostraba poco receptiva a recoger autoestopistas solitarios.

El lugar contaba con un par de surtidores de gasolina y un edificio de planta baja donde se podían adquirir diferentes clases de aperitivos, barras y galletas de chocolate, refrescos y agua embotellada, así como un amplio repertorio de revistas que hablaban de la vida de los famosos. También había un discreto estante con objetos de aseo personal que podrían interesar al viajero más olvidadizo: espuma de afeitar, pasta dentífrica, pañuelos, desodorante, compresas y comida para perros. Y al fondo, tras aquel ejército de productos, se encontraba la dependienta, una veinteañera de mirada apática que no perdió de vista a Takashi cuando este recorrió los pasillos entre los estantes, como si este fuera capaz de robarle hasta los clavos de las paredes si le daba un solo segundo de tregua.

Pasó el día entero preguntando a los conductores que paraban a repostar combustible o comprar algo de comida sin encontrar quién lo llevase. Aquella noche se vio obligado a dormir a la intemperie, utilizando la mochila como un improvisado cojín.

Fue durante la mañana siguiente, cerca de las nueve en punto, cuando se rindió y llamó a un taxi para que lo recogiera. Le iba a costar bastante dinero, pero el avión de regreso a Tokio despegaba aquella misma tarde y se había demorado tanto que corría el riesgo de perder el vuelo.

Aquella decisión lo disgustó enormemente porque rompía con el propósito secreto que albergaba de su viaje. Para Takashi no se trataba tan solo de visitar países y observar el mundo a través de los muchos prismas que componían la cultura de los pueblos, sino que tenía una dimensión más profunda y espiritual. Lo consideraba su *musha shugyo*, su entrenamiento del guerrero, tal y como lo habían hecho los samuráis del pasado, en busca de experiencias y situaciones que los pusieran a prueba.

Sin embargo, había descubierto que más allá de las incomodidades propias que podía sufrir todo viajero, era casi imposible encontrar

pruebas de fuego. La clase de pruebas que templaban el alma de las personas, como en el pasado se había templado el acero de las espadas: un acto donde la clave era calentar y doblar el metal hasta limpiar las impurezas; hasta alcanzar la perfección. Había esperado que el viaje limpiara sus impurezas, pero en lugar de ello regresaba Japón, imbuido por un sentimiento de fracaso, dispuesto a abandonar su sueño y seguir adelante con una vida rutinaria y sin altibajos.

El acontecimiento que más tarde lo haría arrepentirse de su viaje sucedió al borde de un barranco desde el cual se observaba la autovía, a escasos cien metros de la gasolinera, mientras esperaba al taxi que lo llevaría al aeropuerto. Estaba recordando su entrenamiento militar porque un par de minutos antes llamó su atención media docena de camiones del ejercito español que circulaban a gran velocidad por la carretera. Ya se disponía a regresar junto a los surtidores cuando, sin motivo para ello, desvió la mirada a un sendero casi perdido entre el sotobosque que ascendía colina arriba, hasta perderse en una frondosa pinada. Aunque no fue el camino lo que despertó su curiosidad, sino un pequeño reborde circular de toscos ladrillos al desnudo que sobresalía al comienzo del sendero.

De no haber vuelto la vista hacia aquel pequeño embalse seco éste habría pasado inadvertido, así como el individuo atrapado en su interior.

Y, una vez Takashi lo descubrió, no le quedó otro remedio —pues jamás se le habría ocurrido otra alternativa— que ayudar a aquel pobre desgraciado que, por alguna extraña serie de circunstancias, estaba seminconsciente y atrapado en un embalse que carecía de asideros por los que trepar.

El hombre, al darse cuenta de la presencia de Takashi, extendió los brazos hacia él en un movimiento torpe y apremiante mientras abría la boca en espasmos, como tratando de decir algo.

Takashi necesitó tumbarse por completo en el suelo, justo en el extremo de la balsa, para alcanzarlo y poder sostenerlo desde las

muñecas. Una vez lo logró tuvo que utilizar toda su fuerza para sacarlo a pulso, pues el hombre estaba demasiado débil como para ayudarlo o ayudarse a sí mismo.

Fuera del embalse, el hombre se dejó caer y Takashi lo sostuvo para que fuera un descenso progresivo. Entonces, el olor intenso y desagradable que desprendía —una mezcla de sudor y alcohol— subió por sus fosas nasales. Con la proximidad pudo apreciar mejor su terrible aspecto, exhausto y febril. Vestía lo que parecía ser un uniforme de vigilante lleno de desgarrones y con los camales del pantalón calados de barro prácticamente hasta las rodillas. También le faltaba el zapato del pie derecho dejando al descubierto su estado en carne viva, como si hubiera corrido durante horas por la montaña.

El hombre se estiró hacia Takashi y cuando abrió la boca tan solo surgió un gemido ronco e ininteligible. Para facilitarle las cosas Takashi acercó la oreja a sus labios. El hombre lo intentó de nuevo y en esta ocasión, en un susurro quebrado, Takashi logró entender que el hombre le estaba pidiendo agua.

Le asintió dos veces con la cabeza y fue corriendo hasta la estación de servicio. Cuando salió igual de rápido del edificio, esta vez esgrimiendo una botella fresca de agua mineral, la dependienta le gritó ofendida que tenía que pagarla. Abandonó el mostrador mascullando entre dientes que todos los chinos eran unos malditos ladrones.

Takashi se acuclilló frente al hombre, destapó la botella y se la ofreció. La dependienta los alcanzó en un trote poco coordinado y se colocó detrás de Takashi mientras escrutaba con desconfianza a ambos.

El hombre sin zapato sostuvo la botella, temblorosa, con ambas manos, cuando se la llevó a la boca. El agua se le derramaba por el mentón y le caía encima de la ropa empapada en sudor y otra sustancia más oscura. Takashi vio que el rostro congestionado sudaba mucho. Apoyó la mano en la frente del hombre y la apartó enseguida. Ardía.

—¿Es un borracho o es que está enfermo? —preguntó la dependienta, abrazándose a sí misma, en un tono de preocupación que solo la incluía a ella.

En respuesta, el hombre convulsionó en una tos horrible, burbujeante y sanguinolenta, que llovió sobre Takashi y la chica. La botella de agua rodó por el suelo derramando el poco contenido que le quedaba.

La dependienta se pasó lentamente la palma de la mano por el rostro. Observó con fijeza y espanto la mezcla de agua y saliva, en tono rosado, casi rojo, que la cubría, y se marchó corriendo al interior de la estación de servicio.

El hombre tosió en tres ocasiones más, esta vez apuntando al suelo. Se sacudió con vehemencia en cada una de ellas, los ojos cerrados, balanceándose como una hoja mecida por el viento. Un hilillo de sangre se le escurrió por la comisura de los labios y descendió en un fino reguero, acumulándose en el mentón.

Después de limpiarse el rostro con el fondillo de la camiseta, Takashi se colocó tras el hombre y lo agarró desde los sobacos, tiró de él y lo apoyó en el tronco de un pino.

—Hay que llamar a una ambulancia —le explicó al hombre que parecía estar cayendo en la inconsciencia.

Antes de que Takashi pudiera levantarse una mano se cerró con fiereza en torno a su brazo.

—No.... no... Llama a la policía, a la Guardia Civil —volvió a toser y la fuerza con que lo había agarrado se desvaneció.

Cuando Takashi entró en la estación de servicio no encontró por ningún lado a la dependienta. Se acercó al baño de mujeres y llamó, pero no le contestó nadie. Había comenzado a abrir la puerta lentamente —le llegó el sonido de un grifo abierto— cuando se interrumpió ante el chillido de la chica.

—¡Cierra la puerta maldito pervertido!

Takashi mantuvo la puerta entornada para hacerse oír.

— El hombre está muy mal. Dice que llamemos a la Guardia Civil, pero necesita una ambulancia —dijo Takashi.

— A quién voy a llamar es a la policía. Ese tío está borracho y tenía manchas de sangre en la ropa.

Takashi, un poco más tranquilo al saber que la chica llamaría a las autoridades, entró en el baño de señores y aprovechó para afeitarse. Se lavó con cuidado el rostro y el cuello; las zonas que más habían sido alcanzadas por la tos de aquel hombre. A continuación, se frotó la chaqueta vaquera. Las marcas donde había caído la saliva sanguinolenta se difuminaron, no por completo, pero lo suficiente para no llamar demasiado la atención.

Al salir de los aseos comprobó que la dependienta estaba tras la caja registradora con un teléfono pegado a la oreja, caminando en círculos. La chica le arrojó una mirada furibunda que decía: todo esto es culpa tuya, cabronazo.

A través de las ventanas divisó un taxi que no tardó en acceder al área de servicio y se detuvo junto a uno de los surtidores.

— ¿Es usted Takashi? —preguntó el conductor en un tono que parecía indicar que, en aquella gasolinera en mitad de ninguna parte, podía haber decenas de personas que responderían a ese nombre.

Tras confirmarle que así era le pidió que aguardara un segundo, a lo que el taxista replicó que a él le daba igual porque el taxímetro estaba en marcha.

Takashi se acercó al árbol en que había dejado apoyado al hombre seminconsciente y se sorprendió al ver que el lugar estaba completamente despejado. Miró a su alrededor y no vio señal alguna de su presencia.

Durante un instante Takashi consideró la posibilidad de avisar a la dependienta de que se marchaba y de que aquel hombre había desaparecido, pero finalmente optó por no hacerlo. Él ya había hecho todo lo que podía. Además, si llegaba la policía y, por el

motivo que fuera, decidían tomarle declaración podía llegar a perder el vuelo con destino a Tokio.

El trayecto hasta el aeropuerto ejerció un efecto tranquilizador en los nervios de Takashi. La holografía del terreno fue cambiando de pronunciadas y rocosas colinas por llanuras que subían y bajaban como olas pardas y estáticas. Creaban distancia, un recuerdo casi onírico, con respecto a lo sucedido en la estación. Seguramente aquel hombre se recuperaría. Quería pensar que sería así. Aunque aquella tos... la sangre. Sus pensamientos se dirigieron al traje que vestía. Era la indumentaria de algún tipo de guardia de seguridad. Y aquel pie descalzo y destrozado. Había tenido que recorrer muchos kilómetros caminando para que se quedara en carne viva. Una vez se veía el cuadro al completo invitaba a toda clase de suposiciones inquietantes.

Tomó una prolongada y tensa respiración e intentó olvidar lo sucedido regresando al paisaje.

Al llegar al aeropuerto ya había dejado el suceso de la estación en un segundo plano. Al entrar comprobó el panel de salidas. París. Toronto. Milán. Zúrich. Nueva York. Buenos Aires. Caracas... Tokio. Su vuelo aparecía justo al final de la lista. Tenía tiempo, pero no tanto como le hubiera gustado.

Con calma —la calma era fundamental a la hora de tomar la dirección correcta— buscó los carteles que le indicaran como acceder a la T4, la terminal desde la que embarcaría a su vuelo. Tras recorrer un largo pasillo descendió por dos escaleras mecánicas atestadas de gente. Las ruedas de las maletas rotaban sin cesar, cantando, entremezclándose con los pasos apresurados de sus portadores, en una sinfonía ansiosa que se veía perpetuada por el constante fluir de personas.

Fue durante el trayecto en el metro cuando comenzó a sentirse mareado. Al principio no le dio importancia. Pero cuando hubo llegado a la T4 se tambaleó en la cola de facturación de equipaje. Un par de chicas que caminaban justo detrás de él le preguntaron si se encontraba bien y Takashi asintió con una sonrisa tranquilizadora.

Comió una barra energética de cereales y bebió dos largos tragos de agua. Apenas se enteró cuando le informaron de que podía pasar la mochila como equipaje de mano. Toda su atención permanecía enfocada en mantener la compostura.

Cuando llegó a la cola —la larga, zigzagueante y atestada cola— para cruzar el control de seguridad pensó que no iba a ser capaz de lograrlo. Se terminó la botella de agua y la arrojó a uno de los contendores. Al pasar la mano por la frente comprobó que estaba caliente, salpicada por gotas de sudor. El mareo parecía intensificarse por segundos. Pensó que en la zona de embarque podría comprar medicamentos. Ibuprofeno o paracetamol. Así lograría bajar la fiebre mientras durara el trayecto.

Estornudó con violencia. Una. Dos. Tres veces. Varias personas protestaron. Takashi quiso disculparse, pero, en su lugar, se tambaleó como un boxeador al que hubiesen golpeado en la mandíbula; directo al *knock-out*. Trató de asirse a una de las bandas laterales que limitaban el pasillo zigzagueante, falló, y sus pies resbalaron.

Había llegado al suelo, podía ver la baldosa pulida a escasos centímetros de su cara. Sin embargo, Takashi seguía cayendo como Alicia por la madriguera de conejo. Contemplando la luz de la entrada que se hacía más y más pequeña.

Después hubo un momento de vacío, parecido al escenario previo de los sueños, donde una bacanal de voces luchaba por hacerse oír. Una de ellas, la voz del aeropuerto, pensó Takashi enajenado, le preguntó si quería tomar té. Takashi le dijo que no, que lo único que deseaba era volver a casa y si aquel era el camino. El aeropuerto le dijo que por supuesto. Desde allí podría ir a todas partes. A todo el mundo. A todo el mundo.

Capítulo 2: Julia

Desde el televisor de cincuenta pulgadas sonaba a todo volumen “I need a hero” mientras en la pantalla, Rachel Newsham y Dan Cohen —los monitores de *bodycombat*— lanzaban una orquestada combinación de puñetazos y patadas.

Julia se permitía llamarlos por sus nombres en voz alta ya que tenía la mayoría de sus episodios y, en su modesta opinión, eso le concedía el derecho a dirigirse a ellos con confianza. Los saludaba al principio de cada programa y protestaba cuando las series de golpes se volvían tan agotadores que se veía obligada a detenerse. Claro que Julia no esperaba que le contestaran. Eso habría sido de locos y ella estaba cuerda. Al menos, tenía la esperanza de que así fuera.

Llevaba algo más de seis meses practicando frente al televisor, por lo menos, tres días a la semana. Lo hacía por las mañanas y lo había incorporado a su clase semanal de *spinning* y pilates en el gimnasio. Pero estaba dispuesta a sacrificar estos dos últimos ejercicios en beneficio del *bodycombat*.

Julia había descubierto durante el último mes porqué le gustaba tanto. El conocimiento le llegó de pronto al reconocer los pensamientos subyacentes a las sesiones y lo que hacía con ellos. Quizás habían estado allí desde el principio, latentes en su interior, a la espera de que los iluminara con un poco de reflexión. O tal vez fueron emergiendo tímidamente con el tiempo. En cualquier caso, una vez que los había descubierto resultaba imposible ignorarlos.

Le gustaban esas sesiones porque no se dedicaba tan solo a marcar los golpes. Cuando ella golpeaba estaba machacando, aplastando, haciendo trizas, todo lo que la disgustaba de su vida. Y tenía un par de cosas a las que sacudir hasta que le sangraran los nudillos y le crujieran los huesos. Seguramente así habría ocurrido de no ser

porque los puñetazos y patadas solo cortaban el aire frente al televisor.

Durante aquellas sesiones los *jabs* de boxeo arremetían contra las largas ausencias de su marido en el extranjero. Cada patada de capoeira iba dirigida a los años sacrificados en beneficio de su familia y que nadie parecía reconocerle. Y los ganchos. Los ganchos y golpes cruzados se los dedicaba a ella misma. Uno tras otro. Se odiaba por no haber terminado la carrera de medicina y por pensar, demasiado a menudo, que su vida carecía de sentido.

No siempre había sido así. Antes era una mujer realizada. Como esposa. Como madre. Como... pero ya estaba. Y allí radicaba su malestar. Porque Román ya no parecía necesitarla (el mundo de su marido giraba en torno al trabajo, que era la investigación y la difusión de dicha investigación) y Laura que, con tan solo once años, había comenzado a sustituirla por sus amistades; apartándola lenta e inexorablemente de su lado.

Ninguna de estas preocupaciones salía a la superficie. Ella ofrecía un rostro calmado, como las aguas de un lago al amanecer. Sostenía con facilidad una sonrisa que provocaría las envidias en cualquier anuncio de higiene dental. Transmitía una falsa templanza que mantenía opaca la rabia.

Cualquier persona que se cruzara con Julia por la calle, al salir del coche, o en el rellano del bloque de apartamentos, se llevaba la impresión de que su vida debía ser radiante. Una vida plena, resuelta, sin problemas, llena de satisfacción. Siempre elegante y hermosa, luciendo ropa que permitía adivinar las curvas atléticas y firmes de su cuerpo. La viva imagen de la perfecta mujer florero.

Para el resto del mundo Julia solo era eso. Un objeto bonito al que admirar, desear o criticar en la distancia.

Muchos de sus vecinos sabían que su marido era un famoso investigador en medicina, porque esa clase de cosas se comentaban entre cuchicheos casuales y algunos no tan casuales. De la misma forma que todo el mundo sabía que la vecina de la puerta treinta y dos tenía un amante que acudía durante las horas de madrugada

cuando su pareja trabajaba en el turno de noche. O que al vecino de la cuarenta y nueve le apestaba el aliento a alcohol, ya fuera de mañana, tarde o noche. O... la lista era interminable.

Lo que nadie sabía, porque esa clase de cosas no interesaba saber, es que Julia, quién tenía un coeficiente de inteligencia alrededor de ciento cincuenta, había abandonado la carrera de medicina por decisión propia para quedarse embarazada. Lo que tampoco nadie sabía —se mudaron varios años tras aquello— es que el bebé nació muerto y Julia estuvo durante un año sumida en una depresión.

Logró salir de aquel estado de la mente —blando, acolchado, lejano e indiferente— en parte gracias a la ayuda de una psicóloga a la que veía dos veces por semana y, en parte, al apoyo incondicional de Román, que por aquel entonces todavía no era su marido. Pero sobre todo logró salir adelante gracias a la determinación de que se convertiría en madre, una buena madre; que demonios, una madre excepcional. Una idea a la que necesitó darle forma durante aquellos dolorosos meses hasta adquirir la consistencia de un barco que la mantuvo a flote y, al mismo tiempo, la guio hacia delante.

Tras aquel periodo volvieron a intentar quedarse embarazados y en dos ocasiones sufrió abortos espontáneos. Pero aquello no la detuvo. Estaba decidida a traer vida, protegerla y cuidarla.

Entonces quedó embarazada de Laura. Y tuvo la intuición, la seguridad, de que en esa ocasión saldría bien. Pasaron los meses, la temible barrera de los tres primeros meses, y resultó ser una intuición acertada.

Aquel año, durante el quinto mes del embarazo, Román y ella se casaron. La universidad de Valencia le había concedido una generosa beca de investigación y el futuro les sonreía con toda clase de promesas.

Más adelante le costaría recordar aquella etapa. Su pasado, su vida entera en general, quedó eclipsada por el nacimiento de Laura. Un cambio radical en el orden y posición dentro del tapiz de la existencia; muy parecido al profundo cambio que también sufriría su

vida con la aparición de los Muertos, nombre por el que se daría a conocer a los infectados en muchos medios de comunicación.

Durante los años posteriores al parto Julia se dedicó a cuidar de su familia con un frenesí discreto; consumiéndose en su propia soledad.

Román y ella se fueron distanciando. No fue un proceso dramático, con episodios de discusiones y lágrimas. Ocurrió en el monótono y costumbrista pasar del tiempo, cuando las caricias y los gestos de cariño se volvieron cada vez menos frecuentes. Los susurros y las risas de complicidad por las noches fueron sustituidas por breves y formales intercambios de palabras. Las vacaciones se transformaron en un compromiso durante el cual se veían obligados a abandonar las cómodas rutinas.

Durante el último año Julia se dio cuenta de que había comenzado a hundirse de nuevo. Le costaba dormir por las noches. Cuando se tumbaba en la cama los engranajes de su mente giraban y se encadenaban en una serie de compulsivos pensamientos que era incapaz de controlar. Los nervios hormigueaban y la mantenían en un estado prolongado de vigilia hasta que, agotada, lograba conciliar el sueño. En el mejor de los casos, un sueño sin sueños.

Cada día que pasaba la opresión en sus pulmones aumentaba un poco más. La vida se había convertido en un nudo apretado. Muy apretado. Tan apretado que apenas la dejaba respirar.

Cuando la sensación de asfixia comenzó a ser insoportable se apuntó al gimnasio que quedaba más cerca de casa. Probó las diferentes clases que ofertaba y al cabo de varias semanas empezó a descubrir que se encontraba mejor. No mucho mejor, pero si lo suficiente para entender lo cerca que había estado de hundirse por completo.

Todos esos acontecimientos aparecían con frecuencia durante las sesiones de *bodycombat*. Un monólogo que la atravesaba como un río subterráneo de recuerdos, fragmentos y emociones, amortiguados por la música y la coreografía de los ejercicios.

Ese día en particular —cerca ya de terminar la sesión; los músculos de las piernas, los brazos y la espalda, ardiendo placenteramente— consideraba la posibilidad de apuntarse de nuevo a la universidad. Quizás al grado de psicología o el de pedagogía. Desde luego no volvería a estudiar medicina.

La carrera, la facultad de medicina, estaba toda ella teñida por sus primeros recuerdos con Román y el bebé (*Clara, se llamaba Clara*) que nació muerto.

Dejó que la ducha se prolongara más de lo necesario. Durante varios segundos la presión del agua se incrementó y cuando el chorro impactó con fuerza en el rostro —agujas líquidas que no parecían terminar jamás— no hizo nada por evitar el dolor.

Podría acudir en horario de mañanas. El colegio de Laura había cambiado a jornada continua de forma que ahora terminaban al mediodía, pero aun así creía ser capaz de arreglárselas para dejar la comida hecha.

Tras hidratarse bien salió a la calle vestida con ropa de deporte, elástica, ceñida a la línea de su cuerpo como un guante de goma. Saludó a un par de vecinos, rostros conocidos a los que jamás había asignado un nombre, y, cuando estaba a punto de llegar a Mercadona, una voz la detuvo.

—¡Julia!

—Hola Esther —dijo Julia con una sonrisa queda. Se conocían tanto del gimnasio como del colegio. Esther tenía tres hijos y uno de ellos, el más pequeño, iba al mismo curso que Laura. Los tres tenían fama de problemáticos.

—Se te ve estupenda. Tan juvenil. Aunque claro, yo también estaría como tú si no hubiera parido a tres hijos.

—Bueno, todo es cuestión de mantenerse en forma —dijo, aunque una sombra cruzó la sonrisa de Julia. Cuatro, yo podría haber tenido cuatro, pensó.

—¡Ay! Ojalá fuera cierto. Pero el cuerpo no se recupera igual de bien. No sabes la suerte que tienes, querida. Puedes dedicarte a ti

misma todo el tiempo que quieras. Los hijos solo traen quebraderos de cabeza.

—Seguro. ¿Qué tal Kevin? He oído que tuvo problemas en la escuela.

La boca de Esther se torció en una mueca.

—No fue nada. Cosas de chiquillos. Está en esa edad. Si te soy sincera creo que se ha exagerado el tema. Es normal que de vez en cuando hagan alguna trastada.

—Supongo. Espero que la policía no lo detuviera ni nada por el estilo.

—Oh no. Solo le dieron un susto y me alegro, vaya si me alegro. Los chicos necesitan que les den un susto de vez en cuando para ponerles los pies en la tierra. Con las chicas es diferente. Tu Laura, por ejemplo, es tan normalita que parece que nunca haya roto un plato.

—Laura tiene la cabeza muy bien amueblada —dijo Julia lacónica.

—Espera a que se le despierten las hormonas. De eso no se escapa nadie.

—Ya. Mira, tengo que ir a hacer la compra. ¿Nos vemos en el gimnasio?

—No creo que pueda, no todas tenemos tanto tiempo libre. Esta semana estoy tan ocupada que no tengo ni una hora para escapar. A lo mejor la que viene.

Julia se alegró de dar por terminada la conversación. La mayoría de las veces que se encontraba con Esther sentía como si estuviera en una lucha dialéctica donde los golpes bajos no eran la excepción sino la norma. Resultaba agotador y siempre terminaba con un sabor amargo.

Ya en el interior del supermercado comenzó a arrojar artículos en el carro. Aquello le supuso un auténtico ejercicio de inventiva, porque no necesitaba ninguno de ellos. Cada lunes realizaba una meticulosa compra y, en ella, no solo se aseguraba de adquirir lo

imprescindible, sino también todas aquellas cosas que podían agotarse a lo largo de la semana.

El viaje en realidad era una excusa para salir de casa, para escapar del espacioso, impecable y solitario, apartamento-prisión en el que vivía.

Fueron cayendo más y más artículos. ¿Ambientador con olor a lavanda? La vida no sería la misma sin él. ¿Zumo de uva? Por supuesto. ¿Salsa con sabor a mango y curry? Exótico.

Se detuvo frente a un estante abarrotado de galletas, paralizada, incapaz de escoger entre la esquizofrénica selección. Galletas de avena, de avena con chocolate, cereales y fibra, sin azúcares, con sabor a limón o a naranja (viva los cítricos), las de jengibre, las pastas para el té, los barquillos de chocolate, las tortitas de arroz, las de maíz, las de yogur...

Una mano invisible se cerró dentro del pecho de Julia y se vio obligada a retroceder dos pasos; habría dado un tercero y probablemente un cuarto de no ser porque una de las columnas del supermercado la detuvo. Tenía la respiración agitada, muy rápida, manteniendo la mirada clavada en el suelo. Lo único en que podía pensar mientras sentía que el mundo se convertía en una espiral era que nadie la viera en ese estado. La vergüenza habría sido demasiado.

Pasó el tiempo. Diez segundos. Veinte. Treinta. Y comenzó a sentirse mejor. Lo suficiente como para respirar de una forma más regular y enderezarse hasta mantener una postura erguida, normal.

El teléfono móvil comenzó a sonar. Román.

—¿Me oyes?

—Sí, sí. ¿Qué tal todo en Berlín? ¿El simposio ha salido bien?

—Muy productivo, creo. He tenido la oportunidad de conocer mejor a Byrne y a Tremblay. Esta noche cenaré con Byrne. Transmite una energía y un entusiasmo que son realmente motivadores. Creo que nuestros proyectos podrían compaginarse muy bien.

—¿Byrne? No me suena. ¿Es doctor en tu área?

—Es normal que no te sea familiar. La doctora Byrne es una joven promesa. Lleva poco tiempo como investigadora, pero parece que nos lleve años de ventaja a todos.

—Ya. Eso es... genial. Entonces, ¿vuelves mañana?

—Había pensado en cambiar el billete de vuelta para dentro de un par de días. El resto de investigadores no se van todavía y así concretaríamos ciertos aspectos de logística y comunicación. Pero también puedo volver mañana y ya me amoldaré a lo que se decida —hubo una pausa—. Creo que es importante que me quede. ¿Qué te parece? ¿Te molesta si llego en un par de días?

—Si es importante deberías quedarte —dijo con vacilación.

—Gracias cariño, eres la mejor esposa del mundo.

—Sí, oye, estoy en la cola de Mercadona y tengo que pagar ya. ¿Hablamos mañana?

—Claro, si quieres te puedo...

Julia colgó la llamada. Abandonó el carro con todos los artículos que no necesitaba en el pasillo de las galletas que no quería. Salió del supermercado con la imperiosa necesidad de darle una patada a algo; a alguien. En su lugar lo que hizo fue caminar rápido, cada vez más rápido, hasta que llegó a un parque infantil abandonado. Se dejó caer en uno de los bancos de madera.

El parque estaba vallado, aunque no parecía ser necesario. No había niños que se tiraran por los toboganes, los columpios colgaban inertes, el balancín en perpetuo desequilibrio... La impresión era de una catástrofe que hubiera arrancado a los infantes de la existencia.

Sacó el teléfono móvil y comprobó que solo tenía mensajes de WhatsApp en el grupo "Madres de 5ºB". Ciento cincuenta y dos mensajes. Aquello logró arrancarle una sonrisa.

Ella pertenecía a las madres que merodeaban la periferia de aquel grupo del colegio. Lo comprobaba cada cierto por si había sucedido algo importante, aunque participaba en raras ocasiones.

Comenzó a bajar por la conversación. Un cumpleaños y las respectivas felicitaciones de más de una veintena de personas, en su mayoría madres. Iconos de tartas, besos y ojitos con corazones. Siguió deslizando. Una conversación en torno a un examen de matemáticas. Deslizó el dedo con fuerza y los diálogos se convirtieron en un borrón indescifrable.

Pulsó la pantalla. La conversación era reciente. Frases con exclamaciones que aseguraban que no podía ser verdad. Otra frase preguntaba dónde había ocurrido. ¿De qué estaban hablando? Retrocedió un poco. Alguien defendía que parecía un video auténtico. En una frase muy bien redactada una madre explicaba que ese grupo no había sido creado para compartir contenidos de mal gusto. Subió un poco más y encontró un video con la frase incrustada: “esto podría haber ocurrido muy cerca”.

Al principio le costó entender lo que estaba viendo. La grabación había sido hecha desde un teléfono móvil y la calidad dejaba mucho que desear. Al tener el volumen de su celular tan bajo apenas pudo escuchar bien lo que se decía, ni los gritos que se escuchaban más allá de las voces. Era una escena grotesca. El video se interrumpió de repente.

Julia no creía que algo así pudiera ser de verdad. Lo más probable es que se tratara de un video promocional para alguna película de terror. Una del tipo “El proyecto de la bruja de Blair” o “REC” que parecían estar hechas por aficionados. Porque, ¿cómo iba alguien a grabar algo así con el teléfono en lugar de llamar a la policía o a una ambulancia? La garganta se le había quedado seca de repente.

Ajustó el volumen al máximo y volvió a poner el video.

En esta ocasión pudo distinguir mejor dónde se desarrollaba la escena. La grabación estaba hecha desde el interior de un vehículo. La cámara se asomaba desde la ventanilla bajada del copiloto y apuntaba a un grupo de personas que forcejeaban en el suelo, a varios metros de distancia, junto al surtidor de una gasolinera. Alguien gritaba. Un grito horrible que Julia dudaba fuera capaz de fingir el mejor de los actores.

Una voz, masculina, estridente, exclamó:

—¿Lo estás grabando? ¡Joder, no dejes de grabar!

—Sí, sí... —confirmó una mujer, casi inaudible.

Se produjo un zoom de la cámara que recogió al grupo. El encuadre se agitaba espasmódicamente y, aun así, se podía distinguir como tres de las figuras retenían a una cuarta en el suelo, mordiéndola, desgarrando sus brazos y sus piernas como perros rabiosos. La persona que estaba en el suelo luchaba por escapar, pero resultaba inútil. Los gritos —parecían los gritos de una mujer— se elevaron hasta convertirse en alaridos.

—Oh, mierda... ¡Arranca el coche! —dijo de repente la voz que sostenía el móvil.

La imagen giró en un ángulo imposible de seguir con la mirada y se quedó a oscuras. Se escuchó el sonido del motor al encenderse. Un grito de dolor y después: —Ese hijo de puta me ha mordido. ¡No pares! ¡Acelera! El muy...

Así terminaba.

Cuando alguien ve una película de terror se puede asustar, quizás incluso dar un grito, saltar en el asiento, perder los papeles, pero al finalizar siempre le queda la tranquilidad de saber que se trata tan solo de ficción. Al encender las luces regresa la tranquilizadora certeza de que los monstruos no son reales. En aquel preciso instante Julia no sentía nada de aquello.

Era incapaz de concretar exactamente como lo sabía —tal vez los gritos, tal vez el crudo voyerismo de la pareja, tal vez la naturalidad de la grabación— pero, en cualquier caso, supo que no se trataba del video promocional de una película, ni nada por el estilo. A aquella mujer la habían devorado viva mientras la grababan.

Le temblaron las manos cuando guardó el teléfono móvil. La escena se repitió en la pantalla de su mente y cuando intentó vomitar descubrió que no podía.

Capítulo 3: Nadia

—¿Qué estás mirando, Nadia? —preguntó Alejandro mientras indicaba que iba a cambiar al carril de la izquierda.

La pregunta pasó inadvertida. Nadia permanecía abstraída por el teléfono móvil. Deslizaba el dedo por la pantalla. Leía unas pocas líneas y volvía a deslizar el dedo. De vez en cuando giraba la pantalla y tecleaba algo.

—¡Eh, becaria!

Aquello logró captar su atención.

—¿Qué? Ya sabes que no me gusta que me llamen así.

—Parece que a veces es la única forma de que me hagas caso. ¿Qué estás viendo?

—Se ha vuelto viral. Está por todas partes.

Alejandro redujo casi sin pensar la velocidad a cincuenta kilómetros por hora, el máximo permitido en ciudad, y miró absorto como tres furgones de la policía nacional lo adelantaban. Avanzaban raudos, en una línea compacta; el resto de los vehículos se apartaban de su camino, aunque ninguno de los furgones llevaba puestas las luces de emergencia o la sirena.

—¿Qué decías?

Nadia seguía con la cabeza inclinada hacia el teléfono.

—El video se ha vuelto viral. En YouTube tiene casi dos millones de visitas. Ahora mismo Twitter está que arde. Hay toda clase de teorías de la conspiración. Eso sin contar los chistes o los memes. Para esta tarde “#caníbalesespañoles” se habrá convertido en *trending topic*, y también hay muchos que hablan del fenómeno como los Muertos. Estoy retuiteando algunos de los mensajes más

interesantes. Creo que podría escribir un artículo solo con el contenido de las redes.

— Eso está genial, pero necesito que te concentres. Aparcar en La Fe va a ser imposible o casi imposible. Te voy a dejar en la entrada principal y daré una vuelta a ver si lo consigo en la entrada trasera. Si no encuentro ningún lugar lo aparcaré en doble fila. Con un poco de suerte y el circo que se está montando no nos pondrán ninguna multa. ¿Conoces el hospital?

Nadia dejó a un lado el móvil y el borrador que había empezado a escribir mentalmente. Entre el flujo constante de ideas destacaba el artículo, pero también una historia que podría colgar en Wattpad. Una adaptación de lo que estaba sucediendo en la actualidad. Tenía que ser algo original. Quizás una crónica de los acontecimientos sucedidos o mejor aún, una novela rio, con multitud de personajes que dieran forma a la historia a través de sus experiencias. Nada tan manido como un apocalipsis zombi. Eso estaba demasiado visto. Buscaría la forma de poner en relieve el eterno conflicto. *Homo homini lupus*. El hombre es el lobo del hombre. Incluso había pensado...

— ¡Nadia, espabila!

— No, no lo conozco — dijo con las mejillas sonrojadas.

— Vale. Es enorme. Tremendo. El hospital más grande de Europa y uno de los más grandes del mundo, así que tienes que saber a dónde te diriges. El edificio que nos interesa es de los centrales. La Torre E. Usa las escaleras. No uses los ascensores, son lentísimos y tardarás una eternidad. Hay algunos ascensores en la parte interior del hospital, pero como no lo conoces te parecerá un maldito laberinto. De normal te diría que fueses por allí, pero tal y como está el panorama te recomiendo que tampoco los uses. ¿Entendido?

— Torre E. Escaleras sí, ascensores no. No sé si seré capaz de recordarlo, solo soy una pobre becaria. ¿Debería tatuármelo?

Alejandro soltó una carcajada.

—Sí, por supuesto, en la frente —sacudió la cabeza mientras sonreía—. Un contacto me ha dicho que tienen a gente ingresada en la séptima planta de la torre E. Por lo visto no es accesible en ascensor y dudo mucho que dejen pasar a alguien. Tú de todas formas inténtalo. Si no logras nada prueba en la sexta planta. Toma un montón de fotografías. Cuando llegue yo también tomaré unas cuantas, pero como no sabemos cuándo ocurrirá eso asegurémonos de tener por lo menos algunas imágenes para mostrar.

—Fotos, entendido.

—Y una vez hayas hecho eso recopila algunos testimonios. Prueba primero con los familiares de las personas ingresadas que de seguro habrá unos cuantos, y después con el personal sanitario.

—Entrevistas a gogó. ¿Algún consejo más, oh, sabio Alex-Wan Kenobi?

La sonrisa de Alejandro se torció, como si estuviese masticando algo desagradable.

—Yo también he visto el video y seguro que todo estará bajo control, pero si ves cualquier cosa extraña, lo que sea, olvídate de las fotos. Olvídate de las entrevistas y del artículo. Sales de ahí cagando leches y me llamas cuando estés en un lugar seguro para encontramos. ¿Vale?

—Vale —dijo Nadia, prolongando la a durante un segundo—. Ahora sí que me estás dando mal rollo.

—Todo el tema este del video y los ataques... puede que no sea nada y solo esté un poco paranoico, pero tengo un mal presentimiento. Ve con cuidado.

—Tranquilo. He estado leyendo que lo más probable es que tan solo se trate de yonquis que se han metido alguna droga nueva.

—Yo no contaría con ello. La planta donde está el pastel es donde ingresan a pacientes con enfermedades infecciosas. Tú ve sobre segura. No puedo permitir que mis becarios tengan accidentes durante las prácticas.

—Descuida. Soy la primera interesada en no tener accidentes.

—Muy bien. Mira, te voy a acercar un poco y buscaré aparcamiento.

Alejandro tomó el desvío en el Bulevar sur que le permitía acceder al hospital. La calle de tres carriles que transcurría frente al hospital parecía un hormiguero en plena efervescencia. Muchos vehículos se cruzaban para intentar adelantarse mientras que otros se quedaban parados en los carriles laterales con las luces de emergencia encendidas. Esto formaba auténticos embudos donde todo el mundo exigía pasar entre pitidos y palabras poco amigables. En el segundo embudo Alejandro se vio obligado a detener el coche. Un grupo de cuatro personas estaba parado en el carril central y parecían a punto de llegar a las manos; discutían acaloradamente sobre quién tenía prioridad para aparcar en un hueco libre.

El monovolumen gris cromado que había frente a Alejandro y Nadia tocó el claxon durante varios segundos lo que encendió todavía más los ánimos. Uno de los miembros del grupo, un señor en torno a los sesenta años, calvo —la cabeza de un rojo radiante, a punto de convertirse en un géiser volcánico—, se encaró con el conductor del monovolumen y le dio un par de fuertes palmadas en la carrocería. Gritó algo, hizo un gesto con el dedo corazón, y al no lograr más respuesta por el conductor del monovolumen regresó de nuevo a la otra discusión.

—Alguien necesita una tila —dijo Nadia.

—Sí.

—Esto puede ir para largo. Lo mejor será que me baje aquí y vaya yendo.

—No estoy seguro de que debas ir sola.

—Eso ha sonado bastante machista, ¿sabes?

—No creo que ninguno de los dos deba ir solo —se apresuró en añadir.

—¿Sientes una perturbación en la fuerza?

—Ríete si quieres, pero hacer caso a mi intuición me ha evitado muchas complicaciones.

—Te preocupas demasiado.

Pasaron varios segundos durante los cuáles Alejandro observó con fijeza al grupo que tenían delante.

—Supongo que sí. Bueno, ves para allí. Llévate la cámara pequeña y en cuanto logre aparcar te llamo.

Nadia se colgó del cuello la funda con una Canon desvencijada, pero que hacía su trabajo, y se dirigió hacia el hospital. A doscientos metros de ella había un acceso acristalado por el cuál entraba y salía gente sin parar. Caminó entre dos coches aparcados, cruzó un tramo de carretera y aprovechó para comprobar que había perdido de vista a Alejandro.

En ese momento volvió a sacar el teléfono móvil. Le gustaba mucho Alejandro, era un tío genial, pero siempre le estaba echando en cara que se despistaba de ver volar una mosca y de que se pasaba demasiado tiempo mirando Twitter. Nadia sabía que lo último se trataba de una verdad a medias, porque también comprobaba sus cuentas de Instagram, Facebook y Wattpad.

El mensaje para ella estaba claro. Nadia, céntrate si quieres ser una buena periodista. Y ella estaba dispuesta a demostrarle que podía ser profesional. Sin renunciar a sus fuentes de información, claro. Ahora tenía una buena oportunidad y no pensaba desperdiciarla. Sería el reportaje de su vida.

La discusión que se desarrollaba en las redes acerca del video en la gasolinera ya no parecía centrarse sobre si era auténtico o si no lo era. Solo había pasado un día desde su publicación y, a pesar de ello, dentro del particular arco temporal de las redes era historia antigua.

Después de que varias personas hubieran sido ingresadas con heridas de mordiscos en el Hospital Carlos III y en los hospitales universitarios Clínico San Carlos y HM de Madrid mucha gente daba por sentado que el video era auténtico. Ahora las conversaciones iban dirigidas a averiguar el origen de los ataques.

En el debate de las redes no faltaban entendidos que aseguraban saber con exactitud de qué se trataba.

Las teorías iban de las más racionales — alguna droga o toxina que afectaba al cerebro— hasta las más delirantes y absurdas. Estas últimas incluían invasiones extraterrestres procedentes de las Pléyades, zombis devoradores de cerebros, hombres lobo y sectas satánicas. Cada uno que eligiera su veneno.

Y por si aquello no fuera suficiente la publicación de noticias extravagantes se había disparado durante las últimas horas. A Nadia le costaba mucho aceptar incluso una pequeña fracción de las mismas.

Abrió un enlace en Facebook y descubrió una declaración del ministro del Interior que apenas había sido emitida minutos atrás. Aunque estaba grabado en la zona de prensa del Congreso de los Diputados no se trataba de una comparecencia frente a periodistas, sino de un anuncio general a la población.

“...de forma que todavía es pronto para determinar si realmente se trata de casos aislados o de si se trata de una amenaza que ponga en riesgo la salud y la seguridad de la población. Hemos realizado un análisis holístico multidisciplinar que ofrezca respuesta ante esta inusual situación, así como ofrecer una respuesta adecuada y eficaz. Fruto de todo ello los expertos han creado un protocolo que permita poner en marcha esa respuesta con medidas de prevención y protección.

Para ello, pondremos a disposición de la ciudadanía un número de asistencia que servirá como nexo entre un grupo de intervención especializada que integrará las fuerzas de seguridad del estado y los servicios sanitarios.”

—¿Tienes un minuto para ayudar a los refugiados? —le dijo una voz cálida.

Nadia levantó la mirada del móvil. La voz pertenecía a un hombre joven que, como ella, rondaría la primera mitad de la veintena. El celeste de sus ojos la dejó casi tan aturdida como la sonrisa, la

maravillosa sonrisa, que le estaba regalando. Llevaba una pechera con las siglas ACNUR estampadas en azul sobre el fondo blanco y una carpeta.

Por un segundo no supo dónde se encontraba. Tuvo que mirar alrededor para entender que ya había cruzado la entrada acristalada del hospital.

—¿Qué has dicho?

La sonrisa del chico se ensanchó.

—¿Tienes un momento para escucharme y ayudar a los refugiados? Solo sería un minuto.

—Yo... lo siento, pero no puedo —respondió Nadia casi entre balbuceos.

—¿Seguro? Con solo un minuto de tu tiempo podrías salvar vidas —y el tono de su voz la hizo sentirse como la persona más despreciable del mundo.

—Es que estoy trabajando. Ahora no puedo...

—¿Quizás más tarde?

—Sí, vale —contestó Nadia sonriendo, aunque lo que habría querido decirle es que más tarde iba a resultarle imposible.

Se alejó a toda prisa sin saber hacia dónde iba. Durante varios segundos se sintió como una estúpida. La declaración del ministro —con las implicaciones que se arrastraban bajo sus palabras— se fue abriendo camino lentamente en todas sus ominosas posibilidades.

Necesitaba ordenar en su cabeza lo que sabía, pero temía la respuesta que pudiera encontrar. De todas formas, ¿es que acaso no era más urgente ubicarse, encontrar la torre E y hacer su trabajo?

Se obligó a detenerse y por primera vez pudo apreciar el edificio en toda su dimensión. Tuvo la sensación de hallarse en el interior de una colosal ballena de ángulos rectos cuya piel era cemento y cristal. Tonos en blanco y crema, neutros e indiferentes. Aséptico. Y la espaciosidad... La distancia que parecía ocupar todo y a todos. Allí las personas pasaban a un segundo plano, correteando a nivel del

suelo con urgencia contenida. El protagonista era el propio hospital y su esencia era el vacío. La nada. La enorme nada que lo completaba.

Nadia se dejó llevar por la impresión. Giró sobre sí misma, aturdida por su propia insignificancia en esa marea de personas que iban de un lado a otro, esquivándose. Que se agolpaban ante el corredor de los ascensores, que se adentraban en las venas del hospital hasta alcanzar las mismas entrañas.

Por un momento casi tropezó de lleno con una imponente figura uniformada de azul marino, oscuro, muy oscuro. Se hizo a un lado y el policía nacional continuó caminando por la sala con pasos lentos y solemnes, sin que apenas le prestara atención. Mediría un metro noventa, con la constitución de un armario ropero, y su sola presencia, sin contar la escopeta que acunaba entre los brazos, resultaba intimidante.

Observó marcharse al policía convertido en una pieza más de ese rompecabezas mental, encajando junto al video de la gasolinera, las declaraciones del ministro y las intuiciones de Alejandro. Todo empezaba a cobrar una dimensión demasiado real. No quería asumir que la situación fuera tan grave. Sin embargo, demasiadas pinceladas empezaban a juntarse y era incapaz de negar la imagen presentada.

Sabía que en los medios de comunicación se solía “aderezar” las noticias acerca de una crisis o conflicto porque el miedo vendía. El miedo era ese plato que nadie deseaba, pero que una vez servido el espectador estaba dispuesto a repetir, una, y otra, y otra vez. No quería ser una víctima más de los medios; no quería admitir que la habían convencido.

Así que, aunque su instinto le decía que ninguna noticia valía el riesgo de encontrarse con una enfermedad que enloquecía a la gente hasta convertirla en caníbales, tragó saliva y se introdujo en uno de los amplios corredores que se adentraban en el hospital.

Llegó a un pasillo transversal y eligió por azar el camino de la izquierda. Para su sorpresa unos metros después giraba a la derecha

en un rellano con varios ascensores y ninguna persona esperando. Un cartel indicador de la torre E lucía sobrio en la pared. Recordó las instrucciones de Alejandro. El único motivo para no usar los ascensores era por su lentitud y aquel no parecía ser el caso.

Tras pulsar las dos flechas —arriba y abajo— para llamar al ascensor, sacó el teléfono móvil mientras comprobaba sus redes sociales.

Sonó el timbre y la puerta se deslizó.

Un par de personas salieron. Nadia se introdujo sin levantar la mirada, de haberlo hecho habría distinguido que el triangulo indicador sobre la puerta del ascensor señalaba hacia abajo.

La puerta se cerró.

Sonó el timbre de nuevo y la puerta se abrió.

Nadia abandonó el ascensor, ausente en la pantalla, sin darse cuenta de que había descendido al sótano. Fue recibida por un amplio corredor que se perdía en la distancia. Atravesaba al hospital en toda su extensión como una hueca columna vertebral. Allí no entraba ni un solo haz de luz solar. La única iluminación era la proyectada por las bombillas ubicadas en el techo que parecían estar perdiendo la batalla contra la oscuridad.

Se quedó parada allí en medio. Revisó Twitter. ClaraOlm84 afirmaba haber presenciado cómo a su hermano lo habían atacado en plena calle y cómo habían hecho falta cuatro agentes de la Guardia civil para reducir al agresor. EvanLoco aseguraba que aquella mañana, en Valencia, en el paseo marítimo de la Malvarrosa, habían encontrado a un jubilado royendo la tráquea de un sintecho.

El rítmico sonido de unos pasos fue creciendo hasta alcanzarla. Pasaron a su lado y siguieron presurosos hasta dejarla atrás.

Leyó una noticia colgada en Facebook. Un camping cerca de Vinaroz había sido clausurado por la policía tras un dantesco escenario que se había producido durante una fiesta. Seis personas habían fallecido y otras veintidós habían sido agredidas, entre ellas dos agentes de la policía nacional.

El eco de los pasos decreció hasta desaparecer tras unas puertas.

En la BBC y en la CNN se mencionaba la aparición de un posible brote vírico en España. La noticia era escueta e intentaba ceñirse a los hechos, que de momento eran escasos y demasiado erráticos, pero, incluso así, se acuñaba al posible virus como “la rabia española”.

En otra noticia, que parecía tan solo una cabecera, se hablaba de un posible caso detectado en Berlín.

Nadia se disponía a contrastar las noticias con las que ofrecían los medios nacionales, pero se vio interrumpida por un grito horrorizado que la transportó a un periodo de la humanidad donde la oscuridad te cazaba, te mordía y, por fin, te devoraba.

El grito se prolongó hasta desaparecer, convertido en un gorgoteo silencioso.

Los bosques del pasado habían sido sustituidos por un corredor lóbrego, desierto, un laberinto de dos direcciones. Alejarse o acercarse al grito. Así de sencillo.

En su pecho sonaba el acompasado, y cada vez más acelerado, tambor del terror.

De nuevo, ella no quería ver. No quería saber. Pero era una mentira flagrante, porque ella *siempre* había querido saber; por eso estudió periodismo. Y aunque una parte de su mente le gritaba que saliera de allí, sus pies empezaron a caminar en dirección al grito. Primero uno y después el otro. Tímidos al principio. Más resueltos conforme se aproximaba al origen del grito.

Unas puertas dobles se sacudían en leves convulsiones, como si un niño pequeño estuviera dándoles débiles puntapiés.

A la escasa distancia de un metro comenzó a oír. Era un sonido húmedo, ansioso, revuelto, que se mezclaba con gruñidos ahogados.

Nadia contuvo la respiración cuando se asomó por uno de los ojos de buey. Al otro lado distinguió un cuerpo postrado boca abajo. Solo lograba ver las piernas y ni rastro de quién estaba produciendo los

gruñidos. La puerta se abrió un poco más. Durante una fracción de segundo atisbó lo que estaba al otro lado de la puerta.

Dio varios pasos hacia atrás —los pulmones atrapados, luchando por tomar aire de nuevo— temiendo que el más mínimo sonido dirigiera la atención sobre ella.

Los ojos prácticamente escaparon de sus órbitas cuando el teléfono móvil comenzó a sonar a todo volumen con “Thunder” de Imagine Dragons. Alejandro la estaba llamando.

Colgó.

Silencio. Un silencio absoluto. También al otro lado de las puertas dobles.

A través del ojo de buey algo le devolvió la mirada.

Y Nadia lo supo. Supo con exactitud lo que iba a suceder a continuación y aun así fue incapaz de moverse. Incluso tuvo tiempo de pensar la frase, cristalina y acelerada: Va a matarme.

Las puertas se abrieron de golpe Nadia se apretó contra la pared.

Cuando aquel hombre desnudo, espigado, la tez morena, avanzó renqueante hacia ella —la pierna izquierda desgarrada, sangre oscura, densa, borboteando por un sinfín de pequeñas heridas— Nadia miró en vano hacia los lados con la esperanza de que hubiera alguien más para ayudarla.

Y cuando la boca de aquel salvaje —repleta todavía con radiante sangre fresca— se cerró sobre Nadia, ésta interpuso lo primero que le vino a la mente. Los dientes se hincaron con fuerza en la funda de la cámara fotográfica.

Lo siguiente de lo que Nadia fue consciente era de que estaba corriendo por unas escaleras hacia arriba. Apenas recordaba cómo había desviado la cámara a un lado, ni como se había escurrido por debajo de los brazos su agresor al intentar asirla. Tenía la sensación de ser el personaje de una película pasada a cámara rápida.

Se giró por un momento solo para escuchar con espanto el sonido irregular y constante de su perseguidor.

Al atravesar las puertas que conducían al hall del hospital se cruzó con una doctora que pretendía descender por las escaleras. Nadia la sostuvo de las solapas y tiró de la mujer hacia la salida.

—¡No puede ir por ahí! ¡La matará! ¡Ya viene! ¡La matará!

La doctora forcejeó con Nadia en una mezcla de sorpresa y ofensa. Hizo un ademán violento y logró quitarse a Nadia de encima.

—¡Suéltame! ¿Estás loca o qué? ¿Quieres que llame a seguridad?

—¡Sí! ¡Llámelos! —intentó bajar el tono de su voz, vagamente consciente de la impresión que debía estar provocando en ese instante—. Allí abajo hay una de esas personas infectadas. Ataca a...

El infectado en cuestión ya estaba subiendo por las escaleras y a Nadia le pareció ver una sonrisa de satisfacción en aquellos labios teñidos de rojo.

La doctora se giró hacia el hueco de las escaleras solo para descubrir que alguien se abalanzaba contra sus piernas. Aulló de dolor cuando el infectado le mordió en la pantorrilla y habría caído de espaldas si Nadia no la hubiera sostenido.

La joven periodista tiró de la doctora hasta salir a uno de los grandes salones que servían de sala de espera en el hospital.

Alrededor de cien personas —repartidas entre aquellas que aguardaban en unos bancos el turno para las analíticas de sangre y quienes hacía cola ante los ascensores— se giraron hacia Nadia cuando ésta empezó a gritar una y otra vez: —¡Ayuda! ¡Ayuda!

La multitud permaneció inmóvil, como un ente compacto, con la excepción de aquellos que estaban demasiado cerca y aprovecharon para alejarse de una situación que no les incumbía.

En el momento en que el hombre renqueante apareció en escena se escucharon murmullos inquietos entre varios grupos de personas. En el instante en que se abalanzó sobre un solitario señor sentado en el extremo de un banco anclado al suelo (*¿Oiga, le sucede algo?*) y le desgarró la garganta, la multitud se convirtió en una estampida.

Nadia se alejó una veintena de metros antes de soltar a la doctora que se marchó cojeando con la masa de gente. Tragó saliva. Encendió la cámara de video de su teléfono móvil y enfocó al individuo infectado. La mano le temblaba tanto que tuvo que agarrarse la muñeca con la mano izquierda para lograr mantener la imagen.

El policía nacional que había visto antes se abrió paso entre la marea que huía; la escopeta en alto, la culata apoyada en el hombro.

—¡Apártese! —rugió el agente.

Un trozo de carne sanguinolenta escapó de la boca de aquel monstruo. En aquellos ojos no existía el miedo. Tampoco la duda. Allí solo navegaba, eterna, el hambre.

La escopeta sonó como un trueno, arrancando de cuajo el brazo izquierdo del hombre renqueante, cuando éste recortó a la mitad la distancia que los separaba. Hubo una pausa en que el infectado se vio obligado a recuperar el equilibrio. La pausa terminó y volvió a avanzar con pasos desiguales hacia el policía. Nadia vio como el agente bajaba el cañón de la escopeta. Algo iba mal. Fuera lo que fuese estaba intentando repararlo sin demasiado éxito.

Retrocedió dos pasos y entonces el infectado se impulsó hacia arriba y hacia delante con la pierna ilesa. Rodeó el cuello del policía con el brazo que todavía le quedaba y se arrimó a su cara como un amante añorado. De un beso le arrancó la nariz y ambos se derrumbaron en el suelo mezclando gruñidos de placer y gritos de dolor.

Nadia salió corriendo. Ya tenía su reportaje.

Capítulo 4: Ernesto

—Vamos, nos están esperando en la furgoneta —dijo Martínez.

—Ve yendo —dijo Ernesto en el tono más neutral e indiferente que pudo conseguir—. Enseguida os alcanzo.

Sentado en la bancada del vestuario Ernesto dejó caer la cabeza hacia delante. Comenzó a masajearse las sienes con fuerza. Un hábito que con los años se había consolidado como un remedio para aliviar la tensión del trabajo.

No podía retrasarse, pero tampoco podía salir en aquel instante. Necesitaba un momento para volver a juntar sus piezas. Por nada del mundo deseaba que los compañeros percibieran que estaba punto de desmoronarse.

Finalmente, se incorporó, se ajustó el cinturón y volvió a desenfundar la reglamentaria pistola HK USP Compact de 9mm. Oscura, recia, y no demasiado pesada. Tenía un agarre mejorado gracias a la extensión del cargador y que al mismo tiempo aumentaba su capacidad de munición hasta quince pequeños fragmentos de muerte.

Era la tercera vez en menos de seis horas que sacaba el cargador, comprobaba la recámara, el seguro manual y el gatillo. Esto no quería decir necesariamente que las cosas se fueran a torcer y, al mismo tiempo, le sugería que así iba a ser; antes o después.

La primera comprobación la hubo realizado en el apartamento después de que lo llamaran desde la Jefatura Superior de la Policía nacional, con sede en Valencia. Malas y jodidas noticias. Se había visto obligado a regresar al servicio activo hasta nueva orden. Él y hasta el último agente disponible.

De forma que se despidió de las vacaciones y del crucero por los fiordos noruegos que, por supuesto, ya estaba pagado y sin

posibilidad de que le reembolsaran ni un solo euro.

La segunda comprobación de la pistola se produjo tras encender el televisor. La situación rayaba lo surrealista. El mundo se había vuelto loco de un día para otro, sin un periodo intermedio que permitiera asimilar los cambios. Era como asomarse por un precipicio sin final: puro vértigo. En las noticias pasaban imágenes de camiones militares y tanques Leopardo entrando en Madrid y Valencia. Vehículos de combate Centauro y Pizarro cruzando Las Ramblas en Barcelona y el Paseo de la Independencia en Zaragoza. Controles con barreras móviles y sacos de arena en las calzadas de Sevilla y Valladolid, formando improvisadas trincheras urbanas en un despliegue de fuerza sin precedentes.

La presentadora de las noticias intentaba mantener la calma con escaso resultado; su voz la delataba, se quebraba —bajaba el volumen durante una fracción de segundo— y se recuperaba como la gráfica de un paciente terminal. Tenía los ojos brillantes, al borde de unas lágrimas que lograba mantener bajo control a duras penas, sin apartar la mirada, clavada más allá del espectador, en el panel que le hacía de guía.

Repetía la misma consigna cada cierto tiempo. Se había declarado el Estado de alarma en todo el territorio, que incluía un toque de queda desde las ocho de la tarde. La versión narrada explicaba que se había producido un ataque de posible origen microbiano o toxicológico. Dicho ataque provocaba un estado de enajenación, agresividad y salvajismo en las personas afectadas. No se descartaba que fuera un acto terrorista, aunque, por el momento, ninguna organización había proclamado su autoría.

Ernesto reflexionó qué, en resumidas cuentas, lo que venía a decir, es que alguien había cogido el protocolo de Ginebra sobre armas biológicas y se estaba limpiando el culo con él.

Desde las noticias recordaban a la ciudadanía que colaborase con las fuerzas de seguridad y el ejército en todo momento. Después continuaba explicando a los espectadores sobre las posibles fuentes de contagio y como proceder en caso de estar expuesto a una.

Había que evitar el contacto con fluidos corporales de personas afectadas, como la saliva o la sangre y cualquier herida provocada por alguien infectado ya que era un potencial vector de propagación. En caso de riesgo de contagio se pedía al ciudadano que se pusiera en contacto con las fuerzas de seguridad, quienes se asegurarían de garantizar su protección.

De lo que estaban hablando —la palabra no salía, pero flotaba sugerente durante toda la narración— era de jodidos zombies.

El resto de los canales había suspendido la programación habitual para dar la misma versión de las noticias con pequeñas variaciones en el discurso y otros videos muy similares que mostraban carros blindados y vehículos ligeros circulando por las calles de Madrid, Barcelona, Zaragoza, Salamanca y Valencia. Los pocos canales que no retransmitían el boletín daban paso a mesas con tertulianos en acaloradas discusiones.

En todas se hablaba de la infección, pero no como tema central, sino como un acompañamiento para el auténtico eje de la conversación: la declaración del estado de emergencia, la intervención militar dentro de las ciudades y como se estaba desarrollando dicha operación.

De forma que apagó el televisor, recogió el equipo y se dirigió a la sede central de policía para encontrarse con ordenes de disolver una manifestación. Al parecer el toque de queda y la ocupación de los soldados quedaba muy lejos de haber logrado que la gente se quedara en sus casas. Los ánimos de la ciudadanía habían prendido como gasolina en un incendio, provocando una movilización masiva en las calles como protesta a una ocupación repentina y sin precedentes.

Volvió a frotarse las sienes, apretando ahora con más fuerza. Recordarlo todo de nuevo estaba empeorando la condenada migraña.

—¿Otra vez el dolor de cabeza?

No supo por cuanto tiempo había estado Martínez parado junto al marco de la puerta. Era quince años mayor que él, pero eso no había impedido que forjaran una buena amistad y, por supuesto, estaba enterado de sus frecuentes migrañas.

Ernesto asintió con un suspiro y recuperó la compostura.

— Todo esto es una mierda, ¿no te parece? — dijo Ernesto.

— Sí. Ahí fuera las cosas están bastante descontroladas. ¿Sabes que he tenido que pasar por dos controles para llegar hasta aquí? Poca broma. Ahora mismo lo único que quiero es hacer mi trabajo y volver a casa. Tengo a las chicas esperándome.

— ¿Cómo lo llevan?

— Bien. Todo lo bien que se puede llevar. La pequeña estaba bastante asustada y la mayor... no sé, nerviosa, creo. Cada vez me cuesta más saber que le pasa. Les dije que yo estaría bien y que no se preocuparan, que me encargaría de protegerlas. Eso pareció calmarlas.

— ¿Tú crees que será verdad lo de esa infección?

— Tengo entendido que sí. ¿Y por qué no iba a serlo? — replicó Martínez.

— Quizás sea un golpe de estado. Todo eso de la gente que enloquece me parece ciencia ficción — respondió Ernesto tras encogerse de hombros.

— Por eso tienes tantos dolores de cabeza. Le das demasiadas vueltas a las cosas. Haz cómo yo que solo pienso cuando estoy sentado en el retrete y dejo que todo vaya en la misma dirección — dijo Martínez.

Se produjo una pausa tensa que estalló en carcajadas por parte de ambos.

— Eres un filósofo de mierda — dijo Ernesto—. Venga, en marcha.

Los ocho agentes estaban sentados, taciturnos, en la parte posterior de la furgoneta. Iban pertrechados con el equipamiento antidisturbios, los protectores y los escudos. El estado de ánimo general era tan oscuro como el vestuario.

—Castro Medina también ha fallecido.

Ernesto tardó varios segundos en saber quién había hablado. Con los cascos y la escasa luz del ocaso le resultaba difícil distinguir al resto de la compañía. Se trataba de Rodrigo, el subinspector al cargo de esa operación.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Ernesto.

—En la Nueva Fe. Una carnicería. Y no es el único, hemos perdido por lo menos a otros diez compañeros y no quiero ni imaginarme a cuantos civiles. Tuvo que entrar el ejército sin contemplaciones. Creo que ahora el sitio está acordonado. Ni siquiera lo han mencionado en las noticias... Tengo entendido que Castro y tú os conocíais bien.

Ernesto se demoró varios segundos antes de responder, tratando de deducir si aquella afirmación era al mismo tiempo una insinuación acerca de la relación que Castro y él mantuvieron durante los primeros años de servicio, pero dedujo que no era así ya que el tono resultaba demasiado neutro.

—Fuimos amigos, aunque perdimos el contacto hace tiempo. Era... buena persona —quiso decir algo más, añadir unas palabras que no compusieran una frase manida, pero su mente era una *tabula rasa*. Por fin, añadió: —¿Dónde vamos?

—Hay dos concentraciones. De la primera no tenemos que preocuparnos porque aquello está bastante tranquilo. Solo un chalado que está predicando junto a la catedral, en la Plaza de la Virgen. La otra si que nos puede estallar en las narices. Es una marcha por el cauce del río Turia. Se cree que saldrá por el Puente de la Exposición y continuará por la calle Colón hasta llegar a la plaza del Ayuntamiento. Nos detendremos en el dispositivo que se está montando al principio de la calle Colón.

Tras la gran riada y consecuente inundación de la ciudad en 1957, se desvió el cauce de agua del río Turia. Con los años, y la presión de los ciudadanos, el antiguo recorrido fluvial se convirtió en una arteria cubierta de jardines y parques que atravesaba la urbe a nivel del subsuelo. En aquel momento un goteo constante de personas desembocaba en el río. Una marea viviente que se desplazaba imparable y prometía repetir una catástrofe como en el siglo pasado, aunque de una forma totalmente distinta.

No tardaron en llegar al dispositivo de control. Varias de las furgonetas de la policía nacional estaban aparcadas en batería sobre la acera. Mas de cincuenta agentes permanecían agrupados a lo largo de la calle. La corona de la manifestación todavía no los había alcanzado pero la tensión flotaba en el ambiente.

Ernesto y Martínez se colocaron con los demás. Transcurrieron varios minutos que dieron la impresión de ser horas.

Algunos grupos de personas merodeaban por las proximidades, rodeaban el Arco de la Puerta del Mar y se desviaban hacia el parque contiguo al advertir la barrera de escudos y yelmos.

Al cabo de un rato, el subinspector Rodrigo se comunicó por radio y al terminar se acercó a ellos. Tenía el ceño fruncido y sacudía la cabeza, molesto y confundido a la vez.

—No parece que la manifestación vaya a llegar hasta aquí — anunció.

La unidad intercambió miradas de incredulidad.

—Hay alguna clase de altercado entre los manifestantes. Varios agentes de la Guardia civil ya han intervenido, pero allí abajo es un caos. Nos han ordenado que les ofrezcamos apoyo con todos los medios de que dispongamos y saquemos a los heridos.

Mientras el equipo asimilaba la información escucharon una serie de detonaciones consecutivas que provenían desde la calzada que conducía al río. No se trataba de ninguna clase de petardo, eso estaba claro; solo podía ser el sonido de un arma de fuego.

—Vosotros, quedaros aquí. El resto, ¡en marcha, a paso ligero y juntos! —dijo el subinspector Rodrigo.

Tras una comprobación momentánea Ernesto calculó que serían casi una treintena de policías; aproximadamente la mitad de los agentes.

Conforme llegaron, surgieron varias personas que corrían por la calle, escapando desde las escalinatas que daban acceso al Turia. Dos adolescentes llevaban en volandas a un tercero sosteniéndolo desde los brazos y las rodillas. La pantorrilla estaba desgarrada y otro de ellos tenía la camisa y los pantalones cubiertos de sangre, aunque en apariencia se conservaba ileso. Otros disparos reverberaron y les alcanzó el sonido de los gritos, los aullidos y los lamentos.

Cuando Ernesto se asomó por la baranda de piedra, antigua y medieval, horadada por el tiempo y los elementos, quedó aturdido ante el escenario en que se había convertido el lecho del río.

Parecía alguna clase de batalla improvisada que trascendía cualquier clase de homogeneidad. Mayores y jóvenes, hombres y mujeres, adolescentes e incluso niños. Una masa innumerable de personas que corría en todas direcciones. Muchas trataban de escapar y en su huida chocaban, caían, o derribaban a otras personas. Esa era la gran mayoría. Pero había otras, las que perseguían a las demás.

Junto a una fuente había una mujer en torno a los cien kilos, y a la que le faltaba la mitad de la cara, que estaba sentada sobre la espalda de una muchacha que pataleaba y agitaba los brazos. La boca de la mujer se cerraba sobre el cuello de la desafortunada, arrancaba un pedazo de carne, se incorporaba mientras lo masticaba con calma, volvía a inclinarse y repetía la operación.

Al mismo tiempo, un hombre de pelo cano estaba intentando trepar con escaso éxito a las ramas de un árbol. Dos adolescentes — la chica llevaba estampado el dragón tricéfalo de la casa Targaryen mientras que el chico lucía el lobo huargo de los Stark — tironeaban desde los tobillos. En cuanto el hombre cayó al suelo la muchacha se abalanzó sobre el estómago, blando y prominente, y mordió con

saña. El señor intentó defenderse, pero el adolescente le sostuvo la mano izquierda hasta que consiguió cerrar la mandíbula en torno al dedo meñique. Con un rugido triunfal lo arrancó mientras su compañera se cebaba con las tripas.

Un guardia civil con el uniforme hecho jirones se acercó tambaleante a una señora que estaba de rodillas, encogida en actitud de oración junto al muro de piedra y le disparó a bocajarro en la nuca. El mismo guardia disparó al azar, en la sien, a un hombre en torno a los treinta años que escapaba por las escaleras. Por último, se colocó el cañón bajo el mentón y hubo un estallido rojo que salpicó la pared.

—Vamos a formar un perímetro con los escudos en torno a las escaleras y desde allí iremos sacando a los heridos. Vosotros cinco, desde aquí arriba sembrad los puntos calientes con botes de gas lacrimógeno. ¡Adelante!

Ernesto estaba a solo unos pasos de distancia y aun así le pareció escuchar las ordenes desde muy lejos. El mundo había dejado de girar, los días eran oscuros y las noches brillantes, la gravedad te empujaba al espacio y la tierra anegaba los océanos... aquello solo podía ser una pesadilla, una pesadilla hecha carne y sangre.

Y no era el único afectado por lo ocurrido, porque nadie pareció ser capaz de dar un paso adelante. El subinspector se puso a llamar a cada agente por su nombre y aquello funcionó. El resto de los policías se fueron uniendo, con lentitud, a la formación.

Al principio el plan funcionó. Los gases lacrimógenos provocaron la dispersión atormentada y torpe de algunos grupos de personas, pero los más conflictivos, aquellos que parecían enloquecidos, seguían atacando a todo el mundo. Pronto quedó claro que lo que se había conseguido era que mucha gente que todavía estaba en condiciones de escapar quedara a merced de los agresores.

—¡María! ¡Mi hija María está allí!

Martínez rompió la formación y salió corriendo hacia el tumulto. El subinspector le ordenó que regresara a la formación, pero sus

palabras se perdieron en el alboroto y de todas formas tampoco pudo dedicarle mayor atención porque cuatro individuos ensangrentados cargaron contra la barrera de escudos.

A treinta metros de distancia Martínez se detuvo, soltó el escudo y la porra, para coger en brazos a una jovencita que estaba sentada al pie de unos setos; el cuello convertido en un bajorrelieve sanguinolento. Logró dar unos pasos antes de que la figura de la joven se convulsionara con brusquedad e hiciera tropezar a Martínez. En el suelo empezó un forcejeo y Ernesto creyó adivinar las intenciones de Martínez por calmar a su hija.

Con gesto ordenado, Ernesto dejó el escudo en el suelo, desenfundó la pistola, y volvió a comprobar el arma por cuarta vez en lo que llevaba de día. Sentía una frialdad, clara y afilada, en cada una de sus acciones. Un propósito. *Dispara a la cabeza*, se ordenó. Curiosamente la migraña había desaparecido.

Salió de la formación y avanzó seis pasos rápidos antes de detenerse. Apuntó a la mujer obesa que seguía devorando con parsimonia.

Solo es una diana más, pensó, y la mujer se desplomó hacia delante. *Catorce balas*.

Avanzó una docena de pasos. Martínez ya no quedaba lejos. Estaba sujetando a su hija desde los antebrazos y ésta era incapaz de morder el rostro a su padre gracias a la protección del casco. La pareja de adolescentes cargó contra Ernesto.

Trece. Doce. Once. Uno de los proyectiles se extravió con la muchacha y necesito de un tercer disparo para acertarle en el cráneo.

Una figura caminó renqueante hacia él y no supo si se trataba de una persona infectada o de alguien que tan solo buscaba ayuda en aquella orgía de locura y muerte. El hombre tenía el pelo y la barba de un rojo pálido, la tez blanca, los ojos azul claro, deslumbrantes. Extendió los brazos y antes de que llegara a tocarlo su cabeza salió despedida hacia detrás por la detonación de la pistola de Ernesto.

Diez, se limitó a pensar horrorizado para sus adentros.

Siguió avanzando, aunque la calma había desaparecido. La última muerte resonaba en sus entrañas con una nota amarga.

La hija de Martínez estaba reducida en el suelo. Su padre había plantado las manos sobre sus hombros y aunque la muchacha lanzaba dentelladas al aire le resultaba imposible moverse del sitio.

— Está infectada — sentenció Ernesto, sin dejar de mirar a los lados para asegurarse de que no les atacaba nadie.

Los ojos de Martínez estaban empañados en lágrimas.

— Quizás solo está confundida.

La muchacha se retorció, mordía e intentaba por todos los medios librarse del agarre del padre.

— A lo mejor se le pasa en unas horas. O a lo mejor existe alguna cura. Tenemos que sacarla de aquí y protegerla... por favor, por favor...

Ernesto se dio cuenta de que había estado todo el tiempo apuntando a la cabeza de la chica. Tragó saliva y apartó el arma.

— Tienes razón. Quizás podamos ayudarla.

Fue entonces cuando escucharon el rugir de motores. Varios vehículos del ejército irrumpieron en la escena. Atravesaron las nubes de gas lacrimógeno. Las ráfagas de fuego automático brotaron como brillantes luciérnagas haciendo estallar trozos de muro, del empedrado, de los manifestantes y de los infectados.

Ernesto se tiró al suelo y, antes de que mundo cambiara para siempre, vio como el subinspector y sus compañeros eran alcanzados por un racimo de proyectiles del calibre 7,62.

Capítulo 5: Khalid

Lo despertaron nuevos gritos en la calle y, por un momento, Khalid no supo dónde se hallaba. Al principio pensó que estaba en casa, en su antigua casa de Alepo. Pero no, no se encontraba allí, porque ahora tenía un nuevo hogar, de la misma forma que tenía nuevos juguetes y nuevos padres, o por lo menos así había sido hasta la llegada de los monstruos.

Se enderezó en la cama, apoyando la espalda en la pared, y dobló la colcha con estampado de caballeros y dragones por debajo de la cintura.

Los gritos en la calle se elevaron y prolongaron durante varios segundos. Khalid se quedó escuchándolos sin moverse. Habían llegado precedidos por palabras que le parecieron súplicas, aunque con la distancia y el entumecimiento del sueño no estaba seguro. Al cabo de un rato se acallaron y el apartamento, en su penumbra, adquirió un silencio pesado, cargado con la tensa expectación ante lo que ocurriría después.

El muchacho se vio invadido por una poderosa sensación de irrealidad; como si el mundo ya no existiera y él hubiera quedado atrapado en una dimensión delimitada por las paredes del apartamento. Temía salir de la cama, sobre todo, por dos motivos.

Uno era que la curiosidad lo llevara a asomarse por la ventana y ver quién había gritado y quién había callado los gritos. No lo volvería a hacer, al menos mientras tuviera elección. Pero ese era un miedo fácil de resolver, bastaba con ignorar las ventanas y el balcón. Era el otro miedo, más apremiante, el que lo tenía paralizado.

Consistía en la previsión de que, al levantarse, descubriría que continuaba solo en el apartamento y la puerta de entrada seguiría cerrada con llave desde el exterior.

Dos días habían transcurrido desde que Elisa, su nueva madre, y Héctor, su nuevo padre, hubieron salido de la casa. Desde entonces, la puerta, aquella elegante puerta blindada de contrachapado marrón pálido, lucía como un guardián inflexible que lo protegía, pero al mismo tiempo lo mantenía encerrado igual que a la princesa —o príncipe en su caso— de algún perverso cuento de hadas.

Deseaba que regresaran, no solo porque eso significaría que ya no estaba atrapado, sino porque le habían gustado mucho Elisa y Héctor desde el comienzo, incluso a sabiendas de que no eran sus verdaderos padres (aquellos descansaban, sepultados bajo una montaña de recuerdos y escombros, reales y figurados). Aunque existía otro motivo secreto y es que con su regreso podría seguir siendo Khalid y no tendría que recurrir a Sombra.

Sus nuevos progenitores le habían ofrecido un cariño y entusiasmo que a Khalid le provocó al principio recelo y desconfianza: sencillamente no podía creer que aquellos desconocidos pudieran ser tan amables y considerados con él. Había pasado de no poseer nada a recibirlo todo sin tener que luchar por ello y, de forma instintiva, sentía que se trataba de una gran trampa, un nuevo engaño en el cual, en el momento menos pensado, escucharía el mecanismo indicando que se cerraba sobre él.

De forma que Khalid les había seguido la corriente y había pretendido que estaba encantado con aquellos regalos inmerecidos, solo para descubrir con el paso de las semanas que estaba equivocado. Los cuidados y cariños que le brindaban resultaban ser sinceros y, poco a poco, Sombra fue retrocediendo para dejar paso a Khalid.

El cambio al antiguo Khalid nunca fue completo, porque él mismo ya no sentía lo mismo, no deseaba jugar como lo había hecho en el pasado, ni albergaba deseo alguno de reír ante las bromas, los chistes o las complicidades; nada de aquello parecía importante.

Sombra había sido muy útil en el pasado porque tenía muchas ventajas sobre Khalid. Sombra era silencioso, rápido y casi invisible cuando quería. Sombra vivía en la oscuridad de la noche y alcanzaba

los lugares que nadie más podía alcanzar. Pero la cualidad más importante de Sombra era que no sentía nada. No sentía miedo. No sentía hambre. No sentía frío. No sentía amor. Y, gracias a esas cualidades, Sombra sobrevivía.

Por eso dio un respingo de sobresalto cuando escuchó una voz en el interior de su cabeza que le ordenaba suave y firme a la vez: — *Deslízate.*

Hacía mucho que no escuchaba esa voz tan familiar. No la deseaba, pero la necesitaba, así que obedeció. Salió de la cama, escurriéndose por el borde para descender hasta el suelo. Allí se quedó agazapado en cuclillas dejando que las percepciones de Sombra llegaran.

Avanzó a cuatro patas en una rápida serie de movimientos hasta el marco de la puerta y se asomó por el borde del mismo. Notaba como su propia forma había empezado a mutar. No era la forma de un niño, sino la de otra cosa, algo distante y eficaz. Se desplazó por la casa en ráfagas explosivas de movimiento que terminaban en una posición que le proporcionara cobertura para esconderse. Los músculos de los brazos y de las piernas lo molestaban porque hacía demasiado tiempo que no se movía como Sombra y, pese a ello, notaba como el viejo hábito regresaba a él. Era parecido a vestirse con ropa vieja; una que se ajustaba a la perfección sobre su piel.

Confirmó que seguía solo en la casa por lo que se permitió incorporarse un poco, no del todo. Desde esa posición encorvada, a mitad de camino entre un ser humano y una bestia, podría volver a acechar con sus cuatro extremidades en apenas una fracción de segundo y, al mismo tiempo, lo dejaba interactuar con la mayoría de los objetos.

Se centró en el siguiente objetivo: recolectar comida y agua. Ignoró la nevera, prácticamente vacía con la excepción de un frasco de mostaza y algunas verduras. Empezó por las cajoneras inferiores de la cocina y siguió con los armarios superiores. Ya sabía lo que podía encontrar allí y no era demasiado, pero de todas formas lo agrupó en un pequeño montón, en el centro del salón.

Había unas pocas latas de conservas y un par de bolsas de patatas fritas. Sombra pensó, con desprecio, que los habitantes de aquella casa habían poseído toda clase de objetos inútiles y habían olvidado lo fundamental: alimentos que no se estropearan.

El agua, por suerte, no era ningún problema, aunque de todas formas recogió varios recipientes de la casa y los llenó con agua del grifo.

Al final de sus pesquisas llegó a la conclusión de que podría aguantar encerrado en la casa unos tres o cuatro días más, lo cual no era mucho, si uno consideraba que los monstruos en el exterior no parecía que fueran a desaparecer.

La posibilidad de pedir ayuda gritando desde las ventanas quedaba totalmente descartada. Varios vecinos de una finca vecina habían tenido esa idea. Durante un rato se los pudo ver conversando desde las diferentes ventanas de la fachada. Sin embargo, esto atrajo a una marea de Muertos que rodearon el edificio. Algo debió salir mal porque lograron entrar y en apenas unos minutos toda la comunicación terminó abruptamente. Los supervivientes, si es que hubo supervivientes, optaron por la discreción.

Tanto Khalid como Sombra sabían por experiencia propia que en unos pocos días se les acabaría la comida y el cuerpo que compartían iría debilitándose hasta perder las últimas fuerzas que le quedaran. Allí, encerrado, sus únicas vías de escape quedaban limitadas a las ventanas y a la terraza, ambas imposibles de utilizar. Imposibles, a menos... a menos que considerara la posibilidad de descender hasta el balcón del piso inferior.

Si lograba fabricar una cuerda con sábanas o toallas quizás podría descolgarse y desde allí tendría la posibilidad de encontrar más comida o escapar al exterior en caso de necesidad. A Sombra no le importaba, pero Khalid se estremeció al pensar en los diez pisos de distancia que lo separaban hasta el suelo en caso de que la cuerda fallara y se precipitara al vacío.

Y aunque era un plan arriesgado (el único que se le ocurría para escapar) también contaba con otros posibles problemas, en caso de

llevarlo a cabo con éxito. En el piso inferior podía haber gente que se hubiera transformado en los Muertos. O tal vez podía estar vacío, pero cerrado con llave desde el exterior, por lo que su situación no mejoraría demasiado, con la excepción de que tendría un nuevo lugar para recoger provisiones. Aun así, era mejor intentarlo que quedarse encerrado y morir de inanición.

Sombra tomó la iniciativa. Se aproximó al armario donde estaban guardadas las sábanas y las mantas y las colchas. Conocía todo lo que Khalid conocía y aun así se aproximó con precaución, olisqueando los márgenes de la madera contrachapada. Cuando estuvo satisfecho ante la falta de peligro, finalmente la abrió. Empezó a sacar con brusquedad la ropa de cama, arrastrándola hasta el salón como un trofeo que hubiera cazado. Repitió la operación en tres ocasiones hasta vaciar el armario y dejar una montaña de telas arrugadas que empequeñecía la de alimentos y agua.

Dio varias vueltas a su alrededor y sacó unas fundas de almohada que desechó a un lado. A continuación, arrojó una manta muy suave de color púrpura junto a las fundas y después seleccionó aquellas que no ofrecían suficiente resistencia o sobre las que dudaba. Con las que quedaron, sábanas en su mayoría, se dedicó a anudarlas.

Ató un extremo en la barra del baño donde colgaban las toallas y tiró con todas sus fuerzas del extremo contrario. Descubrió al instante que sus nudos se soltaban con demasiada facilidad.

Tras varias horas de hacer y deshacer nudos, cerca ya del mediodía, con los brazos temblorosos por el esfuerzo al apretar y estirar, obtuvo su recompensa con una cuerda improvisada que, a pesar de su aspecto, le pareció que no cedía ni un ápice.

Abrió una lata de melocotones en almíbar, devoró con ansia el contenido, y se bebió el jugo. Khalid tuvo el impulso de coger una bolsa de patatas fritas, pero Sombra lo detuvo y empujó a su compañero a un segundo plano, un lugar donde podía observar, aunque sin llegar a tomar decisiones que pusieran en peligro la vida de ambos.

El chico dio un largo bostezo y se infiltró bajo la montaña de tejidos que había sobrado al anudar la improvisada cuerda. Quedó oculto, con la única excepción de una rendija que hacía de respiradero. El sueño se desplomó sobre él, sobre ellos. Un oscuro, suave, y cálido sueño.

Al despertar, la luz ocre del atardecer bañaba el salón. Sombra salió de su escondite, se desperezó, estirando el cuello y las extremidades desde una posición cuadrúpeda, y ató la cuerda en el balcón. Estiró de ella con todas sus fuerzas y cuando estuvo satisfecho se retiró de nuevo al interior de la casa.

Esperaría hasta la noche donde, envuelto por la oscuridad, sería más complicado que atrajera la atención de los Muertos.

Y, mientras llegaba, aprovechó para cambiarse de ropa. Se puso un conjunto de chándal azul marino y unas las zapatillas blancas de deporte. Tras aquello, se colgó una ceñida y pequeña mochila parda en la espalda y se dedicó a expoliar la casa, recogiendo todas aquellas cosas que pudieran resultar de utilidad y que Khalid no había tenido en cuenta.

Agregó a la mochila una botella pequeña de agua y dos latas de atún en aceite. Encontró una linterna roja, de una sola posición, que se ajustaba perfectamente a su mano. En el fondo de un cajón del recibidor descubrió un pequeño tesoro. Una navaja multiusos. Comprobó que la hoja estaba perfectamente afilada y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Fue al registrar uno de los bolsos de su madre adoptiva cuando todo su plan dio un giro inesperado. Al meter la mano en uno de los bolsillos sintió el entrecocar leve y metálico de unas llaves. Tintinearón, casi deslumbrantes, al sostenerlas delante de sus ojos. Habían estado allí todo el tiempo. La llave del coche, otra que servía tanto para la puerta de la calle como para el garaje y, por último, aquella que deshacía el encierro impuesto por la puerta del apartamento.

Ya no era necesario jugarse la vida descolgándose por el balcón con unas condenadas sábanas ni tomar tantas precauciones.

No. No. No. Khalid ya había revisado la casa. No tendría que haber encontrado ningunas llaves. Era el momento de Sombra. Su momento. Quizás, no se hubiera dado cuenta todavía. Quizás, existía una solución para esos molestos pedacitos de metal.

Un gruñido astuto surgió del chico y, en una violenta carrera, llegó rápidamente hasta el balcón. Levantó el brazo, sosteniendo el juego de llaves, y...

— ¡*Detente!* — ordenó Khalid y su grito resonó en las paredes de su cráneo—. *Necesitamos esas llaves. Las necesito.*

La mano se sacudió, temblorosa, hacia delante y hacia detrás con vehemencia, como si dos contrincantes tiraran de ella en direcciones opuestas. El forcejeo se prolongó durante un minuto hasta que por fin, algo oscuro y sinuoso protestó y acabó retrocediendo, encogiéndose, para dejar paso a Khalid.

El muchacho cayó al suelo, agotado por el conflicto interno con Sombra. Se quedó mirando las llaves y empezó a reír con suavidad.

De vuelta en el salón abrió una bolsa de patatas fritas y la vació en apenas un par de minutos. Con el estómago lleno se permitió resolver su gran problema de una vez por todas.

Frente a la puerta, sosteniendo la llave a escasos centímetros de la cerradura, le asaltó una duda. Era el hecho de qué durante dos días no había escuchado movimiento ni voces en el largo corredor que conectaba la puerta de su casa con las de los vecinos, los ascensores, y las escaleras. Cabía la posibilidad de qué algunas personas se hubieran marchado mientras él dormía, pero también que hubiera más de aquellos monstruos en el interior del edificio o en el acceso al mismo.

Se sacudió las dudas de encima. Más tarde siempre podría volver a cerrar la puerta, pero en aquel momento necesitaba saber que tenía el control.

Con mucho cuidado introdujo la llave y la giró en dos ocasiones, deteniéndose con cada movimiento de muñeca, escuchando como el crujido mecánico de la cerradura lo avisaba del retroceso del seguro. Sacó la llave y se la guardó en el bolsillo del pantalón que quedaba libre.

Abrió la puerta lo justo para mostrar un segmento de oscuridad impenetrable. Solo era capaz de escuchar el ritmo acelerado de su respiración. Sintió como entraba el aire fresco del pasillo y con él llegó también un olor tenue y desagradable. Al principio pensó que era basura, pero enseguida reconoció de qué se trataba. No era la primera vez que olía algo así. Ya en Alepo había conocido el olor de la carne en descomposición; el olor de los cadáveres.

Deslizó la puerta un poco más. El interruptor que iluminaba el corredor quedaba muy cerca, de forma que sacó el antebrazo, buscando a tientas. Palmeó en tres ocasiones sin llegar a alcanzarlo. Entonces, sacó también el hombro y acarició la pared hasta que encontró una superficie que sobresalía de la lisa superficie.

Las bombillas se iluminaron al unísono. Era un largo pasillo. En aquella altura podían encontrarse hasta diez viviendas unifamiliares.

Khalid asomó la cabeza y se permitió un momento de tranquilidad. Estaba vacío. Dejó la puerta entornada y avanzó en dirección a los ascensores y la escalera. Al cruzar por delante de la puerta cincuenta y uno el olor que antes le había llegado con tanta mesura adquiría ahora una pestilente presencia. Se tapó la boca y la nariz, pero eso no impidió que tuviera que esforzarse por contener las arcadas.

Dios varios pasos presurosos y se detuvo frente a los ascensores al escuchar movimiento.

No supo identificar de donde procedía. Estaba seguro de que se trataba de pasos. Se giró y allí no había nadie. El movimiento procedía de...

La puerta que quedaba en el fondo del pasillo, frente a él y junto a la escalera (le separaban unos escasos cinco metros de distancia), se

abrió de súbito.

Desde allí, un hombre alto y desgarbado, agazapado al marco de la puerta, lo llamó.

—Chico, no te quedes ahí parado. Ven, rápido —dijo, desviando la mirada durante un pestañeo en dirección a la puerta de acceso a las escaleras y regresándola al muchacho.

Una voz de señora mayor surgió tras la del hombre y se elevó clamorosa.

—¡No salgas ahí fuera! —Khalid supo que la voz no se dirigía a él sino al hombre del umbral.

—Por lo que más quieras, baja la voz, mamá.

El hombre recortó la distancia entre él y Khalid en dos pasos.

—Ven con nosotros, estarás más seguro.

Khalid quiso creerle y, con precaución, también avanzó. No sabía su nombre, pero recordaba haberlo visto de pasada durante los meses en que había estado adaptándose a su nuevo hogar junto a Héctor y Elisa.

Aquel hombre le sonrió con amabilidad y durante varios segundos Khalid albergó la creencia de que todo saldría bien, pero la sonrisa y el hombre que la sostenía quedaron aplastados cuando la puerta de las escaleras se abrió y uno de los Muertos lo estampó contra la pared.

Todo se precipitó en una lucha descarnada. La señora en el interior de la casa dejó escapar un alarido horrorizado. El hombre logró empujar al Muerto, no sin que antes este le lanzara varias dentelladas en el antebrazo. Khalid se vio paralizado ante el conflicto de escapar al interior de su propio apartamento o ayudar a aquel hombre. Todavía conservaba la navaja en el bolsillo; solo necesitaba una oportunidad.

Dicha oportunidad no llegó jamás. Tres nuevos Muertos entraron en la escena a trompicones, empujándose con pasos torpes y acelerados. Uno de ellos, una mujer con el vestido convertido en

harapos, derribó al hombre y cayeron en un amasijo de golpes, arañazos y mordiscos, donde los monstruos se cebaron en la presa caída. Otro se apresuró en dirección de la señora mayor que en vano intentó cerrar la puerta de la casa antes de que llegara. El tercero se detuvo para lanzar una mirada depredadora a Khalid. Hubo un instante de reconocimiento entre ambos.

Todos ellos, excepto el tercero, tenían la ropa desgarrada por múltiples lugares, empapada por la sangre reseca y los pedazos de carne adheridos como costras. Este último conservaba la ropa intacta salvo por gruesas manchas parduzcas en el cuello y hombros de la camisa blanca. Tenía la mitad de la cabeza desfigurada por deformes y horribles cicatrices a medio sanar. Algunas de las heridas parecían curadas, hundidas y cicatrizadas a ras de cráneo, pero otras se abrían con la forma de mordiscos grotescos, iluminados en un radiante tono carmesí.

Khalid solo necesitó la mitad de la cara para distinguir a Héctor, su padre adoptivo.

La balanza del heroísmo y la supervivencia quedó totalmente desequilibrada y el chico salió corriendo hacia su apartamento.

Tuvo la impresión de que el pasillo adquiriría una nueva dimensión. La puerta que lo separaba de los Muertos quedaba más lejos — a kilómetros de distancia — de lo que debería. Cada frenética zancada lo acercaba un poco más, pero no lo bastante rápido, porque podía escuchar los pasos, los gritos de la carnicería, justo detrás de él.

Solo giró la cabeza durante un instante, pero aquel instante fue demasiado. Los pies trastabillaron, las piernas se torcieron, y Khalid cayó rodando sobre sí mismo hacia delante, tal y como ocurría en los dibujos animados.

El corazón le bombeaba sangre a la cabeza como una máquina enloquecida. Había tenido tiempo para comprobar que, quién antes había sido su padre adoptivo, lo estaba persiguiendo, pero no tan rápido como debería hacerlo. *Si no me hubiera girado, se reprochó al borde de las lágrimas, podría haber escapado.* Ahora ya no le quedaba tiempo. El monstruo caería sobre el y le arrancaría la carne como

había visto hacer a tantos otros desde la seguridad del apartamento. Quiso encogerse, desaparecer para siempre, y fue ese el momento en el que Sombra tomó el mando.

El chico se sacudió como si hubiera recibido una descarga eléctrica y empezó a mover las articulaciones con rapidez y fuerza implacable justo antes de que Héctor lanzara los brazos en el espacio donde había quedado postrado el chico.

Sombra se introdujo por el hueco de la puerta, se colocó por detrás de la misma y empujó apoyando todo el peso de su pequeño cuerpo. La hoja de color pálido siguió el recorrido sin llegar a cerrarse. Una blanda resistencia impedía llegar hasta el final. Allí arriba, como gusanos sanguinolentos, se asomaban cuatro dedos. Se agitaron durante varios segundos hasta que terminaron por agarrarse a la puerta y Sombra sintió como cedía en su dirección. Una diferencia de cuarenta kilos entre su padre adoptivo y él eliminaban cualquier posibilidad de impedir que entrara.

El muchacho se impulsó en dirección al salón, hacia la única salida que le quedaba.

Voló por encima de las jarras de agua y la comida enlatada. Esquivó la montaña de mantas, colchas y fundas de almohada. Al llegar al balcón no se giró para ver si estaba siendo perseguido. Arrojó la improvisada cuerda al vacío y con un salto se aupó por encima de la barra. Distinguió una silueta renqueante que avanzaba directa hacia él desde la periferia de su campo de visión. La ignoró a sabiendas de que no contaba con tiempo para vacilaciones. Con una mano primero y la otra después, sustituyó la firme seguridad de la barra de metal por la endeble suavidad de las sábanas anudadas.

Al soltar los pies quedó suspendido, balanceándose, percibiendo la terrible ausencia de espacio a su espalda y por debajo de él.

Descendió un pequeño tramo y el vértigo le subió desde el estómago hasta la coronilla. Los brazos comenzaron a temblar. Volvió a descender y el temblor se convirtió en sacudidas. Sombra comprendió con estoica previsión que no sería capaz de aguantar hasta el balcón del piso inferior.

Al mirar hacia arriba descubrió el rostro de Héctor, los dientes al descubierto, en una mueca ansiosa. Se inclinaba hacia Sombra, la mitad de su cuerpo colgando desde la cintura, en un intento por agarrarlo. Hubo un vislumbre mezquino en aquellos ojos oscuros. Su padre adoptivo cogió el extremo más cercano a él de la cuerda y empezó a izarla hacia sí mismo.

Una idea peregrina e hinchada de desesperación cruzó a Sombra. Balanceó su cuerpo hasta que consiguió apoyar las piernas contra la pared. Esperó unos segundos a que Héctor se inclinara un poco más sobre la barandilla en su intento por atraparlo y justo en ese momento clavó los talones en el saliente del balcón, extendiendo las rodillas y el tronco con todas sus fuerzas hacia abajo.

El monstruo, que en otro tiempo fue su padre adoptivo, fue arrastrado por la cuerda, convertido en un bulto vociferante y la gravedad lo aplastó contra el pavimento, casi arrastrando al muchacho con él durante la caída.

Con la súbita liberación de la cuerda, Sombra se precipitó un metro y medio y a duras penas logró mantener las manos sujetas a ella. Las piernas de Sombra se aflojaron y el cuerpo colgó como un peso muerto. No le quedaba más energía. Había jugado todas sus cartas y ningún truco podría salvarle ya. Lograría aguantar así menos de un minuto y después se uniría junto a su padre adoptivo como una mancha sanguinolenta en el suelo.

Sombra se retiró sin protestar ni lamentarse. Su final había llegado como a tantos otros antes que a él. Se acurrucó en la trastienda del subconsciente, ignorando las súplicas de Khalid, hasta el terrible desenlace. El muchacho que había aflorado solo para ser testigo de su propia muerte le pidió que lo acompañara, pero allí no había nadie. Tal y cómo había sucedido en el pasado volvía a estar solo. Las manos dolían como jamás le habían dolido. Intentó aguantar y, cuando creía que no podía más, siguió aguantando.

Se produjo una pausa horrible, un deslizamiento en que las manos acariciaron la tela de aquellas sábanas, y el brutal e indiferente tirón de la fuerza de gravedad hacia el centro de la tierra.

El Advenimiento: Román (1)

*Lázaro, nuestro amigo, está dormido,
pero voy a despertarle.*

Evangelio de Juan, 11:11

Casi treinta pisos de distancia separaban a Román y a la doctora Byrne. El cuerpo de la joven doctora tardó varios minutos en levantarse. Román esperó paciente a que el proceso ocurriera, desviando la mirada de vez en cuando a aquella Berlín desconocida. Las sirenas de la policía, los bomberos y las ambulancias, aullaban en la distancia como una jauría dispersa. Aquella noche la ciudad brillaba como nunca había brillado. El resplandor artificial de las farolas se unía a las vivas llamas que se elevaban y engullían varios edificios ubicados en el distrito sur de la ciudad. De vez en cuando, y cada vez más cerca, se escuchaban disparos.

Cuando se completó el proceso, y Byrne se incorporó a duras penas, Román tragó saliva con amargura. Había imaginado que treinta pisos de caída libre serían suficientes para que los daños fueran irreversibles; seguramente Byrne también lo había creído así. De nuevo, el parásito, lo sorprendía de la más terrible de las maneras.

Hacía solo un rato en que los dos habían estado en la cama, desnudos y tumbados boca arriba, colmados y ausentes por la catarsis del sexo. Él encendió un cigarro, dio una calada, y se lo pasó. Ella dio una chupada al cigarro, lo devolvió, y se acurrucó junto a su lado mientras le acariciaba el vello oscuro y rizado de su pecho. No se podía fumar en las habitaciones, pero ambos eran muy conscientes de que esas normas pronto dejarían de ser importantes.

Entonces, ella se levantó para ir al baño. Román intentó saborear aquel frágil momento de paz; no deseaba pensar en el futuro, en los errores, ni mucho menos en Julia o en Laura, el terror desatado y el que se avecinaba. Solo deseaba quedarse allí y que cuando la muerte llegara a su puerta, un acontecimiento al que no veía razones para que tardara en suceder, tuviera el valor suficiente para que fuera lo menos dolorosa posible.

Desde la cama escuchó como Byrne se duchaba. Los minutos pasaron y Román comenzó a adormilarse, suspendido a mitad de camino entre el sueño y la vigilia. Las imágenes comenzaron a superponerse en la pantalla de la mente y más tarde, al recordar la escena, creería haber escuchado una tos que bien podría ser la de su amante.

Lo que lo sacó del ensimismamiento fue el frío proveniente del balcón que entró a raudales en el dormitorio. Tuvo tiempo de ver como la doctora subía, sin vacilaciones, de la silla a la mesa. Allí de espaldas, contra el cielo oscuro — desnuda, el cabello de un castaño radiante cayendo sobre la espalda; la piel blanca, húmeda por el baño — Byrne parecía un ángel bíblico.

El ángel dio un paso hacia la noche y fue engullida por la negrura.

Tras comprobar cómo una de las mentes más brillantes que el mundo había conocido se convertía en un monstruo devorador de carne, Román regresó al dormitorio.

Se habían conocido en la base Enebro y durante un año mantuvieron relaciones, un año tras el cual, finalmente, habían decidido dar el paso y vivir juntos, aunque antes tendría que dejar a su esposa. En su última conversación telefónica con Julia ya había mencionado a Byrne, era parte de un proceso que su mente había etiquetado como “preparar el terreno”. Ahora no quedaba nada que preparar.

Tenía el cuerpo entumecido por el helor, pero no le importaba. Le habría gustado sentir dolor por la pérdida. Alguna clase de sentimiento ante aquel desenlace, cualquier cosa que todavía lo

hiciese sentirse humano, pero sus emociones permanecían planas y estáticas como un mar sin oleaje. Nada parecía tener sentido.

Lo asaltó la duda razonable acerca de si él mismo estaría infectado y, tras una breve reflexión, concluyó que era muy probable que así fuera. El intercambio de fluidos resultaba ser una de las vías más eficaces de contagio. Incluso si su colega y amante hubiera estado en las primeras fases de la infección solo significaría que la evolución transcurriría durante un periodo prolongado antes de completar su ciclo.

En lenguaje matemático podría decirse que tenía un veinte por ciento de probabilidades de superar la infección; al menos según las pruebas con los chimpancés del laboratorio.

¿Acaso Byrne habría recorrido ese mismo hilo de pensamientos mientras estaba bajo el agua de la ducha? ¿Era eso lo que la había llevado al suicidio? ¿O tal vez había sido el sentimiento de culpa al haber traído al mundo aquella monstruosidad?

Román se vistió de forma mecánica y ordenada con el traje y la americana, tal y como habría hecho para asistir al simposio, y se ajustó la corbata.

No tenía valor suficiente para seguir el mismo recorrido que Byrne a través del balcón, pero existían otras opciones. Un revolver en la sien habría sido la más sencilla y efectiva alternativa para evitar la transformación. Una vez destruido el cerebro no existía manera de hacer funcionar el cuerpo, con parásito o sin parásito.

Consideró otras posibilidades que fue desechando taxativamente, tanto por su escasez de recursos a la hora de llevarlas a cabo como por la incapacidad de asegurar una muerte definitiva.

Ni el ahorcamiento, ni envenenarse con medicamentos, ni cortarse las venas sumergido en el agua de una bañera, impediría que el parásito tomase control del cuerpo. Y era una posibilidad aterradora, ya que todas las pruebas indicaban que los sujetos sometidos al cambio conservaban parte de los recuerdos poseídos en vida; así lo habían demostrado las pruebas con primates, capaces de sortear

obstáculos conocidos y que requerían de cierto componente lógico, una vez que Lázaro se había integrado en su organismo.

La idea, por remota que fuera, de conservar parte de su conciencia mientras la prioridad biológica del parásito lo llevaba a matar una y otra vez en una búsqueda inagotable de carne resultaba demasiado escalofriante como para no tenerla en cuenta.

Consideró la imagen de su creación o, mejor dicho, co-creación, invadiéndolo, solapándose a su sistema nervioso como una serpiente constrictora. Varias detonaciones de arma de fuego sonaron en la calle y Román descubrió que le castañeaban los dientes, aunque ya no estaba seguro si se debía al frío de la noche o al miedo calado en los huesos.

Dio un respingo cuando alguien golpeó con rudeza la puerta de la habitación tres veces consecutivas. Una voz, grave y potente, llamó a la doctora Byrne en un inglés de marcado acento tejano.

Lo siento, amigo, ha volado, pensó Román, repentinamente exhausto.

Los golpes se repitieron de nuevo. Hubo una pausa y la puerta se abrió de pronto ante una brutal embestida.

Entraron en la habitación media docena de hombres uniformados con el mismo traje oscuro y corbata, todos ellos altos, recios, y con aspecto de ser capaces de masticar clavos y escupir balas si la situación lo requiriese.

Ignoraron deliberadamente a Román y comprobaron las diferentes estancias de la habitación del hotel con eficacia y en apenas unos segundos.

—¿Dónde está la doctora Byrne?

Román alzó la mirada para descubrir los ojos del agente al cargo de aquella operación; unos ojos azul claro, fríos y duros, que lo hicieron empequeñecer. Formuló la pregunta una vez más.

—El balcón —respondió Román.

El agente buscó la confirmación de uno de sus subalternos y tan solo recibió una negativa con la cabeza.

—Identifíquese —dijo Ojos claros.

Román se vio obligado a desviar la vista hacia el escritorio, como un niño avergonzado al haber sido pillado en mitad de una travesura.

—Soy el doctor Román.

Alguien lo agarró del brazo y lo invitó a levantarse con inflexible rudeza.

—¿Vendrá con nosotros voluntariamente o nos va a dar problemas?

La respuesta fue la horrible sonrisa desesperada de un hombre que sabe que la muerte no es el peor de los finales.

Capítulo 6: Takashi

Tras el desmayo, la voz del aeropuerto desapareció en una oscuridad burbujeante. Los recuerdos que Takashi conservaba después de aquello eran fragmentados y oníricos. Una sed insaciable, la garganta ardiendo, y pensamientos caóticos y repetitivos hasta la locura que golpeaban su frente.

Entre estos recuerdos destacaba el de estar siendo sometido a una tortura donde lo castigaban con infinitos mordiscos de serpientes por todo el cuerpo. Le inoculaban veneno para que sus venas ardieran como la pólvora. Ellos (en su delirio había un Ellos omnipotente) repetían el castigo una y otra vez, hasta que finalmente una serpiente clavó sus colmillos en la base de la columna vertebral y el nuevo dolor sustituyó todo lo demás.

Cuando Takashi recuperó la conciencia fue en una cama de hospital. Un médico de mediana edad —la cabeza y la barba completamente afeitada— le informó de que llevaba tres días ingresado en el hospital Clínico San Carlos, en Madrid. Al parecer lo habían traído con una fiebre de origen desconocido, rondando los cuarenta y dos grados, demasiado próximo a sufrir daño cerebral, pero lograron bajarla más allá de la zona de peligro.

Durante esos tres días pasó de cortas etapas de sueño a repentinos ataques de enajenación y convulsiones cuando la fiebre volvía a subir con velocidad alarmante; hecho que había obligado a dos enfermeras a atarlo de manos y pies a la cama. Así fue hasta el final del tercer día, cuando los episodios comenzaron a remitir hasta desaparecer por completo.

Takashi se encontraba débil y exhausto y en ese estado contestó lo mejor que pudo las preguntas acerca de sus antecedentes familiares y la estancia previa en otros países. Al parecer ninguna de las

respuestas dejó satisfecho al doctor por no ofrecer una explicación plausible al origen de una fiebre tan agresiva.

Fuera de peligro, pronto dejaron de prestarle demasiada atención. Nadie le comentó nada a Takashi, pero este supo que algo estaba sucediendo en el hospital. Se apreciaba una tensión en el ambiente que, aunque el personal sanitario evitaba transmitir a los pacientes, resultaba demasiado evidente como para ser pasado por alto.

En la mañana siguiente a que recuperara la conciencia, el hospital adquirió un ritmo excéntrico, con discusiones provenientes de la sala de enfermeras, carreras frecuentes a lo largo y ancho del pasillo por parte de los trabajadores, y una sensación de desasosiego que se extendía por cada rincón del edificio.

Una enfermera de pelo corto, oscuro, y un aro en la nariz de color rosa, le explicó que estaban teniendo algunos problemas porque buena parte de la plantilla no había acudido al hospital. Intentó tranquilizarlo con una sonrisa de piano, tan perfectamente falsa y forzada, que logró precisamente el efecto contrario.

Transcurrieron cuatro horas hasta que se escuchó una serie de gritos desgarradores provenientes de las plantas inferiores del hospital. Al mirar por la ventana Takashi vio un reguero disperso de personas que salía corriendo del edificio en todas direcciones. No solo corrían. Huían de algo. Fue entonces cuando decidió que era momento de darse a sí mismo el alta médica.

Rompió el precinto de la bolsa de plástico donde estaba la muda de ropa que llevaba cuando cayó inconsciente, se vistió, y recogió la mochila que descansaba en el suelo del armario empotrado de la habitación. Descubrió que incluso aquel pequeño esfuerzo de cargar con la mochila resultaba extenuante, pero como no le quedaba más opción ajustó las cintas y salió al corredor.

Había esperado encontrarse con alguna enfermera que lo detuviera por marcharse antes de tiempo, sin embargo, la planta ofrecía la apariencia, no solo de estar vacía, sino de haber sido abandonada repentinamente. Una camilla quedaba torcida en mitad del pasillo, como si alguien hubiese tropezado con ella y no se

hubiese molestado en devolverla a su lugar; a los pies de un carrito de material sanitario se acumulaba un heterogéneo conjunto de gasas, apósitos, y vendajes; y, desde el rellano de los ascensores, al final de uno de los extremos del corredor, se escuchaba el rítmico timbre de la puerta de un ascensor que no alcanzaba a cerrarse.

Por precaución, decidió dirigirse al extremo opuesto de los ascensores, por donde se divisaban unas puertas dobles que conducían a las escaleras de incendios, sin embargo, hubo algo que lo detuvo justo antes de llegar a cruzarlas

Al pasar por delante de la última habitación, escuchó un gruñido bajo y persistente. Allí encontró a una anciana de pelo blanco, lacio, atada a la cama, vestida con un camisón del hospital, que, al instante de advertir la presencia de alguien más con ella, tironeó inútilmente con todo su cuerpo.

Por un momento a Takashi le pareció que la señora deseaba decirle alguna cosa, pero lo que escuchó no fue una súplica de ayuda, ni la voz entrecortada del convaleciente, sino un: clac, clac, clac... Eran sus dientes. La boca de la anciana se abría y se cerraba en un exagerado rictus, mostrando aquellos dientes torcidos, amarillentos y dispares, que entrechocaban entre sí, repentinos y ansiosos, en dirección a Takashi.

Un miedo primitivo le embargó y todas las demás consideraciones desaparecieron. Se descubrió retrocediendo, incapaz de apartar la mirada de la anciana mientras forcejeaba y estiraba inútilmente, sin interrumpir ni un segundo el rítmico clac, clac, clac, de aquellos horribles dientes.

El sonido lo acompañó hasta mucho después de haber abandonado el hospital.

Se escabulló por la escalera de incendios y, cuando por fin llegó a la calle, suspiró de alivio. Seguía agotado e inquieto, pero sentir otra vez el aire del exterior era una pequeña recompensa.

Imprimió mayor ritmo a sus movimientos para desentumecerse. Las aceras estaban inusualmente poco transitadas y las personas con

las que se cruzaba mantenían una prudencial distancia de él. La mayoría llevaban pañuelos, mascarillas de papel o bufandas ligeras, para cubrirse el rostro.

Un carro metálico empujado por un señor oculto bajo unos pasamontañas casi lo atropelló; giró un segundo antes, a punto de golpearlo, y continuó su camino sin disculparse. Del interior de un supermercado salían constantemente más personas con carritos de la compra llenos hasta arriba de productos. Los trabajadores del establecimiento permanecían agrupados en el exterior, alejándose progresivamente de la entrada sin dejar de formar un corro en torno a dos compañeras, ambas con heridas, una en la mejilla y otra en el brazo, que mantenían cubiertas con unos improvisados trapos.

Takashi no se sentía cómodo entrando en el supermercado sin supervisión porque aquello se parecía demasiado a robar, pero necesitaba recobrar fuerzas de forma que fue directo a la sección de bebidas isotónicas y con varios tragos comedidos se terminó dos latas. Rellenó la cantimplora de la mochila con agua mineral y cogió un puñado de bolsas de frutos secos. Intentó también adquirir comida enlatada, sin embargo, fue imposible ya que se estaba librando una acalorada discusión entre varias personas: una mujer flanqueada por dos adolescentes que parecían sus hijos y una señora en torno a los setenta años plantada frente a una sección de garbanzos y alubias envasadas, decidida a reclamar aquel estante como suyo.

Por un segundo consideró separar al grupo. Todavía se hallaba débil por la fiebre, pero si las cosas se torcían creía tener suficiente fuerza para reducir a un par de personas sin entrenamiento marcial. La idea quedó desechada en cuanto Takashi vio como un hombre y una mujer llegaron a la carrera, ignoraron las latas, y se abalanzaron sobre la señora mayor que trató de defenderse inútilmente con el bolso.

Al darse cuenta de esto, la otra mujer y los chicos se alejaron a toda prisa abandonando a la señora a su suerte.

Los asaltantes no golpearon a la anciana, sino que la derribaron y pasaron a morderle las piernas y los brazos, arrancando la tela y la carne por igual, ignorando los golpes e intentos de esta por escapar.

Takashi se quedó paralizado de terror ante lo que estaba viendo. Aquello era real. Estaba sucediendo en aquel mismo instante. Otro individuo llegó alertado por los gritos y, por una fracción de segundo, creyó que acudía en ayuda de la infortunada mujer, sin embargo, este cayó también sobre ella y le arrancó un trozo de oreja.

El sonido de unos pasos a su espalda, demasiado cercanos, lo hizo girarse justo a tiempo de evitar que otro de esos salvajes chocara con él. El hombre vestía un mono de trabajo con el cuello de la camiseta blanca y la pechera ensangrentada. Le faltaban el mentón, los labios y la nariz. Ninguna de las heridas sangraba, pero todas brillaban enrojecidas sobre el hueso, como una finísima capa de piel en carne viva que hubiera comenzado a sanar.

El hombre le sacaba una cabeza de altura y era de gran corpulencia. Se inclinó para darle un abrazo de oso y, cuando la presa se estaba cerrando, Takashi se escurrió al tiempo que utilizaba el peso de su contrincante, tiraba de uno de sus brazos, y lo hacía caer de bruces contra el suelo en un elegante movimiento de aikido.

Se alejó varios pasos de la mole caída y finalmente salió corriendo cuando este comenzó a incorporarse de nuevo, los dientes desnudos de carne repiqueteando con aquel sonido desquiciante: clac, clac, clac.

Se alejó del supermercado tan rápido como le fue posible, hasta detenerse a un par de calles de distancia. En la esquina de un cruce rodeó un improvisado parapeto militar levantado con sacos de arena y que había sido abandonado. El suelo estaba sembrado con casquillos de munición y dos largas barreras con bandas reflectantes amarillas permanecían tumbadas en mitad de la carretera. Deslizó los dedos por el chasis agujereado de un vehículo. Los boquetes salpicaban la carrocería frontal como el acné en un adolescente.

¿Qué demonios estaba sucediendo? Intentó ordenar sus ideas acerca de todo lo que le había ocurrido. El hospital, las calles y el

supermercado: el mundo parecía haberse vuelto sencillamente loco. Si tan solo hubiera llegado a tiempo de coger el vuelo hasta Japón...

Se vio interrumpido por el sonido de una autocaravana que acababa de aparcar al otro lado de la calle. El conductor bajó del vehículo, corrió hasta el portal de la casa que quedaba más cerca y abrió la puerta. Una mujer, Takashi supuso que sería su esposa, se apresuró desde allí con una mochila a la espalda y una maleta en cada mano. Tras ella, una chica veinteañera tironeaba de un muchacho que no tendría ni diez años y luchaba por volver al portal.

El hombre los ayudó a subir las maletas a la autocaravana y, mientras esto sucedía, Takashi advirtió a otra figura que caminaba directamente hacia ellos desde la mitad de la calzada. Avanzaba con prisa, torpeza, y determinación, y, durante una fracción de segundo, Takashi creyó que se conocían.

Enseguida cayó en la cuenta de que se trataba de una de esas personas. Era una mujer, afectada con lo mismo que hubiera enloquecido a la anciana del hospital o a los caníbales del supermercado. Al principio pareció que la camisa que llevaba era de un diseño extraño, cuando lo que en realidad sucedía es que estaba abierta desde el centro hacia los lados, mostrando los pechos y el vientre ensangrentados y mutilados a dentelladas.

Desde la distancia vio como la escena se componía, prometiendo un horrible desenlace. Ninguno se había percatado de la figura que se les acercaba. La esposa ya había subido con las maletas y el hombre estaba accediendo a la cabina del conductor. La veinteañera dejó de tirar del chico para intentar que subiera a la autocaravana.

El muchacho protestó y se giró con los brazos cruzados y la mirada clavada en el suelo. Takashi empezó a correr también hacia él.

El muchacho dio varios pasos apesadumbrado, directo hacia la recién llegada. Tan solo los separaba una decena de metros de distancia cuando este por fin levantó el rostro. Se quedó petrificado al ver a la mujer que se hacía más y más grande en su campo de visión. El chico abrió la boca en un silencioso grito de terror,

prometiendo un alarido que no llegó a escapar de sus cuerdas vocales.

—¡Joan! —La voz surgió grave y ahogada. El padre estaba asomado a la portezuela de la autocaravana y su llamada era al mismo tiempo un grito de lamento y un intento por hacer reaccionar al chico.

En el preciso instante en que la mujer ensangrentada iba a descender sobre el estupefacto muchacho, Takashi la alcanzó con un puñetazo directo en la sien que la hizo desplomarse y rodar por el suelo como un muñeco desmadejado. Una vez se detuvo, empezó a convulsionar frenéticamente, arqueando el tronco y agitando los brazos y las piernas.

El chico reaccionó cuando su padre lo cogió por los hombros para abrazarlo sin perder de vista a la mujer que se agitaba en el suelo. Ambos retrocedieron en dirección a la autocaravana mientras Takashi recobraba el aliento. Su cuerpo todavía estaba demasiado exhausto para la actividad a la que estaba siendo sometido.

—¡Eh, tú! ¡Amigo! —El hombre lo llamaba desde la portezuela del vehículo—. ¿Estás herido? ¿Te han arañado o mordido?

Le costó unos segundos entender a qué se refería. La mujer en el suelo empezaba a calmarse y su boca se movió silenciosa; de una forma muy característica. La memoria de Takashi completó el horrible sonido, rítmico y seco, de unos dientes que se cerraban compulsivamente.

—No... No estoy herido.

—Rápido, sube, hay espacio para uno más.

Una vez en la caravana le agradecieron que hubiera salvado al joven Joan. La mujer —Takashi se dio cuenta de que no podía tener mucho más de treinta y cinco años— hizo las presentaciones. Se llamaba Rosana y estaba casada con Carles, el hombre que sujetaba el volante. A Joan ya lo había conocido y también estaba su otra hija: Clara. Esta última no tardó nada en aclarar, con un tono lleno de

inquina, que en realidad no era hija de Rosana sino del primer matrimonio de su padre.

— Takashi, ¿a dónde vas? Quizás podamos acercarte — preguntó Carles desde la cabina, rompiendo el incómodo silencio creado tras la presentación, saltando con la mirada de la carretera al espejo retrovisor para ver a su invitado.

Takashi caviló unos instantes antes de dar una respuesta.

— Voy al aeropuerto.

— ¿En serio?

Hubo un gesto de asentimiento

— Siento darte malas noticias, sobre todo después de cómo nos has ayudado ahí fuera, pero encontrar un vuelo para salir de España va a ser complicado — dijo con una sonrisa amarga —. Antes de que desaparecieran las emisiones por televisión hubo un aviso informando de que se habían cerrado todas las fronteras. Que yo sepa no hay ningún aeropuerto funcionando y no tiene aspecto de ser algo que vaya a cambiar dentro de poco.

— ¿Cuándo se arreglará todo esto, papá? — preguntó Joan que abrazaba sus piernas, sentado en un asiento de color beis, anclado en la pared del vehículo.

— Unas semanas... tal vez unos meses — respondió Carles en un tono demasiado jovial y forzado, pero que pareció convencer a su hijo.

— ¿Qué les ha sucedido a las personas? — preguntó Takashi, y como la respuesta se demoró durante demasiado tiempo, creyendo que se debía a su inexactitud, añadió: — Las que muerden...

Le resultó obvio que tanto Rosana como Carles eran reacios a hablar del tema y enseguida comprendió que no deseaban dar demasiadas explicaciones de ello delante de Clara y Joan. Se limitaron a comentar que mucha gente había enfermado y enloquecido y Carles le prometió que cuando hicieran una parada para descansar lo pondría al día de lo sucedido.

Takashi escrutó a sus acompañantes. Cada uno de ellos parecía estar cansado y en un estado de tensión semi permanente, aunque quien ofrecía un aspecto macilento, consumido, igual que una planta que no hubiera sido regada durante demasiado tiempo, era el padre.

Rondaría los cincuenta años y conservaba la mayor parte del cabello, del color de la ceniza. Iba bien afeitado, pero al contrario de darle un aspecto más lozano, servía para acentuar los surcos y depresiones que formaban las numerosas arrugas en la frente y alrededor de las cuencas de los ojos.

—Nosotros vamos a Ibiza. Mi hermano vive allí y nos quedaremos con él hasta que todo esto haya pasado. Primero iremos a Valencia, al puerto. Allí tengo un yate con el que podremos alcanzar la isla — hubo una pausa como si meditara algo y, al concluir, añadió: — Puedes venir con nosotros si lo deseas.

Rosana, su esposa, se envaró al instante y lanzó una tensa mirada a su marido que, o bien este no se dio cuenta, o prefirió fingir que no se daba cuenta.

Takashi retuvo la respuesta durante varios segundos. Varios segundos realmente tensos para él, porque estaba convencido de que Rosana prefería continuar su camino sin él; pero habría sido una descortesía negarse a una invitación tan generosa. Así que inclinó la cabeza afirmativamente y consideró que, más adelante, buscaría algún motivo para marchar por su cuenta. No deseaba en absoluto crear discordia entre sus anfitriones.

La autocaravana tuvo que maniobrar con dificultad durante una de las salidas a la carretera comarcal. Días atrás se debía de haber producido un atasco terrible. Las carcasas metálicas de más de cien vehículos bloqueaban varios de los carriles. Muchas de las puertas estaban abiertas y no se apreciaba un alma en el interior de las máquinas.

El enorme vehículo se bamboleaba con cada giro brusco hasta que por fin se vio obligado a desviarse para avanzar por el andén. Rosana le dijo apremiante a Joan que se acercara a ella y Takashi no tardó en comprender porqué. Al aproximarse a los vehículos

varados que componían la cabeza del atasco empezaron a surgir restos humanos que habían sido devorados hasta el hueso. Los cadáveres estaban en su mayoría tumbados, en posturas retorcidas y terribles. Algunas partes del cuerpo, aquellas que estaban en contacto con el asfalto, conservaban algo de la carne; una carne infestada por una burbujeante marea de blancos gusanos.

En un silencio sepulcral, dejaron atrás aquel horrible espectáculo de pesadilla. El gris recorrido de la carretera avanzaba más desolado y triste que nunca. Takashi clavó la mirada en el horizonte. El cielo se aplastaba contra la tierra en una cortina degradada de colores. Se desplomaba desde el cálido naranja al ominoso y —Takashi estaba convencido de que así era— premonitorio carmesí de la sangre.

Capítulo 7: Julia

La estática crepitaba desquiciante en todos y cada uno de los canales del televisor de cincuenta pulgadas mientras Julia contaba entre susurros al pulsar el mando a distancia.

83, 84, 85... nada en ninguno. Y esta ausencia venía acompañada por la idea sobrecogedora de que ya no quedaban personas capaces de emitir desde un estudio de televisión. Allí fuera había gente, de eso Julia estaba segura, pero el que la situación estuviera tan mal que la comunicación global hubiera desaparecido le provocaba un vértigo y una sensación de aislamiento absoluto.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que tuvieran noticias de lo que sucedía en el mundo? Tres o cuatro días antes de que la señal se cortara, pensó. Y tal vez fuera así o tal vez fueran más. Los días transcurrían con una lentitud enloquecedora y aunque Julia se había esforzado en mantener a su hija y al chico entretenidos con juegos de mesa y tareas relacionadas con la casa, pronto, cada uno de ellos, fueron buscando actividades más individuales; como si el hecho de estar juntos les recordara lo solos que estaban.

Laura llevaba desde el día anterior releyendo compulsivamente una serie de novelas de vampiros adolescentes, mientras que el muchacho — a quién había instalado en un pequeño cuarto, hasta entonces un polvoriento almacén — se entretenía dibujando o pasando largos ratos durmiendo.

Estaba preocupada por Laura pues, aunque en apariencia estaba llevando bien la reclusión y la propagación de los Muertos — tal y como se los llamaba por internet, o como se los había llamado antes de que internet mismo muriera —, su instinto de madre le avisaba de que su no tan pequeña hija ocultaba el miedo que sentía de una forma peligrosa. Sin embargo, esa preocupación era una pálida sombra de lo que sentía por el muchacho, o, mejor dicho, de la

preocupación que sentía por ellas con respecto al muchacho...
Khalid, se llamaba Khalid.

Lo conocía de los meses anteriores a la plaga, aunque solo de vista al haberse cruzado en el ascensor o en la puerta de salida a la calle, y ya entonces su semblante serio y casi ausente le resultó perturbador. Pero ahora tenía el deber de cuidar de él, pues tras salvarlo en mitad de una caída mortal desde el balcón de su casa no podía sencillamente abandonarlo a su suerte. Y, durante el escaso tiempo que habían pasado juntos, descubrió que le resultaba muy inquietante.

Por una parte, la inquietaba el hecho de que Khalid no hubiese pronunciado ni una sola palabra desde que lo rescataron; aunque se argumentaba a sí misma de que casi con toda seguridad se debía a que se encontraba todavía en shock, algo totalmente comprensible dados los terribles sucesos por los que había pasado. Pero también la inquietaban los demás rasgos de su comportamiento: la mirada críptica e intensa, la forma que tenía de moverse en silencio, como si estuviera acechando (¿acechándolas a ellas tal vez?), y esa actitud que oscilaba entre la ausencia, la tristeza y la hostilidad.

Así que no estaba segura de si Khalid era un peligro o no para ella y para su hija. Y en el caso de serlo, ¿qué podía hacer? Pero era algo sobre lo que no quería pensar porque, además, estaba el otro problema, más acuciante incluso: la comida se estaba acabando.

Pronto tendría que tomar una decisión difícil. Incluso racionando los alimentos — algo que llevaba haciendo desde hacía días, de una forma sutil y progresiva— apenas les durarían para el día siguiente.

Tan solo se le ocurrió la opción de buscar refugio en otro lugar. Uno mejor abastecido y protegido. Tal vez en una base militar o algo parecido, pero eso supondría abandonar la seguridad del apartamento y no sabía por donde empezar a buscar.

La idea era aterradora pues gracias a los periódicos gritos que podían escucharse sabía que otras personas habían tenido la misma idea y los Muertos los habían alcanzado.

Lo que más deseaba en aquel preciso instante era que la estática del televisor se transformara en una imagen nítida y que alguien, ya fuera el gobierno, los militares, o el equipo A, informara de que la crisis se iba a solucionar.

Durante la noche anterior tuvo un sueño. O, mejor dicho, una pesadilla: una pesadilla vívida y terrible. En ella, Román regresaba a casa y le explicaba que tenía una cura y que se la había inyectado a Laura. Entonces discutían, pues Julia estaba enfadada por no haberle consultado antes de ponerle la vacuna. En algún momento de la discusión su marido fue en busca de su hija y Julia lo siguió hasta el dormitorio de la joven, donde la encontró convertida en un zombi.

No como una persona infectada de la realidad, sino como un cadáver andante de una película de terror clásico: los ojos lechosos y fríos, la carne gris y corrompida, el paso lento y bamboleante. Tan real le pareció la escena que incluso pudo oler la carne en descomposición. Se quedó paralizada y su hija se abalanzó sobre ella, rompiéndole la camisa para a continuación arrancarle los pechos a mordiscos, mientras en sus oídos escuchaba la voz serena, cabal, de Román, susurrándole: “El deber de una madre es alimentar a sus hijos...”.

Se incorporó en la cama de golpe, rodeada de oscuridad, sin estar segura de si seguía dormida o estaba despierta. La embargaba la poderosa sensación de estar siendo acechada por una presencia, algo... algo intangible... algo que transpiraba terror pues esa era su misma naturaleza... Colocó las muñecas cruzadas sobre el pecho como si de un escudo se tratase. Sin darse cuenta se dejó caer sobre la cama y se hundió en un sueño que tenía que ver con una iglesia, un sueño que más tarde no recordaría.

De forma que esa mañana se había despertado agotada, los nervios zumbando suaves como un enjambre de abejas en el pecho y en las sienes. Caviló sobre la pesadilla. No hacía falta ser psicólogo para saber que el miedo por lo que podía suceder si no solucionaba el tema de la comida se había filtrado en su subconsciente con muy poca sutileza, al estilo de un tren de mercancías sin frenos. Y tuvo la

certeza de que tendría que tomar una decisión antes de que cayera el sol.

—¿Mamá? —preguntó Laura desde el umbral del pasillo que daba a las habitaciones.

A Julia le costó un momento apartar los ojos del televisor hacia Laura. Su hija vestía un pijama amarillo con dibujos de gatitos y cachorros de perro, algo descolorido por el uso y los lavados, y que tornaba su figura más infantil y vulnerable.

—¿Sí, cariño? —dijo Julia.

Laura respondió acercándose con tres pasos ligeros y pasó a acurrucarse junto a su madre. Julia la rodeó con el brazo, pero no pudo pasar por alto la lentitud con que reaccionó, y se dio cuenta de que temía oler de nuevo la carne en descomposición del sueño. Pero no fue así. El pelo de Laura despedía una suave fragancia a lavanda del champú que utilizaba, y, para compensar su vacilación, la estrechó un poco más.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró la joven.

—¿Hacer con qué?

—Con... él —dijo finalmente—. Me da miedo, mamá. Me da mucho miedo.

Julia sabía lo que debía decir. Debía explicarle que no tenían motivo para temer al muchacho, que Khalid era un chico que había sufrido mucho; probablemente más que cualquiera de ellas dos, y que era responsabilidad suya cuidar de él, al menos hasta que las cosas se calmaran y alguien solucionara el problema de los... de los Muertos. Pero lo que en realidad dijo, fue: —A mi también me da miedo.

Laura se apretó contra Julia con fuerza. Tras varios segundos Julia la apartó con suavidad, sostuvo el rostro de su hija, y le dio un beso en la frente.

—No tienes que preocuparte por nada. Mañana nos marcharemos a un lugar mejor, más seguro, y le encontraremos un hogar.

—Pero... pero... —balbuceó— ¿no podemos quedarnos aquí? Afuera es peligroso y... —hizo una pausa sofocada, agrandando los ojos, como si hubiera recordado algo importante— ¿y que pasará con papá? ¿Si nos vamos de casa cómo nos encontrará?

—Tesoro, no nos queda casi comida así que buscaremos asilo en una base militar. En cuanto a tu padre, él está en Berlín y seguro que se encuentra a salvo. Podemos dejarle una nota para que sepa donde estamos. Cuando todo esto haya pasado lo encontraremos o él nos encontrará a nosotras. Ya verás como todo sale bien, pero tenemos que trabajar en equipo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo finalmente Laura.

—Muy bien. Ahora, ¿por qué no preparas una mochila con algo de ropa y cosas que puedas necesitar mientras estamos fuera?

—¿Vamos a ir a por el coche en el garaje?

—Claro —respondió Julia.

—¿Y por qué no uso mi maleta?

—Las maletas hacen mucho ruido y son pesadas. Creo que todavía hay alguna de esas cosas en el edificio. No pongas esa cara, tengo un plan para despistarlas, pero necesitamos movernos rápido y sin hacer escándalo. Recuerda, solo lo que necesites.

Hubo un momento de duda en el rostro de Laura que pronto se transformó en un gesto de determinación. Julia sonrió al verla marchar al cuarto y la embargó una punzada de orgullo materno.

Recogió la comida menos perecedera y ligera —consistía en una caja con sobres de sopa de verdura soluble, varios paquetes con raciones de tallarines individuales, fiambre envasado y pan de molde que todavía estaba lo bastante blando para ser comestible— la repartió en una amplia mochila de excursionista que alternaba los colores verde oscuro y marrón, estaba repleta de bolsillos, y que apenas había utilizado en un par de ocasiones.

Al abrir la habitación ocupada por Khalid la encontró a oscuras, pero con la luz que se filtraba desde el pasillo le bastó para advertir

que el chico estaba tumbado en la cama mirando con fijeza el techo blanco y desnudo. Le informó que más tarde irían a por el coche en el garaje y se marcharían de allí. Al cabo de unos segundos Julia tuvo la duda de si realmente la había escuchado y estuvo a punto de repetirse cuando el muchacho levantó el puño izquierdo, cerrado, y a continuación levantó el dedo pulgar.

Cerró la puerta sin darle más importancia al comportamiento extravagante del chico, que hiciera lo que quisiera, al fin y al cabo, dentro de poco no importaría. Después fue a su dormitorio, a su enorme dormitorio, con la enorme cama de matrimonio, el enorme armario empotrado, y el enorme vacío dejado por su esposo.

Deseaba que Román siguiera con vida, a salvo, y que fuera capaz de regresar junto a ella y a su hija. Porque lo amaba, aun lo amaba, y suponía que lo seguiría amando siempre. Incluso aunque una parte de ella, una parte a la que le habría gustado retorcerle las pelotas, estaba secretamente furiosa por la creencia —no, el convencimiento— de que la estaba engañando con otra mujer. Tal vez con más de una, incluso.

Aunque esa furia quedaba atenuada por otra parte de ella, una parte que no era capaz de reprochar tal comportamiento, pues ella misma se había sentido tentada de la misma manera y sabía que desde hacía años su matrimonio lo era solo de nombre; un contrato que los mantenía unidos, pero sin la complicidad y el cariño de cuando eran más jóvenes, de cuando todavía cuidaban el uno del otro. Ahora ella cuidaba de su hija y de sí misma, y él cuidaba también de su hija y de sí mismo. Compartían la casa, la cama, y el amor por Laura, pero ahí terminaba su matrimonio... Así que, ¿por qué demonios no estaba allí cuidando de su hija cuando más lo necesitaba!

Le dio una patada a la cama y el dolor hormigueó ascendente desde el pie hasta el tobillo. Lo ignoró al mismo tiempo que también ignoró la retahíla de insultos que luchaban por escapar de sus labios. Guardó la bolsa de aseo y varios paquetes de plástico con ropa

prensada en el interior que había preparado dos días antes, tal vez sabiendo, aunque no del todo consciente, del inevitable desenlace.

Metió el kit de viajes básico, que consistía en una bolsa con medicamentos —paracetamol, ibuprofeno, antigripales, antihistamínicos y un bote caducado de su viejo amigo el Trankimazin—, una caja de tiritas, unas tijeras, una botella de agua oxigenada y gasas estériles.

Aquel kit era uno de sus “por si acaso”. En el pasado, al salir de viaje, no importaba si hubiera sido una ciudad a menos de cien kilómetros de distancia o a las profundidades de la selva amazónica, esa bolsa con medicamento habría sido el punto de partida en cuanto a equipaje correspondía. Siempre con la opción de ser ampliada para cualquier posible contingencia imaginable, ya fuera con un aerosol antimosquitos, pastillas para el mareo o una *stun gun*.

Sostuvo esta última frente a ella, dudando de si todavía funcionaría. Era negra, de mango corto y ancho, pero se ajustaba lo bastante bien como para agarrarla con firmeza. La cabeza del arma se torcía en diagonal y terminaba con los cuatro electrodos metalizados sobresaliendo, dos en el extremo apuntando hacia afuera, y otros dos hacia el interior, como dos contrincantes cara a cara, preparados para formar un arco voltaico de 7.200 voltios entre ellos.

Había sido un regalo de Román con el propósito de hacerla sentir más segura durante los días o semanas en que él estaba fuera de casa, días o semanas que se habían vuelto más frecuentes con el transcurso de los años. Nunca necesitó utilizarla contra nadie y hasta ese momento ni siquiera recordaba que la tuviera y mucho menos si todavía funcionaba.

La sostuvo durante medio minuto, alejándola de ella como si la cabeza de plástico pudiera retorcerse y morderla en la muñeca, hasta que por fin pulsó el gatillo. Un diminuto arco de electricidad azulada zumbó y crepitó en el extremo. Tan ruidoso y molesto le resultó el sonido que se sobresaltó con un miedo instintivo y

después de un par de segundos levantó el dedo del gatillo sin proponérselo.

Giró el arma contemplando su utilidad mientras le llegaba el olor metálico del ozono. Tras un instante de vacilación optó por guardar la *stun gun* en uno de los bolsillos laterales de la mochila.

Revisó una vez más que todo estuviera en orden y se permitió el lujo de tumbarse en la cama. Se encontraba cansada, más cansada de lo que recordaba en años, pero al mismo tiempo, también estaba excitada y aunque el miedo la acompañaba este había quedado relegado a una segunda posición. Tenía un plan y creía que podía hacerlo funcionar. Sus vecinos, ahora transformados en los Muertos, eran peligrosos y, sin embargo, parecían guiarse sobre todo por un instinto asesino que no podían controlar en cuanto detectaban una señal de presencia humana. Sí, aquella era su ventaja... Ahí es donde...

El sueño se apoderó de ella y la sonrisa, fina y astuta, tardó un buen rato en desvanecerse de su rostro.

La despertó el grito sostenido de su hija. No recordaba haberse quedado dormida y por un momento no supo dónde se encontraba. Reaccionó con los nervios crispados y urgentes azotándole el cerebro. Saltó de la cama corriendo al dormitorio de Laura (un pensamiento relampagueante le advirtió de que era demasiado tarde y que al llegar la encontraría convertida en el zombi de su sueño; porque había bajado la guardia, claro...). Pero la escena que encontró la paralizó en seco sin saber como reaccionar.

Su hija estaba apretada contra la pared que quedaba junto a la cama. Ya había parado de gritar, pero estaba agazapada como un animal acorralado. En el suelo, a un escaso metro de distancia, Khalid permanecía sentado, las manos apoyadas tras la espalda en una posición que indicaba que se había caído o había sido empujado. El muchacho tenía los ojos muy abiertos en una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—¡Mamá! ¡Estaba ahí parado! —dijo Laura, señalando a Khalid con un dedo acusador—. ¡Me he despertado y estaba ahí parado

mirándome con esos ojos de loco!

Julia desvió la mirada de Laura a Khalid, invirtió el recorrido, y volvió los ojos sobre el muchacho. Entonces vio algo que había pasado por alto en su primer escrutinio. Al lado del chico había un objeto, una navaja multiusos, una de esas en las que podían encontrarse varias herramientas útiles, aunque la única en la que podía pensar Julia era la que le daba nombre. Estaba guardada, pero en aquel momento aquello no le importó, no le importó nada en absoluto, porque la idea de que pudiera hacerle daño a su pequeña ocupó todo el umbral de su imaginación. Un calor y una rabia intensa ascendió para nublarle los sentidos.

Khalid advirtió qué estaba mirando su nueva madre adoptiva y al momento se guardó la navaja en el bolsillo del pantalón de chándal. A Julia le pareció que el gesto de su rostro denotaba vergüenza y no culpabilidad, tal vez porque el chico no estaba allí con ninguna mala intención, pero tales consideraciones pasaron no a una segunda o tercera posición sino a la última de todas sus preocupaciones.

—¡A tu cuarto! ¡Vete ahora mismo a tu cuarto y no salgas hasta que yo te lo diga!

La orden tuvo un efecto instantáneo y Khalid salió zumbando de la habitación. Cuando Julia se aproximó a consolar a Laura su mente ya había urdido lo que harían a continuación. Cogerían el equipaje y se marcharían de inmediato sin avisar al chico. Se trataba de un acto despreciable y cobarde, pero la voz que le decía que no estaba bien apenas era audible frente al candente y acelerado martilleo de la sangre en su cabeza.

Le explicó entre susurros a Laura que se cambiara de ropa y cogiera la mochila sin hacer ningún ruido, porque se iban de casa en aquel preciso momento.

—Pero mamá, no podemos dejarlo...

—Silencio —ladró Julia en voz baja, rápida y cortante como un hacha.

Laura debió de ver algo en los ojos de su madre, algo más aterrador que cualquier monstruo que pudiera acechar en el exterior, porque se puso en movimiento sin volver a replicar.

Caminaron furtivas hasta la puerta del apartamento y Julia le contó el resto de los detalles acerca de su plan a Laura y le indicó que aguardara en casa mientras ella lo ponía en marcha.

En el edificio residencial en que vivían cada planta constaba de un largo pasillo que daba a una escalera de incendios al extremo de cada uno de los lados, así como de un par de ascensores. La idea era atraer la atención de los infectados que pudiera haber a la escalera contraria por la que ellas descenderían hasta el garaje.

Para lograrlo Julia disponía de un reloj despertador. Nada de aquellos aparatos electrónicos con una pantalla digital, sino uno de los antiguos, un cachivache redondo, metálico, con tres patas en la base y dos campanillas achaparradas que, cuando la manecilla del minuterero se solapaba con la manecilla de la alarma, entrechocaban y bramaban sin orden ni concierto, como si un músico de batería hubiera enloquecido, estuviera hasta las cejas de cocaína, y en un frenesí de rabia intentara reventar los instrumentos. Si aquel reloj no atraía la atención de los Muertos nada lo conseguiría.

Encendió la luz del pasillo y avanzó hasta el lado izquierdo del corredor. El silencio era completo, tan solo interrumpido por el sonido rítmico surgido del cuadro eléctrico empotrado en la pared.

Se detuvo junto a la puerta de emergencia y comenzó a ajustar el minuterero del reloj despertador para que se quedara a un minuto de la alarma y así tener tiempo de alejarse del señuelo. La varilla giró en un movimiento fluido y cuando se estaba acercando a su destino, tres minutos antes de lo previsto, la alarma del reloj se activó y este empezó a bailar y a restallar con desenfreno.

No, no, no, esto no tenía que suceder... tuvo tiempo de pensar antes de empujar la puerta de golpe y arrojar el reloj escalera abajo. Corrió tan rápido como le permitieron las piernas. Laura que había estado agazapada en el quicio de la puerta, finalmente salió del

apartamento con la boca medio abierta, a punto de protestar por algo.

—Vamos, vamos, vamos... —le dijo a su hija al tiempo que la agarró del brazo para acelerar el ritmo en dirección a la escalera de incendios opuesta de la que venía.

No puedo dejarlo ahí, pensó una parte de ella y aunque ahora la voz era más audible que antes, la pasó por alto, pues toda su atención estaba en alejarse del reloj que sonaba más amortiguado.

Accedieron a la otra escalera de incendios y Julia comprobó por el hueco de la escalera, mirando fugazmente arriba y abajo, por si alguna de aquellas cosas estaba allí, pero quitando el lejano eco de la alarma, todo parecía en calma.

Se apresuraron a bajar hasta el primer piso del garaje y siguieron bajando hasta el segundo. Allí la puerta se hallaba abierta, sostenida por un enorme y grueso macetero de mármol, casi imposible de mover, en cuyo interior jamás hubo planta alguna y que de forma improvisada acabó cumpliendo la función de papelerera. Julia suspiró de alivio, el Volkswagen monovolumen quedaba justo enfrente de esa puerta.

—Mamá... ¡Mamá, para! —dijo Laura y tiró de su madre hasta que la obligó a detenerse—. No podemos marcharnos sin él. No podemos... Lo que te dije esta mañana y lo que ha pasado antes, yo... Estaba asustada, pero no está bien abandonarlo. Tenemos que regresar...

La horrible culpabilidad ante la conciencia de lo que había hecho la golpeó en la frente. Julia se llevó las manos a la cabeza, el rostro fruncido en una mueca de desesperación y próximo al llanto. *¿Qué he hecho? En qué demonios estaba pensando. Dejarlo solo es como si prácticamente lo hubiera matado yo misma. Pero no tiene por qué ser así, aun hay tiempo, no es demasiado tarde...*

Su hija siguió hablando en un intento por convencerla de que regresaran a por Khalid.

—Tienes razón —dijo Julia y en esta ocasión su hija detuvo la avalancha de razonamientos con que intentaba convencer a su madre—. La tienes.

Extrajo la llave del monovolumen y se lo dio a Laura.

—Voy a volver a por él, regresaremos enseguida. Mientras tanto, tú escóndete en el coche. Vamos, vamos —y empujó a su hija en dirección al marco desnudo de la puerta que conducía al garaje.

Apenas había subido dos escalones cuando Laura la volvió a llamar a voz en grito.

Laura intentaba resistir en un forcejeo contra uno de aquellos infectados que salió silencioso de la oscuridad del garaje, pero resultaba un gesto inútil pues este debía medir casi un metro noventa y su constitución era arrolladora. Vestía los harapos de lo que había sido un traje negro con chaqueta. Varios desgarrones de tela se agitaron en las piernas y la pechera. Esta última colgaba como una bandera teñida de pintura ocre y se sacudió ante su avance.

La chica retrocedió, trastabilló de espaldas, y medio cayó, aunque logró mantener una de las piernas flexionadas. El Muerto dio un paso y el linóleo pareció temblar.

—¡Apártate de ella, monstruo! —gritó Julia, antes de cargar, en un intento por atraer la atención sobre ella.

Pudo ver el rostro, el pelo de corte militar, los ojos de un azul sanguinolento, mientras volaba despedida hacia atrás ante el golpe desmañado de aquel gigante rubio. Buena parte del impacto contra la pared quedó amortiguada por la mochila; aún así, cayó de lado y pensó qué jamás había visto a aquel hijo de puta antes, de manera, que ¿porqué demonios estaba allí abajo?

El Muerto dio otro paso, ignorando a Julia e inclinándose hacia Laura, a punto de caer sobre ella.

No llegaría a tiempo, Julia lo sabía, pero tenía que intentarlo, tenía que salvarla como fuera... El mundo se le cayó a los pies y creyó que finalmente estaban condenadas cuando atisbó por el rabillo del ojo una figura recién llegada desde las escaleras. Otro más de aquellos

infectados que solo ansiaba matar y devorar, matar y devorar, matar y...

Pero no era uno de los monstruos, sino Khalid, que se había detenido durante un instante, mirando con una determinación salvaje al infectado que estaba a punto de caer sobre Laura.

La diferencia de tamaño era brutal y aun así Khalid no se amedrentó, al contrario, parecía decidido a acabar con el gigante rubio, como el caballero de un cuento fantástico que empuñara una espada. Pero aquello no era ningún cuento, ni el muchacho un caballero. En un borrón de movimiento saltó sobre la espalda del Muerto, enroscó las piernas a su alrededor, y con la mano izquierda, la mano libre, se agarró a la oreja del monstruo. En su otra mano empuñaba la navaja, con la pequeña hoja hacia abajo, como si se tratara de un puñal.

El Muerto trató de sacudirse al chico de la espalda y como si ese movimiento hubiera sido la señal para empezar, Khalid apuñaló aquel enorme cuello de toro. La navaja subía y bajaba a una velocidad vertiginosa y la sangre empezó a manar a borbotones. El gigante se elevó de repente con un bramido y giró sobre sí mismo, lanzando los brazos hacia detrás en un intento de agarrarlo, sin embargo, el chico no se soltó ni se cayó, sino que tiró con más fuerza de la oreja y siguió apuñalando, aunque mucho más lento.

Julia quedó estupefacta ante la escena, parecía una lucha encarnizada entre David y Goliat, y tal y como ocurría en el cuento el vencedor parecía que iba a ser el muchacho. Al menos hasta que perdió el asidero de la oreja y salió despedido contra el suelo como un pelele.

El Muerto cayó de bruces y durante unos segundos pareció que no iba a moverse más. La cabeza rubia, ahora con la mitad del cabello lavado en brillante sangre, se levantó mirando hacia Khalid. Allí había odio en estado puro y Julia pensó que nada podría detenerlo.

Avanzó, primero arrastrándose, después a gatas, hacia el chico que apenas había conseguido salir de su aturdimiento. El monstruo tenía la cabeza torcida, medio colgando hacia el lado que no había

recibido ninguna cuchillada, y la boca abierta —mucho más abierta de lo que Julia creía que una boca podía abrirse—, lista para caer sobre Khalid y engullirlo mordisco a mordisco.

Más tarde, con el cuerpo dolorido como si le hubiera pasado por encima una apisonadora, Julia pensó que todo lo sucedido a continuación tenía que haber sido un sueño, porque era imposible que algo así hubiera ocurrido.

Ella se levantó y cruzó la habitación, así debía de haber sido, aunque no guardaba ningún recuerdo de aquello. Entonces, cogió el enorme macetero de mármol —cada músculo de su cuerpo, desde el cuello hasta los pies, se tensó igual que la cuerda de una polea que sostuviera un piano— y lo levantó por encima de su cabeza. Tenía una vaga imagen de sí misma, una instantánea, en aquella postura hercúlea. Descargó el macetero sobre la espalda del gigante rubio y algo se rompió a sus pies. Pero lo imposible no terminó allí. Volvió a levantar el macetero y en esta ocasión lo dejó caer sobre la cabeza del monstruo, que cedió ante el impacto en un húmedo crujido.

La plena consciencia llegó más tarde al descubrirse de rodillas en el suelo con Laura y Khalid abrazándola, agarrándose a ella con toda la fuerza de sus delgados brazos. Las dos voces susurraban algo que parecía tanto una súplica como un agradecimiento, y posiblemente así era. Transcurrieron varios segundos antes de que alcanzara a entenderlas. Se repetían como una dulce cantinela y les devolvió el abrazo mientras escuchaba como la llamaban: mamá, mamá, mamá...

Capítulo 8: Nadia

El temido 15% llegó vestido de rojo.

Un rato después descendió al 9%.

6%.

2%.

Nada.

El móvil había muerto, junto con aquella vía de escape que tan bien conocía. Aunque en realidad, ese hecho ya no tenía la importancia que habría tenido un par de días atrás.

Antes de que la pantalla se hubiera apagado por completo, intentó, con inútil desesperación, obtener conexión inalámbrica. Reinició el teléfono. Cerró aplicaciones. Probó desde diferentes lugares de la farmacia para ver si así alcanzaba un rastro de señal, pero no obtuvo ni una pizca de conexión. Lo mismo les sucedía a todos los desconocidos con los que compartía refugio. De alguna forma inconcebible, el mundo digital, sencillamente, desapareció; de un plumazo, como si tan solo se tratara de una ilusión.

Apenas era consciente de las otras personas que compartían con ella la seguridad ofrecida por la farmacia. La pareja de policías se aseguró de hacer pasar a tantos supervivientes cómo fue posible tras la terrible manifestación en el cauce del Turia, pero de eso hacía ya dos días. El último grupo en entrar, un trío de adolescentes, llegó doce horas atrás, con varios infectados persiguiéndolos peligrosamente cerca.

Después de aquello no habían vuelto a abrir la puerta y la gente del interior de la farmacia procuraba mantenerse alejado de ella, a pesar de que la malla metálica, una tela de araña en acero, ofrecía un aspecto bastante sólido.

En la penumbra del local, Nadia se mantenía ocupada pensando compulsivamente en un artículo que jamás llegaría a escribir. También pensaba en Alejandro, su tutor del periódico, y deseaba que estuviera sano y salvo. Durante estas cavilaciones los dedos se deslizaban nerviosos al bolsillo de la chaqueta y jugueteaban con la carcasa del teléfono. De vez en cuando lo sacaba en un automatismo y pulsaba el botón de inicio, esperando ver que la pantalla se encendía de nuevo, solo para abandonar un segundo después al recordar que ya no funcionaba.

Consideró la posibilidad de intentar ponerlo a cargar en una de las dos tomas eléctricas de la pared, aunque desechó aquella idea como inútil —tenía la funesta intuición de que la señal no regresaría— y probablemente conflictiva. Casi todos los refugiados de la farmacia recurrían al teléfono móvil como entretenimiento durante las largas horas de espera y esto había provocado discusiones a la hora de disponerse a cargarlos. Finalmente, el policía más veterano —aquel que apenas salía de la trastienda de la farmacia— colocó una lista en la pared donde la gente podía apuntarse para utilizar los enchufes, acabando de pronto con cualquier argumento sobre quién tenía más necesidad de usarlos.

En ocasiones, la quietud quedaba interrumpida por gritos y persecuciones ahogadas en el exterior, y en cada una de aquellas ocasiones la gente se apretaba entre sí, murmuraba, y arrojaba miradas de soslayo a la puerta metálica de la farmacia preguntándose que sucedería si los infectados intentaban entrar a por ellos.

Durante las primeras horas de reclusión en la farmacia el exterior estaba salpicado por los Muertos que caminaban erráticos. Varias personas salieron de la farmacia, algunas para reunirse con sus familias o sencillamente para buscar un lugar más seguro, pero ninguna consiguió avanzar más de cien metros sin ser derribada y devorada por miembros de la horda. Después de aquel incidente no hubo más intentos de abandonar el local.

Nadia sentía como la inactividad la estaba desquiciando así que buscó otro entretenimiento. Extrajo la cámara fotográfica. La funda de cuero todavía conservaba las hendiduras con forma de dientes, cuando el individuo infectado del hospital había intentado morderla. Se estremeció al recordarlo.

Encendió la Canon y, al percibir el brillo despedido por la imagen de la pantalla, sintió una familiaridad reconfortante. Revisó las fotografías realizadas durante la manifestación, antes de que se convirtiera en un infierno caníbal. Se había posicionado en el paseo que quedaba justo por encima del lecho del cauce seco del río; entre el puente del Real y el puente de la Exposición. Desde allí, pudo tomar unas panorámicas maravillosas que mostraban la increíble movilización masiva de ciudadanos.

Conforme fue pasando de imagen en imagen supo lo que vería después y se detuvo tragando saliva. La locura, el salvajismo, la muerte, todo eso estaba allí, por supuesto, y era algo horrible, pero era otro miedo el que arañaba su sentido de la cordura. Consistía en recordar como el mundo sensato, lleno de orden, en el que había vivido desde que tenía memoria, se había convertido en un abrir y cerrar de ojos en un paisaje de película de terror. Por aquellos senderos y parques, solo unos pocos días atrás, la gente salía a correr y a pasear en bicicleta. Ella misma se había tumbado en ocasiones en el césped, al pie de un árbol, para leer un libro o había paseado solo por el placer de disfrutar del paisaje.

Apagó la cámara con violencia. No quería pensar, pero ya era demasiado tarde para eso. Los recuerdos se elevaron por encima de su voluntad y estallaron como burbujas rabiosas; cada uno mostrando una instantánea de horror y locura.

Cerró lo ojos y se encogió en sí misma al notar como las lágrimas saltaban y descendían presurosas por las mejillas. Y tal vez transcurrieron un par de minutos así, culminando con discretos sollozos y un gran alivio al sentir que se aflojaba un apretado nudo dentro de su pecho.

La tos repentina de una anciana la sacó del ensimismamiento. Ésta se arrebujó, empapada en sudor, sentada en la silla de plástico que quedaba junto a la ahora vacía estantería con tarros de alimento para bebés, pues se la habían comido toda durante el día anterior.

La anciana estaba sola. Terriblemente sola. Más aún si consideraba que en la farmacia había casi una veintena de personas.

Una mezcla de vergüenza e indignación ardió en sus mejillas al comprobar que nadie hizo ni el más mínimo gesto por acudir en su ayuda. Los dispersos grupitos de personas se afanaban en fingir que no oían ni veían nada. Solo un adolescente de mirada intensa se quedó observando a la señora con un matiz calculador que la evaluaba.

Pertenecía al último grupo que había entrado en la farmacia y, al que hacía varias horas, la mujer intentó llamar la atención para que le trajeran un poco de agua. Las palabras de la anciana quedaron interrumpidas por una tos cavernosa que terminó con unos esputos pastosos que la señora contuvo en un pañuelo. Los chicos se alejaron de ella, sin atreverse a mirarla, y se refugiaron junto a una máquina que calculaba tu peso actual y tu peso ideal.

Nadia miró de reojo la puerta de acceso a la trastienda. Ni la farmacéutica ni los dos policías habían vuelto a salir de allí desde hacía bastante, así que no podía contar con su ayuda. Se ajustó la mascarilla blanca que le colgaba del cuello, protegiéndole la nariz y la boca, y se aproximó con una pequeña botella de agua mineral.

Los párpados de la anciana permanecían caídos como cortinas sacudidas por la brisa. El rostro le brillaba y Nadia olfateó el olor acre a sudor y a medicamentos que despedía. Toda ella temblaba, las manos cerradas alrededor de un bolso al que se aferraba igual que un naufrago se agarraría a un flotador.

Tuvo el cuidado de acercarse a ella desde un lateral, por si volvía a toser, y el temor silencioso y generalizado de que pudiera estar infectada resultaba ser certero.

Llamó su atención tocándole un brazo y lo notó flácido a través de la camisa con estampado de flores otoñales. La mujer se sobresaltó, pero solo durante un segundo. Enseguida le regaló una sonrisa extenuada e hizo un esfuerzo por incorporarse en la silla.

—Le he traído un poco de agua. Beba, le sentará bien —dijo Nadia. Su voz sonó opaca debido a la mascarilla, pero translucía una sincera amabilidad.

El rostro de la anciana se arrugó de agradecimiento, pero antes de que pudiera coger la botella de agua alguien se la arrancó a Nadia de un manotazo.

Al darse la vuelta se encontró con el adolescente de mirada intensa. Se vio obligada a alzar el mentón ya que el chico le sacaba una cabeza por lo menos. Sentado en el suelo no le había parecido tan alto, pero, una vez delante, adquiría una presencia imponente a pesar de aquella perturbadora delgadez que le recordó a un enorme y oscuro pájaro mojado.

—Qué mierdas crees que estás haciendo —le reprochó el adolescente. Las palabras surgieron duras, lentas, casi en un susurro, y de cada una de ellas emanaba una rabia apenas contenida.

—La estoy ayudando. Dame la botella de agua... Es mía —respondió Nadia y se maldijo al notar el tono infantil y a la defensiva que había empleado.

Estiró el brazo para coger la botella de agua, pero el chico la agarró veloz con la otra mano y la apartó varios pasos de la anciana. Ella se lo sacudió de encima y él se le acercó un poco más.

—Está infectada —sentenció el joven.

Con una respiración controlada Nadia logró mantener la calma.

—Eso no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que está enferma y necesita ayuda. Ahora, dame la botella de agua.

—Lo que no sabemos es por cuanto tiempo vamos a tener que estar encerrados en esta puta farmacia. Y lo que sí sabemos es que quieres desperdiciar agua en una de esas... cosas —y tras tragar

saliva, y mirar de reojo a la anciana, añadió: — Alguien va a tener que hacer algo con esa vieja antes de que se convierta en un peligro para todos.

— ¿Qué estás insinuando? — dijo Nadia en un susurro ahogado.

El delgado joven encogió los hombros y conservó una mirada circunspecta.

— Mira — dijo Nadia, y en esta ocasión se aproximó a él con aire de complicidad, intentando imprimir a sus palabras una seguridad que en realidad quedaba muy lejos de sentir —, ya he visto antes como evoluciona esa infección y estoy totalmente segura de que lo que esa señora tiene es una gripe normal y corriente. Solo necesita descansar, beber líquidos, y tomar algunas medicinas.

La mentira surgió con tanta naturalidad y fluidez que ella misma se quedó sorprendida en cuanto terminó de hablar. El adolescente continuó mirándola con dureza, aunque Nadia creyó percibir una leve vacilación en la posición de sus hombros y espalda, como un globo que comenzara a deshincharse lentamente. Por fin, el adolescente le devolvió la botella y se apresuró a decir: — Esto no es ninguna enfermedad, sino un castigo. Pero es tu botella de agua así que haz lo que quieras. Si estás equivocada...

La frase quedó interrumpida cuando la puerta de la trastienda se abrió. La farmacéutica y uno de los dos policías, Ernesto, el más joven, aquel que rondaba la treintena, salieron de allí con semblante ceniciento y agotado, cerrando la puerta tras ellos.

Aquello produjo una gran agitación en el heterogéneo grupo de refugiados. Varias personas se levantaron, rodearon al policía, y empezaron a preguntarle, todos a la vez, acerca de cuál era la situación: si iba a venir la policía a sacarlos de allí, por cuánto tiempo estarían atrapados en la farmacia, qué iban a comer... Las preguntas se solaparon unas sobre otras hasta convertirse en un galimatías ininteligible.

El adolescente también se arrimó al grupo, circunstancia que Nadia aprovechó para dar de beber el agua a la anciana. La señora se

lo agradeció con un murmullo, cerró los ojos, y no tardó en quedarse dormida.

Para entonces la mayoría de las voces se redujeron a un par de ellas, la del policía y la de un hombre de espalda ancha y brazos fornidos que, autoproclamado como representante de los refugiados en la farmacia, iba subiendo el tono de la conversación con cada una de sus intervenciones.

—¿Cuándo va a llegar la ayuda?

—No lo sabemos. Ni mi compañero ni yo hemos podido establecer contacto por radio con la comandancia y como ya se habrán dado cuenta todos los teléfonos han dejado de dar señal. Por el momento, las calles siguen siendo poco seguras, así que la mejor opción es resistir aquí hasta que la situación mejore.

Aquello era exactamente lo que todos temían, pero eso no impidió que los rostros del grupo se ensombrecieran dramáticamente.

—¿Aquí? ¿Y qué vamos a hacer? ¿Comernos las estanterías? No podemos quedarnos por más tiempo encerrados. ¡Ya no queda más comida y esas cosas siguen estando ahí fuera! —le espetó el cabecilla al policía, a escasos centímetros de la cara, recibiendo varios murmullos de aprobación al finalizar.

El hombre estaba en lo cierto, reflexionó Nadia. Habían terminado con cualquier producto mínimamente comestible, pero la farmacia no estaba preparada para soportar las necesidades de una veintena de personas. Aunque lo que no le gustaba era el cariz que estaba tomando la conversación. Al principio la gente estaba demasiado asustada o en shock como para poner demasiadas pegadas, pero tras dos días de reclusión, el miedo se estaba transformando en algo más peligroso.

—Lo sé. Es por eso qué voy a salir en busca de alimentos mientras que el oficial Martínez permanecerá en la farmacia encargado de su seguridad —dijo en un tono seguro, seco, y autoritario. La declaración provocó un cese total de las pequeñas conversaciones y de los murmullos que rondaban en torno al policía.

—También voy a pedir voluntarios para que me acompañen.

Transcurrieron varios segundos durante los cuáles las palabras fueron asimiladas por el grupo. Todas las miradas que hasta hace un segundo estaban clavadas en el policía se desviaron progresivamente hacia las baldosas del suelo, las repisas vacías, o hacía alguna zona áurea que de repente había cobrado un interés ineludible. El representante de los supervivientes retrocedió, se ajustó la camisa en los pantalones y pareció recordar que tenía una cita urgente en uno de los rincones de la farmacia donde aguardaba su esposa.

Sin embargo, el policía ignoró este hecho y alzó un poco más la voz para que todo el mundo se diera por enterado.

—Con dos o tres personas más espero que sea suficiente. Si fuera yo solo apenas podría cargar alimentos para todos —dijo, tras lo cual Nadia tuvo la impresión de que ella era la única que todavía observaba al policía—. Y si fuéramos demasiados correríamos el riesgo de atraer la atención de los... bueno, de los Muertos.

El grupo se dispersó con la rapidez de una nube de humo en un día de otoño. A Nadia le pareció que el adolescente estaba considerando ofrecerse cómo voluntario, pero, cuando por fin habló, no fue eso lo que sugirió.

—Deberíamos ir todos a la Catedral.

Aquellas palabras despertaron de nuevo el interés del grupo y muchos rostros se volvieron hacia él. Hizo una pausa, lo bastante larga para que la mayoría de la gente le observara, pero no lo suficiente como para que alguien tuviera tiempo de formularle más preguntas.

—Me llamo Joel y es allí a dónde mis amigos y yo íbamos. Antes de que los móviles dejaran de funcionar mi padre me dijo que él y un grupo de personas estaban en la Catedral. Es un lugar seguro —dijo.

Y había algo en su voz, Nadia no supo exactamente el qué —quizás el tono, quizás la cadencia, o tal vez, la pasión que imprimía

en las palabras—, que hizo que su mensaje calara más hondo que la firmeza y aparente neutralidad del policía.

Varias personas empezaron a hablar, no demasiado alto, aunque en el aquietado local aquello era más que suficiente para escuchar con claridad desde la primera hasta la última palabra, y que venían a decir lo que Nadia estaba pensando.

Porque se trataba de una alternativa demasiado atractiva para dejarla pasar sin más. Al fin y al cabo, cada vez se veían menos Muertos merodeando por las calles, y la Catedral no estaba demasiado lejos, tal vez a un kilómetro o menos. En un día normal podrían haber ido caminando hasta allí por la Calle de la Paz, o perdiéndose por las callejuelas de los alrededores, hasta desembocar en la Plaza de la Reina. Desde allí, la entrada principal y los viejos muros de piedra se observaban a simple vista.

—No sabemos si en la actualidad continúa siendo segura, ni si el camino hasta allí estará despejado. Algunos de nosotros, si no todos, podríamos morir —dijo el agente de policía.

—Si nos quedamos aquí también moriremos —replicó el adolescente, rápido como un látigo—, además, tú y el otro poli tenéis pistolas para protegernos, ¿no es verdad?

Nadia percibió como el policía se envaraba ante la sugerencia.

—Sí, pero unos disparos llamarían demasiado la atención.

—Shhh —se escuchó desde el otro extremo de la farmacia, junto a la puerta. Y una mujer que aguardaba junto a la puerta dijo: —Se acercan...

Al instante, toda la gente se agazapó en los rincones, tras las estanterías o en cualquier otro recodo que dificultara la visión desde el exterior.

Nadia observó como las dispersas figuras cruzaron durante un largo minuto por delante de la farmacia. La mayoría iban vestidas, pero algunas caminaban prácticamente desnudas, con jirones de ropa colgando del torso o de la cintura. Se movían sin prisa, casi como si fuera una especie de torpe y harapienta manifestación

silenciosa. Hizo un esfuerzo por contar cuántas de aquellas cosas componían el grupo, pero no tenía ángulo ni profundidad de campo suficiente para estar segura. Aun así, estimó que el grupo comprendería entre treinta y cincuenta individuos.

Transcurrieron cinco minutos antes de que los refugiados regresaran a la cotidiana anormalidad de estar atrapados en una farmacia mientras bandas de zombis recorrían las calles. Al parecer, el recuerdo de qué los aguardaba fuera supuso un punto y aparte en la discusión.

El policía anunció que esperaría tras el mostrador de la farmacia a aquellos voluntarios que decidieran acompañarlo en su búsqueda de víveres. Nadia estaba convencida de que ni una sola persona se atrevería a salir, pero estaba equivocada ya que se descubrió a sí misma caminando con timidez hasta el mostrador.

Capítulo 9: Ernesto

Ernesto y las dos únicas voluntarias entre los refugiados de la farmacia, Isabel y Nadia, avanzaron con cuidado durante todo el camino, agazapados junto a vehículos o pegados a las paredes. No hubo comentarios, pero al policía le pareció que los tres compartían la sensación casi onírica de estar recorriendo una Valencia fantasma, prácticamente desierta; una ciudad que en realidad ahora pertenecía a los Muertos, a aquellos que en realidad ni estaban muertos, ni eran fantasmas, pero vestían carne humana.

Tan solo cuando estaban llegando a su destino dicha sensación pasó del ensueño al preludio de una pesadilla al divisar en la distancia a un disperso grupo de figuras. Sin atreverse a investigar más ni a intentar llamar su atención, se apresuraron en alcanzar la entrada del supermercado.

Al llegar lo encontraron abierto, totalmente iluminado, con las puertas acristaladas hechas añicos y una alfombra de fragmentos de vidrio en el pasaje de acceso. El interior no estaba mucho mejor. O al menos así les pareció que sucedía en la parte frontal, donde buena parte del suelo y las paredes estaban cubiertos por oscuras manchas de sangre coagulada. Varios carros de la compra alzaban sus ruedas o permanecían tumbados de lado como animales abatidos, formando una improvisada barrera frente a los cajeros.

Los sortearon sin demasiada dificultad y tras una rápida inspección en que no vieron ni escucharon nada extraño, encontraron que muchas secciones, como las de alimentos en conservas o fiambres envasados, habían sido expoliadas, aunque todavía quedaban algunas estanterías, sobre todo cuanto más se avanzaba al interior, que conservaban intactas los alimentos. Al pasar junto a la sección de pescadería, cuyos cajones expositores estaban desnudos, Ernesto alzó la mano para detener al grupo.

Aunque el espacio conservaba un ligero olor a pescado, el de la carne en descomposición resultaba demasiado alarmante como para pasarlo por alto.

Con la pistola sujeta frente a él y midiendo casa paso, Ernesto comprobó que el pequeño pasillo tras los expositores también estaba vacío. Después se aproximó a la puerta de contrachapado gris que quedaba en la pared de la esquina y, al abrirla, tuvo que retroceder dos pasos pues el hedor tenía una consistencia casi física que lo empujó hacia atrás. Arrugó el rostro y a duras penas logró impedir que las arcadas lo hicieran vomitar. Dio un paso rápido y cerró la puerta.

—¿Son *ellos*? —preguntó Nadia en un murmullo en cuanto Ernesto regresó junto a ellas, el rostro desencajado y dando grandes bocanadas como un pez fuera del agua.

Éste sacudió la cabeza varias veces.

—Hay un montón de cadáveres apilados y no parece que ninguno vaya a levantarse de nuevo —logró responder al fin.

—¿Cómo es posible? —preguntó Isabel, la otra mujer que se había ofrecido voluntaria.

—No lo sé, pero está claro que alguien los ha tenido que meter ahí dentro —respondió Ernesto.

—Quizás quien lo haya hecho esté todavía por aquí y pueda ayudarnos —sugirió Isabel.

—Quizás —dijo Ernesto. No se atrevió a añadir sus dudas acerca de que el responsable de hacinar aquellos cadáveres pudiera ayudarlos. Solo había tenido tiempo de dar un vistazo, pero ese vistazo le permitió darse cuenta de que los muertos habían sido ejecutados con disparos en la cabeza.

—Deberíamos comprobar el resto del supermercado —dijo Nadia, lanzando una mirada de preocupación a su alrededor.

Recorrieron el enorme local con cuidado, avanzando sin hacer ruido y aguzando el oído cada cierto tiempo por si escuchaban algo

fuera de lugar. No tardaron en descubrir que la otra puerta de acceso del supermercado, la que daba a una calle diferente de por donde habían entrado, conservaba la cortina metálica bajada y se relajaron un poco al convencerse de que estaban solos.

—Deberíamos empezar llenando las mochilas y después podemos aprovechar los carros de la compra. Los cargamos de comida y los llevamos hasta la farmacia. Yo llevaría uno, Nadia otro, y tú te encargarías de que no nos muerdan por el camino —dijo Isabel a Ernesto con desenfado, después de ajustarse las gafas de montura morada.

—Es un buen plan —respondió Ernesto con una leve sonrisa. La forma de hablar de Isabel, como si aquello no fuera más que un día normal de hacer la compra, y no una arriesgada salida que podía costarles la vida, le hizo admirar un poco más a aquella mujer.

—No podemos despistarnos ni un segundo —dijo Nadia como si fuese algo que hubiera rumiado durante mucho tiempo y considerara imprescindible compartir con el grupo—. También deberíamos hacer el menor ruido posible. Aunque aquí no haya ninguno de los Muertos podríamos llamar la atención de alguno que merodee por fuera... si no vamos con cuidado.

Ernesto estaba de buen humor, o de tan buen humor como era capaz de permitirse dadas las circunstancias. Aquella incursión le había generado grandes dudas, tanto por las complicaciones que podían surgir en el camino, como por la problemática de dejar en la farmacia a su compañero junto a su hija infectada (un hecho que conocían tan solo él, la farmacéutica y, por supuesto, Martínez, su compañero).

Sin embargo, Isabel y Nadia disiparon ese velo de preocupación con su sola presencia. Entre los tres se formó un entendimiento casi instantáneo; como si fuesen las piezas de un puzle que, al ponerlas juntas, encajaran sin esfuerzo.

Y pese a todo, cada vez que surgía el recuerdo de la hija de su compañero, esposada en el almacén de la farmacia, lanzado frecuentes dentelladas para tratar de arrancarle la carne de los

huesos a su propio padre, despertaba en él un vértigo tenue y envolvente; la certeza de que algo terrible iba a suceder.

Pero no tenía demasiado tiempo para entretenerse en tales inquietudes. La búsqueda de alimentos requería de toda su concentración y, por otro lado, descubrir que el plan estaba siendo un éxito resultó ser una más que agradable sorpresa. Pudo mantener el buen ánimo, al menos, hasta que descubrió que en realidad no estaban solos en el supermercado.

Terminaron de llenar las mochilas y Ernesto estaba ayudando a Isabel a cargar en el carro de la compra tantas latas en conservas como fuera posible cuando la voz de Nadia lo hizo detenerse. No sucedió al instante. Primero le pareció escuchar que la joven decía algo, aunque el ruido de las latas chocando contra el carro no le permitió entender qué quería decir. Había como mucho un par de pasillos de distancia entre ellos y Nadia, y Ernesto supuso que estaría haciendo algún comentario en voz alta. Siguió arrojando las latas hasta que sintió una punzada de alerta al escuchar, esta vez en un tono más elevado, las palabras: —Por favor, la necesitamos...

Con un gesto detuvo a Isabel y ahora sí que advirtió, ambos lo hicieron, la presencia de otra persona en el supermercado.

—Es. Mía. Mi. Comida. Toda. ¿Lo entiendes? Suelta eso. ¡Suelta eso! —dijo una voz masculina, aguda e histriónica, y tras la cual se escuchó el sonido de un objeto que caía al suelo.

Hubo una mirada de complicidad entre Ernesto e Isabel un momento antes de que ambos se separaran, el primero avanzando hacia Nadia y el desconocido, mientras la segunda daba un rodeo más grande.

Ernesto desabrochó la correa superior que sujetaba la pistola a la funda y durante un par de breves segundos consideró presentarse blandiendo el arma, pero el latigazo de un acontecimiento reciente le hizo dejar el arma en su sitio.

—Date la vuelta. Así. ¡Estate quieta! Sé que no estás sola así que dile a quién haya venido contigo que venga hasta aquí —siguió

diciendo el desconocido a Nadia.

Ésta no tuvo oportunidad de hacer lo que le pedía. Ernesto surgió tras la esquina de una de las estanterías y se alegró de no estar empuñando el arma ya que no habría sido capaz de disparar sin poner en gran peligro a la joven.

Nadia estaba frente a él, a escasos cinco metros de distancia, con un paralizado gesto de terror en el rostro. Asomándose por encima de su hombro derecho se veía solo parcialmente la cabeza de un hombre joven —tal vez ni siquiera llegara a la veintena pues el acné florecía rojizo e indómito en las mejillas, la nariz y la frente— y que observaba a Ernesto con los ojos desorbitados y una triunfante sonrisa.

—Tiene una pistola —logró decir Nadia sin apenas articular los labios y Ernesto se dio cuenta de que estaba temblando.

—¡Cállate! ¡Te callas o te meto un tiro! —y al decirle esto Nadia cerró los ojos en un esfuerzo evidente por controlar su cuerpo y no derrumbarse.

—Tranquilo —dijo Ernesto, mostrando las palmas de las manos—. Soy policía. Podemos ayudarte. Estamos con un grupo de personas, cerca de aquí, y necesitamos comida urgentemente.

El gesto del joven cambió rápidamente de la incredulidad a la burla.

—¿No se ha enterado? Usted ya no es policía. No es nadie —dijo tras una carcajada—. Y toda la comida de este supermercado es mía. ¿Lo entiende? He visto demasiadas películas de zombis como para saber como acaba esto y seré uno de los que sobrevive. Aunque tenga que cargarme a todo el que venga a robarme —la afirmación parecía demasiado forzada, como si intentara convencerse a sí mismo, más que a Ernesto y a Nadia—. Y ahora... si quiere ayudarme a mí y a su amiga lo mejor que puede hacer es sacar lentamente esa pistola, dejarla en el suelo y empujarla con el pie hacia mí.

Mientras hablaba, Ernesto vislumbró por el rabillo del ojo el movimiento de alguien que se movía tras el adolescente y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desviar la mirada en esa dirección. Si se trataba de Isabel y dirigía sobre ella la atención de aquel desquiciado sería fatal para la pobre Nadia.

—Si te doy la pistola nos matarás como has hecho con las personas que has apilado en la pescadería.

—¡No es cierto! Yo no las he matado... No la primera vez —dijo con los ojos desorbitados, para terminar en un susurro avergonzado.

Ahora parecía todavía más joven, casi un niño, uno que hubiera crecido demasiado, demasiado pronto.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Yo... los liberé de convertirse en esos... en esos... zombis... No podía permitir que se convirtieran.

El muchacho había abandonado por completo el tono beligerante, medio enloquecido. Como si hablar con otro ser humano de lo sucedido estuviera haciendo regresar a la persona que había sido antes de la muerte y el horror, pensó Ernesto. También le resultaba evidente lo atemorizado que se hallaba y consideró que, tal vez, si ahondaba más en esa dirección, lograría que el chico le entregara el arma y los acompañara a la farmacia.

—¿Los conocías? —dijo Ernesto con el tono más empático que pudo lograr.

El muchacho asintió una única vez.

—Mamá trabajaba aquí. Ella tenía llaves del supermercado y pensó que sería un buen sitio para refugiarnos. Vinimos con mis tíos y mis primos, pero... pero... llegaron un montón de esas cosas y entonces...

—Hiciste lo que tenías que hacer. Has sido muy valiente resistiendo aquí y nadie te va a reprochar nada. Tu madre estaría orgullosa de ti.

Los ojos del joven brillaban y su gesto cambió a una actitud casi de súplica.

—No pude terminar con ella... con ella no. Está en el cuarto de los fusibles...

Y tras decir esto se giró en dirección al corredor que quedaba tras él, apuntando con el arma hacia una puerta lejana.

La acción sucedió de forma casi instantánea y Ernesto no reaccionó lo bastante rápido. Nadia se apartó a un lado e Isabel cargó contra el brazo que sostenía la pistola. El muchacho lanzó un grito estridente de sorpresa y tanto él como Isabel cayeron rodando por el suelo. Antes de que Ernesto pudiera llegar hasta ellos hubo una detonación que resonó brutalmente en el supermercado. Isabel estaba sobre él a horcajadas y de un golpe mandó volando la pistola desde las manos del chico hasta los pies de Nadia.

Fue entonces cuando Isabel retrocedió para caer sobre su trasero en un gesto de incredulidad. Se llevó las manos al vientre, alzó una de ellas bañada en sangre fresca. Parecía que hubiera hundido la palma de la mano en pintura roja muy líquida. La puso de nuevo sobre la otra y clavó los ojos en Ernesto.

El chico se apartó de Isabel a trompicones sin parar de decir: —Yo no quería... yo no quería...

Sucedió una segunda detonación y un trozo de baldosa del suelo junto al muchacho voló por el aire.

—¡Nadia no! —gritó Ernesto.

Nadia empuñaba el arma y encañonaba al muchacho, el rostro arrugado y arrebolado de furia desatada. Hubo una tercera detonación y el disparo impactó en la pierna del chico que soltó un grito lastimero. El policía la alcanzó y logró que Nadia apuntara con el arma hacia el suelo.

—Tenemos que ayudar a Isabel, tiene un disparo en el vientre —aquello pareció calmar a Nadia—, si no la llevamos...

Pero la frase quedo interrumpida ya que todos y cada uno de los rostros hicieron una pausa para girarse en dirección a la entrada del supermercado. En la distancia se escuchaba el sonido de los carros metálicos, apartados sin miramientos, y el espantoso cuadro que se había creado en cuestión de segundos fue inundado con un murmullo creciente de pasos.

El chico comenzó a alejarse penosamente por el suelo, arrastrando la pierna que dejaba un fino sendero carmesí tras él, en un desesperado intento por llegar hasta la puerta que aguardaba en la pared del fondo.

—Ya vienen... —dijo Ernesto con la 9mm en dirección al pasillo. Le quedaba un cargador entero en el cinturón y diez balas en el de la pistola. Tenía que ser suficiente. Y aunque deseaba tener razón, su primera consideración se convirtió en duda al percibir que, tras la primera ola de desgarbadas figuras, surgía una segunda, y una tercera...

—Te sacaremos de aquí —dijo Nadia al arrodillarse junto a Isabel. Intentó sujetarla desde un brazo y comenzó a tirar hacia arriba, pero el lamento de Isabel la detuvo—. ¡Ernesto, por favor, ayúdame!

Pero Ernesto no podía ayudarla porque en ese momento comenzó a disparar. No como en una película de acción, donde cada disparo se sucedería inmediatamente con el anterior, convirtiendo la pistola prácticamente en una metralleta. Eran disparos calculados, con una considerable pausa de entre dos y tres segundos. Y cada uno de ellos resultaba certero y mortal, directos a la cabeza. Los Muertos alcanzados caían de bruces y se convertían en obstáculos que ralentizaban al resto del grupo, haciéndoles tropezar o incluso caer al suelo, lo que los entorpecía todavía más.

Isabel gimió de dolor y no pudo evitar que se le escapara un sollozo. Se ajustó las gafas en la nariz dejando una marca sanguinolenta en la junta de las dos lentes y acercó a Nadia para que pudiera oírla.

—No lo lograría —replicó y con una triste sonrisa sostuvo la pistola de Nadia y se la quitó de las manos con suavidad—. Yo los

entretendré.

Isabel cumplió con su palabra, pero los gritos de agonía de la mujer cuando los Muertos la alcanzaron seguían resonando en los oídos de Ernesto, incluso por encima del clamor de la 9mm que tronó cuando eliminó a tres de los monstruos mientras escapaban por uno de los pasillos laterales

Abandonaron el supermercado sin mirar atrás, aumentando la distancia con un pequeño número de perseguidores que los seguían incansables. Al llegar a la calle de la farmacia divisaron a unos cincuenta metros de distancia de la puerta a varios infectados, pero por suerte estaban demasiado ocupados devorando los restos de unas desafortunadas víctimas.

Golpearon la malla metálica de la farmacia y rápidamente salió el hombretón que había actuado como portavoz de los refugiados horas antes. Alzó la puerta sin mirarlos a los ojos, con el rostro azorado, y una punzada de inquietud puso a Ernesto en alerta.

Nada más acceder al interior de la farmacia supo que algo había cambiado. Estaba reflejado en el rostro de las pocas personas que se atrevían a mirar en su dirección y en el tenso miedo que flotaba en el aire, casi como una neblina invisible.

Dejaron caer las mochilas cargadas de alimentos y Joel, el joven alto y delgado, se aproximó tranquilamente a la pareja que todavía resollaba por la carrera. Caminaba con las manos en la espalda y el ceño fruncido, como si le disgustara que hubieran aparecido de repente. Observó las mochilas y asintió con severidad.

—Parece que lo habéis conseguido ¿Y la otra mujer? —dijo en un tono demasiado cercano a una reprimenda.

Ernesto logró conservar el gesto sereno de policía, aunque se moría de ganas de darle una buena tanda de puñetazos al maldito chaval, pero Nadia no hizo ningún esfuerzo en disimular su enojo.

—La otra mujer tenía un nombre. Se llamaba Isabel y ahora está muerta. ¡Muerta para conseguirnos algo de comida!

El joven asintió con la cabeza y carraspeó como si se estuviera preparando para hablar con un niño particularmente díscolo.

—No grites o podrías llamar la atención de los Muertos. Es una lástima lo de esa mujer, de verdad, pero ella conocía el riesgo. Seguro que conoces el refrán, a quién Dios ama, Dios le llama. En cualquier caso, es bueno que lo hayáis conseguido, tanto por la comida, como por las cosas que tenemos que discutir.

Ernesto asió a Nadia por el hombro antes de que ésta se abalanzara sobre el adolescente, tal vez, con la intención de arrancarle los ojos. Sin embargo, no era solo la indiferencia con que el chico hablaba de la muerte de Isabel lo que hizo saltar las alarmas internas del policía, sino sus últimas palabras, la confianza con que se dirigía a ellos, y la aparente complicidad con que todo el mundo delegaba en él.

—Eres un cabrón sin sentimientos, ojalá que hubieras venido con nosotros y entonces... —Nadia interrumpió la frase, fijando la atención en algo que había llamado la atención detrás de su interlocutor—. ¿Dónde está?

—¿Quién? —dijo Joel, y a Ernesto le pareció captar una sutil satisfacción al realizar aquella pregunta. Y la verdad de aquel chico le llegó como el impacto de un relámpago. Supo que estaba, de alguna manera, loco; completamente loco. No con la clase de locura de quién ha sufrido un trauma y parte de los circuitos con que funcionamos normalmente se desconectan, sino con la otra clase de locura, aquella que nos toca en la ruleta de los genes o que ha sido cultivada tras largos años de exposición al terror; aquella que, en definitiva, aleja al afectado de la humanidad y lo acerca a la monstruosidad.

Con un rápido movimiento Nadia se acercó a una silla vacía y desde allí miró en todas direcciones. Ernesto apoyó las manos en el cinto, la diestra muy cerca de la pistola.

—La anciana ¿Dónde está?

—Me alegro de que me hagas esa pregunta, porque ese es uno de los puntos importantes de los que quería hablar.

La joven Nadia observó detenidamente los rostros hundidos, que eran la mayoría, y los de aquellos que deliberadamente la evitaban.

—¿Qué has hecho con la anciana? —insistió Nadia, tras regresar junto a Ernesto con pasos lentos, sin apartar los ojos de Joel.

—Te lo dije. ¿Recuerdas? Alguien iba a tener que solucionar ese problema —respondió con una leve sonrisa.

—Los Muertos que vimos antes de entrar... —dijo Ernesto en un vislumbre de lo que había sucedido.

—No —murmuró Nadia.

—Sí —respondió Joel.

—No, no, no, no —continuó al borde de las lágrimas.

—Sí. Nos encargamos de todos los infectados.

—¿Qué has querido decir con eso? —preguntó Ernesto.

—Lo sabes muy bien, ¿verdad? Tú, junto con el otro policía y la farmacéutica esa, nos habíais estado escondiendo secretitos.

Las pupilas de Ernesto se dilataron exageradamente y deslizó la mano hacia pistola: —¿Dónde está Mar...?

Un enorme brazo se enroscó alrededor de su cuello. Notó como la presa le cortaba el aliento y se cerraba implacable; no pudo más que arquear la espalda, cediendo ante la fuerza del agresor. Agitó la mano intentando desenfundar de nuevo, pero alguien se había preocupado por desarmarlo enseguida. Escuchó gritar a Nadia cuando ésta intentó ayudarlo y por el rabillo del ojo atisbó como se sacudía cuando otro chico la sujetó desde detrás con un abrazo.

Joel lo apuntaba ahora con una pistola idéntica a la suya, con la única excepción de que carecía de la extensión de cargador, y, antes de que el chico continuara con su monólogo, Ernesto tuvo la certeza de dos cosas: era la pistola de Martínez y Martínez estaba muerto.

—Después de que os marcharais intentamos sacar a la anciana de la farmacia, antes de que se convirtiera en uno de los Muertos, pero su compañero no estuvo de acuerdo, ¿sabe? —Ernesto no podía hablar, apenas sí podía respirar con la terrible presión de la sangre que martilleaba el cráneo y el cuello, pero pensó al borde de la histeria que no quería escucharlo, no quería saber cómo había ocurrido—. Hubo una lamentable pelea y, todo hay que decirlo, hicieron falta tres de nosotros para reducirlo. Menuda sorpresa nos llevamos al descubrir que estabais escondiendo a uno de esos monstruos en el mismísimo cuarto de atrás. Nos encargamos de aquel despojo y, cómo ya no podíamos confiar en tu compañero ni en la farmacéutica, los invitamos a buscarse otro refugio junto con la vieja. No llegaron muy lejos, ¿verdad?

La pregunta no iba dirigida a Ernesto sino a uno de sus amigos, el que sujetaba a Nadia.

—Qué va. Los rodearon como las moscas a la mierda.

—Ya ves. Así que nos toca de nuevo asumir una difícil decisión. Porque tú también nos has puesto en peligro a todos —y al decir esto hizo un amplio gesto con la mano que abarcaba toda la sala— al esconder a uno de los Muertos en la farmacia, pero también es cierto que has traído comida.

Tras decir esto se dio unos golpecitos en la boca e hizo un gesto alzando el mentón. La presa en el cuello de Ernesto se aflojó lo suficiente como para que pudiera respirar de nuevo.

—No puedes quedarte aquí, pero tampoco sería justo que te marcharas sin nada. Puedes llevarte un poco de comida, lo justo para que comas al menos una vez. Considéralo una especie de “ultima cena”. Y llévate también la porra de policía, tal vez te sirva de algo —dijo Joel sin dejar de apuntarlo.

—Tío, no puedes hacer eso, quería esa porra para mí —dijo otro de los chicos.

Joel clavó la mirada en su amigo y durante varios segundos reinó un inquietante silencio. Parecía estar desafiándolo a que volviera a

interrumpirlo, pero el otro chico mantuvo la boca sellada con sumisión.

—En cuanto a ti —dijo, volviéndose a Nadia—, puedes quedarte con nosotros. Sus pecados no tienen nada que ver contigo.

—Que te jodan —respondió Nadia—. Prefiero mil veces estar ahí fuera con los infectados que pasar un solo minuto cerca de ti, maldito chalado.

El aludido se acercó hasta ella con lentitud, como si se dispusiera a darle un beso en la mejilla. Nadia arrugó el rostro y lo apartó, pero Joel lo acercó de nuevo, empujándolo con el cañón de la pistola. Aspiró profundamente, como si se estuviera alimentando de la fragancia a sudor, miedo y excitación, que despedía. A continuación, se acercó a su oído y le susurró: —Eres pura, ¿verdad?

Nadia contempló retroceder a Joel con una mezcla de asco y estupefacción.

—Está bien. Eres libre de marcharte con él si quieres, que por eso nos regaló Dios el libre albedrío —sentenció Joel en voz alta tras encogerse levemente de hombros.

La salida de la farmacia por parte de Ernesto y Nadia resultó muy civilizada, restando las pistolas que los apuntaron durante todo el proceso. Antes de aquello las mochilas se vaciaron con la única excepción de dos latas en conservas, una con garbanzos y otra con albóndigas.

La malla metálica cayó a sus espaldas en un aciago gemido. Varias cabezas de un grupo de Muertos que se hallaba a casi cien metros —tenían los vientres hinchados obscenamente y los rostros empapados en sangre fresca y sangre vieja— se giraron perezosos en su dirección. Empezaron a avanzar hacia ellos, sin demasiada prisa, como si estuvieran demasiado llenos para poder dar otro bocado, pero incapaces de resistir la oportunidad de perseguir a potenciales presas.

La pareja trotó lo bastante rápido como para dejarlos atrás, cruzaron un amplio parque desierto, y se internaron por las

callejuelas. Tenían que encontrar algún lugar para esconderse, lo sabían, sabían que no podrían huir indefinidamente, pero la ciudad estaba cerrada y muerta.

Pronto atrajeron la atención de otros infectados y tuvieron que acelerar el ritmo. Se desviaron por una calle que apestaba a basura podrida y a orina y estuvieron a punto de perderlos, cuando estos aparecieron de nuevo a sus espaldas. Giraron otra esquina y al divisar a más Muertos al final de la calle se escondieron en el hueco de un amplio portal.

—Nos van a encontrar —murmuró Nadia en un sollozo—. Por favor, no dejes que nos coman.

Y Ernesto deseó complacer la petición de Nadia, ya fuera con balas suficientes para abatir a los Muertos, o con tan solo dos de ellas, para regalarse la paz de no saberse devorados en vida. Pero sin su arma no había escapatoria posible. Con la porra podía dar el pasaporte a uno, tal vez a dos, antes de que finalmente cayeran sobre él igual que una jauría de lobos hambrientos. Así que apretó a su compañera contra su pecho y tragó saliva.

La espera se hizo enloquecedoramente larga y durante unos segundos albergaron la esperanza de que los Muertos hubieran cambiado su itinerario. Escucharon los pasos del grupo; cerca, cada vez más cerca, y a Ernesto le pareció increíble que los Muertos no pudieran oír el atronador latido de sus corazones. Nadia clavó las uñas en la espalda de Ernesto y éste apretó los dientes. Ya debían de estar cerca, a menos de cinco metros, quizás.

Fue en ese preciso y oportuno instante cuando el denso tañido, el sobrecogedor tañido, el ineludible tañido, de las campanas de la Catedral recorrió como una marea las calles de la ciudad de Valencia.

Capítulo 10: Khalid

La puerta se cerró rápidamente y Khalid entrecerró los ojos esforzándose para que se adaptaran enseguida a la oscuridad dominante de aquella habitación. Los colores se desvanecieron para ser sustituidos por un abanico de ceniza en diferentes y apagadas tonalidades. Eran los ojos de Khalid y todavía seguían siendo los ojos de Sombra. La pared que quedaba frente a él estaba ocupada en su mayor parte por un gran ventanal cubierto de cartones precintados que no dejaban entrar la escasa luz del ocaso. Un vistazo fugaz fue suficiente para saber que apenas contaba con recovecos donde ocultarse. Quizás podría aprovechar el limitado espacio que quedaba junto a la puerta cuando esta se abría. Divisó a su derecha la alta y escuálida figura de una percha que no le serviría para nada. El lugar más evidente para esconderse —y por lo tanto el peor de todos— consistía en el escritorio que quedaba entre él y el ventanal; un sencillo escritorio con paneles frontales y laterales entre las patas que dejaba un hueco bajo la mesa.

Avanzó, apartando la silla de respaldo alto, y tuvo una idea descabellada que, ante la ausencia de más posibilidades, se convirtió al instante en su primera opción.

Segundos después, el escaso haz de luz que se filtraba desde el exterior por debajo de la puerta fue interrumpido por alguien que se había detenido en el umbral. Khalid supo que su perseguidora estaba cerca.

El pomo de la cerradura giró y la proyectada sombra de una figura humana creció ominosa por encima del escritorio. Khalid pudo escuchar los pasos que recorrían la habitación, pero no se atrevió a moverse por miedo a desvelar su posición. La figura se aproximó hasta el escritorio, se inclinó triunfante y, en ese momento, Khalid aprovechó para cargar contra la figura en un gran abrazo. La chica gritó del susto, cayeron al suelo y las carcajadas brotaron ligeras y

limpias cuando los dedos de ambos bailaron buscando las cosquillas en el cuerpo del otro. El juego terminó al cabo de un par de minutos y se podría decir que los dos habían ganado; sus labios componían una sempiterna sonrisa y las mejillas estaban arreboladas, cubiertas de gozosas lágrimas.

—¿Cómo lo consigues? He pasado justo a tu lado y no te he visto detrás de la silla. Estaba convencida de que te encontraría escondido justo debajo de la mesa. Nunca estás dónde se supone que deberías de estar —dijo Laura secándose el rostro con el dorso de la mano.

Khalid se encogió de hombros.

—Mira mejor la próxima vez —a Khalid todavía le costaba hablar, pero cuanto más lo hacía más cómodo se sentía al liberar las palabras. Y por primera vez, en mucho tiempo, tenía una motivación para querer compartirlas y alguien con quién deseaba hacerlo.

Laura compuso un rostro de falso enfado.

—Así que —hizo una pausa prolongada, alzando las manos, prometiendo batalla— mire mejor la próxima vez...

El chico le sostuvo los antebrazos en un débil forcejeo y rieron un poco más hasta detenerse, porque el juego ya no daba más de sí.

—Estaba pensando en el día en que abandonamos el apartamento, cuando me salvaste. Tenía muchísimo miedo y entonces apareciste y yo... es difícil explicarlo, pero tenías esa mirada que solo se ve en los héroes de las películas y, de alguna forma, supe que todo saldría bien —se quedó mirando fijamente, durante unos segundos, a la pared que quedaba frente a ellos antes de continuar—. ¿Prometes que no dejarás que me coman?

Khalid se lo prometió, mirándole con fiereza a los ojos. Aquella era una promesa fácil de realizar, no porque fueran palabras vanas que no esperaba cumplir, sino porque él también recordaba el día en que abandonaron el apartamento. Recordaba a la perfección cómo se había parado frente a la cama de ella mientras dormía y juraba en silencio que la protegería a toda costa, y aunque en aquella situación ella se hubiera asustado al despertarse y encontrarlo junto a la

cabecera de su cama, su determinación no había disminuido ni un ápice.

Desde las ventanas del pasillo el atardecer empezaba a retirarse para dejar espacio a la noche y cómo la electricidad había dejado de funcionar durante la semana anterior abandonaron el cuarto antes de quedarse completamente a oscuras.

Descendieron corriendo hasta la tercera planta donde se concentraban los refugiados y regresaron a las dependencias que el coronel les había dispensado durante la segunda semana en el improvisado acuartelamiento de las Universidades. Por el camino se cruzaron con una pareja de soldados patrullando que no les quitaron la vista de encima hasta que desaparecieron.

No dormían en una las aulas convertidas en barracones para civiles, sino que disponían de una habitación privada para los tres y que, en un tiempo no tan remoto, había servido de despacho para algún profesor de la universidad.

Ya era tarde cuando llegaron al dormitorio y Julia, su madre adoptiva, al menos por parte de Khalid, no se encontraba allí. Ninguno de los dos mencionó la obviedad porque ambos sabían que todavía estaría en la primera planta; ayudando, tanto como le era posible, en la improvisada enfermería donde se concentraban los heridos, enfermos y, en definitiva, todas aquellas personas en cuarentena que corrían el riesgo de convertirse en uno de los Muertos. O tal vez estaría con el coronel. El chico no había podido evitar darse cuenta de que tanto el militar como Julia se hallaban a menudo en la misma sala y, de ser así, en la misma conversación.

Khalid, acostado en la cama superior de la litera notó un empujón, no demasiado fuerte, en la espalda. La cama crujió cuando se volteó, asomando la cabeza por encima de la barrera de seguridad. Laura le dijo que no era capaz de dormir y si podía cantarle una canción; con una canción, una sola, seguro que al cerrar los ojos caería dormida.

El chico sonrió porque aquella era otra de las pequeñas complicidades que se había creado entre los dos. Cada noche ella aseguraba no poder dormir y le pedía que le cantara una canción. Él

aseguraba conocer la canción más bonita del mundo, una canción que su madre, la que le dio la vida, le había cantado por las noches.

Dejó de cantar tras repetir el estribillo por tercera ocasión porque podía escuchar como las respiraciones de Laura se prolongaban, ya en los brazos de Morfeo.

Khalid, sin embargo, tardó mucho más en conciliar el sueño. Cuando estaba a solas no dejaba de preguntarse quién era él y la pregunta era escurridiza, llena de espinas, e imposible de evitar.

Pensaba en un niño pequeño que también se llamaba Khalid, que había existido hace miles de años, y al que recordaba con un padre y una madre, también con un hermano mayor y dos hermanas, más pequeñas que éste. Le parecía que aquel niño fue feliz, por lo menos hasta que lo mataron las bombas junto con toda su familia.

Después recordaba a Sombra, la criatura que nació de aquella muerte, y que durante una eternidad reinó en soledad.

Más tarde, apareció otro chico, mayor que los dos anteriores, pero con el alma terriblemente mutilada. Aquel chico parecía una vacía cáscara de nuez flotando a la deriva del mundo. Sombra lo acompañaba y lo guiaba como un perro lazarillo y, durante una pesadilla, los dos cayeron al vacío. Ninguno murió, pero ninguno sobrevivió.

Seguía llamándose Khalid, pues ese era el nombre que le habían dado, pero él no era uno solo, sino muchos, muchos fragmentos de Khalid, como un juego de espejos hecho añicos y recompuesto con todas las piezas dispares unidas en posiciones imposibles. ¿Qué imagen grotesca le devolvería ese espejo? Y la pregunta que realmente lo inquietaba, ¿qué pensaría Laura si llegaba a ver cómo era en realidad?

Aquella cuestión lo estuvo atormentando durante más de una hora cuando, por fin, el sueño lo derrotó. A la mañana siguiente ya se había olvidado de las preguntas y los miedos, al menos, hasta la próxima ocasión en que volvieran a alzarse para exigir su atención.

El campamento militar de Khalid —sabía que existían por lo menos otros dos en las proximidades— estaba ubicado en la facultad de magisterio, donde hacía tan solo unas semanas su población se limitaba al profesorado, los administrativos y los estudiantes de magisterio y sociología. Ahora su población consistía en soldados y refugiados.

Los soldados mostraban señales de agotamiento, tal vez no físico, pero sí mental. Las patrullas diarias en busca de supervivientes, las rondas de vigilancia, los frecuentes ataques por parte de los Muertos, y las bajas constantes, habían hecho mella en la moral de los militares que, con el paso del tiempo, se tornaban más hoscos y reservados con los civiles. Las deserciones estaban volviéndose demasiado constantes. Al principio se trataba de casos puntuales, pero últimamente era más habitual que desaparecieran grupos de dos o tres y que el hacerlo menguaran también las reservas de comida y de munición.

Por otro lado, los civiles, quienes tenían prohibida la salida del edificio, conservaban una actitud que oscilaba entre la más aguda apatía, la neurosis, la irritación y la fingida indiferencia. Así que la gente hablaba, la gente rumoreaba, se quejaba y, por lo general, intentaba no meterse en demasiados problemas.

A Khalid le gustaba escuchar las historias que se contaban los unos a los otros. Se enteraba de muchas cosas, aunque no tenía forma de confirmar de que alguna fuese cierta. El rumor que más circulaba era sobre la inminente llegada de un gran contingente militar desde Barcelona. Al parecer acudirían con carros de combate y llenarían de plomo a los Muertos a base de bien, calle por calle y casa por casa. Sonaba fantástico, tan fantástico, que Khalid opinaba que solo se trataba de eso: una fantasía.

Otro rumor, murmurado en discretas conversaciones, es que no quedaba ningún alto mando del Ejército de Tierra, del Aire, o de la Armada, que se hiciera cargo de la situación, ya fuera porque se habían unido a los Muertos o porque apenas quedaban fuerzas sobre

las que mandar. Este rumor, por lo general, no despertaba demasiadas simpatías y cada vez se escuchaba menos.

También, desde hacía unos días, corría la historia de qué en el casco antiguo de la ciudad, alrededor de la Catedral, se había creado una zona segura. La historia tenía que ser verídica, al menos en que algunas personas ocupaban la basílica, por el hecho de que las campanas habían repicado al menos en una ocasión.

Luego estaban las conversaciones privadas entre soldados y a las que Khalid no estaba invitado, pero que habitualmente acababa por escuchar; ya fuera por accidente o porque se conocía a la perfección los horarios de los cambios de guardia y los mejores rincones dónde podía pasar desapercibido.

Aquellas conversaciones no le solían gustar porque utilizaban palabras que no terminaba de entender y las cuáles le parecía que en muchas ocasiones se referían al sexo, aunque por cómo hablaban no se parecía a lo que él tenía en mente. En su imaginación el sexo consistía en un hombre introduciendo un bebé muy pequeño en el vientre de una mujer, y que allí crecía hasta ser demasiado grande por lo que tenía que volver a salir. Parecía algo muy complicado y a lo que los adultos daban bastante importancia.

Esa mañana no tenía intención de escuchar nada, solo quería averiguar si era capaz de aprovechar uno de los descansos entre los cambios de guardia para abrir una de las puertas laterales y salir del edificio. No es que pensara hacerlo, solo quería averiguar si aquello era posible.

Descendió por una de las escaleras menos transitadas del edificio y se obligó a detenerse cuando escuchó una conversación en el siguiente rellano por parte de un grupo de soldados que, en teoría, no debería estar allí. La escalera quedaba más próxima al corredor que comunicaba con los despachos del profesorado, pequeños, y por lo tanto menos aprovechables tanto para los soldados como para los civiles.

— ...pues lo que yo he dicho, tenemos que marcharnos cuanto antes. Que al final los Muertos se nos van a follar a todos —protestó

una voz.

—Tienes razón, si seguimos haciendo patrullas no va a quedar ninguno de nosotros y eso al coronel le da igual porque él ya tiene quién le folle —convino un segundo soldado con voz grave.

—Ya te digo, el muy cabrón se tira a la más buenorra del campamento y mientras, los demás, matándonos a pajas, comiéndonos las patrullas y las guardias de mierda. Ya podría compartir a la putilla.

—Hombre, no digas eso de la doctora... —dijo una tercera voz.

—Qué pasa, ¿tu también te has enchochado? —dijo el soldado de la voz grave.

—No, solo digo que es buena tía. Mi hermano se dislocó el brazo y ella se lo colocó en un momento y... también fue super amable con él, y no todo el mundo es amable con mi hermano.

—Oye, ¿por qué no ha venido tu hermano? —pregunto el primero.

—Dice que no quiere saber nada del tema.

—¿Pero va a venir o no? —saltó la voz grave, juntando tanto las palabras que Khalid apenas las entendió.

—Sí, sí, ya me encargo yo de su parte.

—Vale, pero que no se vaya de la boca, qué lo capo. ¿Me has oído bien? —insistió la voz grave.

—Que sí hombre, que es de fiar. Bueno, ¿qué hacemos?

—De momento ser buenos soldaditos. Mi contacto me ha dicho que nos dejarán entrar si pagamos el peaje. Así que ya sabéis, que cada uno se encargue de lo suyo y cuando sea el momento oportuno nos largamos.

Khalid ya había escuchado suficiente y aprovechó para retirarse lentamente antes de que interrumpieran la conversación y él se viera obligado a salir corriendo. Temía que al girar la manija de una de las puertas esta le delatara, así que en lugar de meterse por uno de los corredores siguió subiendo para aumentar la distancia. Luego dio

una amplia vuelta por la segunda planta y bajar, en esta ocasión, por otra de las escaleras con el propósito de encontrar a su madre.

Cuando estaba cerca de la enfermería se detuvo porque no sabía muy bien que iba a contarle. Estaba seguro de que aquellos soldados querían marcharse a algún sitio, pero que no podían aún porque les hacía falta algo. También creía que la habían mencionado a ella y al coronel, aunque no le quedaba claro el resto de la conversación. Además, sería incapaz de identificarlos porque en ningún momento llegó a verles el rostro.

Abandonó la idea y ya estaba dándose la vuelta para ir a una de las salas comunes cuando la voz de Laura lo llamó. Esta llegó corriendo con una sonrisa desbordante de picardía.

—¡Te he estado buscando por todas partes! Ven, tengo algo que enseñarte.

Agarrándolo por la muñeca lo arrastró hasta una habitación vacía, similar a la que habían estado jugando durante el día anterior, y cerró la puerta tras ellos.

—¿Qué querías...? —preguntó Khalid, pero Laura le tapó la boca con la otra mano.

—Un momento —dijo ella en un susurro, tras lo cual encendió una linterna, se aproximó a una mesa apoyada contra la pared y extrajo un sobre blanco del bolsillo interior de la chaqueta vaquera—, venga, no te quedes ahí.

—¿Qué es eso? —preguntó en cuanto llegó a su lado.

—Es una carta, tonto.

Khalid la observó un segundo y le dio la vuelta; al hacerlo pudo notar que no estaba vacío y que debía de contener alguna clase de documento. Sin duda, se trataba de una carta, un objeto de por sí extraño ya que no se le ocurría quién podría enviar una carta a otra persona en las circunstancias actuales. Pero este hecho no era lo más insólito, ni la falta de destinatario o remitente como era costumbre en el correo, sino el lacre en cera roja que lo cerraba y la cruz en bajorrelieve impresa en el mismo.

— ¿Dónde la has encontrado?

— No lo he encontrado en ninguna parte. Una señora se ha acercado a mí y me ha preguntado si sabría reconocer al coronel. Le he dicho que por supuesto y entonces me ha preguntado si le podría entregar esta carta.

— ¿De verdad?

— ¡Te lo juro! Cuando le he dicho que sí, me la ha dado y se ha marchado enseguida. He ido a la enfermería a ver si estaba por allí, pero de camino me he puesto a pensarlo y me ha parecido todo muy raro, porque no recuerdo haber visto nunca a esa mujer. Además, podría habérsela entregado ella misma, ¿no?

— Sí que es raro, ¿por qué no se la has dado aun al coronel?

— Pues estaba a punto de hacerlo. Pero en ese momento he pensado que a lo mejor la mujer no quería entregar la carta porque había algo desagradable en ella. Así que he decidido devolvérsela y decirle que se la entregara ella en persona. La he buscado por todas partes, pero no la he visto, aunque claro, tampoco te he encontrado a ti, ¿dónde estabas?

Khalid consideró contarle lo que había escuchado de los militares, pero no sabría por donde empezar y el misterio de la carta le parecía mucho más interesante así que le regaló una sonrisa y dijo: — Dónde se supone que no debería de estar.

Laura rio bajando la mirada, una mirada turbadora y encantadora, que provocó un estremecimiento cálido y maravilloso en la nuca de Khalid.

— Está bien, no me lo digas. En cualquier caso, se me ha ocurrido que a lo mejor la mujer era un fantasma.

— Los fantasmas no existen — sentenció Khalid.

— ¡Venga ya! No puedes ser tan cerrado de mente, los zombis sí que existen — dijo ella un poco molesta.

— Eso es diferente y no son zombis, son... personas con alguna clase de enfermedad. He oído por ahí que tienen un virus que les

afecta al cerebro.

— Bueno, nadie lo sabe en realidad, así que tal vez podría haber sido un fantasma — concluyó Laura dejando el tema en tablas—. Huele el sobre, a ver que te parece.

— ¿Por qué?

— ¡Por favor, eres más terco que una mula!

Y, sin darle tiempo a replicar, Laura cogió el sobre y se lo puso delante de las narices. Khalid aspiró receloso y entonces le llegó un olor que al principio identificó como incienso, pero enseguida cayó en la cuenta de que se trataba de otra cosa, aunque no lograba asignarle un nombre.

— Huele, no se, como...

— Cómo a iglesia — terminó la frase Laura.

Khalid no sabía que olor impregnaba las iglesias cristianas así que asintió sin saber realmente a que se refería. Ambos contemplaron la carta durante largo rato hasta que Laura retomó la palabra.

— Deberíamos abrirla.

— ¿De verdad? ¿No crees que deberíamos entregársela al coronel? — preguntó Khalid.

— ¿Y si es algo importante que nos pueda afectar? — replicó ella—. Él no sabe que la tenemos. Podemos leerla y después la metemos por debajo de la puerta de su despacho.

— No creo que debamos leerla si no es para nosotros...

— Venga ya, ¿no tienes ni siquiera un poco de curiosidad?

Lo cierto es que Khalid se moría de ganas de romper el sello de cera y descubrir que había en el interior del sobre. Aun así, también quería hacer lo correcto, y ambas posturas se posaron en su balanza interna. Como al final hubo un precario equilibrio decidió buscar una alternativa que no los obligara a nada por el momento.

— Podemos guardarla, pensarlo un poco más y esta tarde o esta noche lo decidimos.

—No se, la carta me la han dado a mí así que puedo hacer lo que quiera con ella —dijo Laura, dándose aires de importancia.

—Y yo podría contárselo al comandante —aquello era un farol, antes de chivarse de Laura se comería un plato de ortigas y pediría repetir.

Aun así, ella abrió los ojos como si la hubiera abofeteado.

—Tú no harías eso, ¿verdad?

Podría haberse echado atrás. Decirle la verdad: qué el jamás la delataría. En ese caso romperían el sello, abrirían la carta, satisfacerían su hambrienta curiosidad, y colarían el documento por debajo de la puerta del coronel. Y aunque ese plan no sonaba tan mal, también significaba que la amenaza que acababa de proferir sobre contárselo al comandante no era más que un bulo. Una mentira que lo haría parecer débil a los ojos de Laura y a los suyos propios, al no ser capaz de mantener su palabra. Y la vergüenza de ser débil pesaba incluso más que los posibles beneficios de leer la carta.

—Por supuesto que lo haré, a menos que te tomes hasta esta noche para reflexionar sobre ello. Cuando se haya ocultado el sol nos encontraremos en la cuarta planta y si sigues pensando en abrirla y leerla eso es lo que haremos. ¿De acuerdo?

Laura frunció la nariz en una mueca, cogió el sobre, y apagó la linterna. Khalid escuchó sus pasos, rodeándolo en la oscuridad, y avanzando hacia la puerta. Allí palmeó en busca del picaporte. La luz entró a raudales cuando la abrió con brusquedad.

—Ya veré lo que hago —respondió ella y se marchó como un furioso vendaval.

Aquella tarde fue larga, tediosa, y amarga. Khalid se sintió muy desgraciado por el repentino giro en la conversación que habían mantenido. Una vez pasado el calor del momento, el ataque de orgullo le pareció absurdo, pero no podía volver atrás en el tiempo. Y todo para que al final ella pudiera en cualquier momento abrir la carta de todas formas y leerla por su cuenta. Más tarde pensó que no

lo haría, ya que de hacerlo él podría delatarla, y aunque eso no fuera a pasar jamás, ella no tenía forma de averiguarlo.

Se mantuvo ocupado en la cuarta planta. Los soldados patrullaban los corredores de vez en cuando y él los acechaba, aproximándose tanto como podía. Hasta la fecha nunca se habían percatado de su presencia. Al cabo de un rato ya estaba cansado del juego y se introdujo en la habitación del día anterior. A pesar de que el suelo era duro, la oscuridad le sirvió de colchón, de manta, e incluso de almohada. Se quedó dormido bajo el escritorio y solo se despertó cuando la puerta se abrió varias horas más tarde. El haz de la linterna se abrió camino y por el ruido al caminar supo que se trataba de Laura.

Khalid salió de su escondite y la linterna le enfocó directamente por lo que se quedó ciego durante unos segundos. Estaba convencido de que ella lo había hecho a posta. Él puso una mano frente a sus ojos para recortar el haz de luz.

—¿Qué has decidido?

La linterna apuntó en una diagonal al suelo que quedaba entre los dos. El rostro de Laura había recobrado la serenidad habitual, aunque estaba tenso, muy formal, como si Khalid fuera un desconocido que le inspiraba poca confianza, y seguramente lo último fuese cierto.

—Vas a abrirla, la leeremos, y después, tú la deslizarás por debajo de la puerta del coronel.

El contenido de la carta ya no le interesaba tanto; solo quería recuperar la anormal normalidad de su día a día como refugiado, junto a ella. Asintió con la cabeza y ambos se aproximaron a la mesa. Ella depositó el sobre y el muchacho quebró con los pulgares el sello de cera roja.

Extrajo del interior una hoja de papel apergaminado, doblada sobre sí misma. La extendió, desvelando una letra pulcra, ligeramente curvada, con un trazo firme y elegante que se extendía a lo largo y ancho de la primera cara. Al final de esta se apreciaba una

cuña de tinta roja con el mismo dibujo en cruz que en el sello de cera.

Comenzaron a leerla y una de las manos se agarró a la del otro, dejando el enfado en el pasado. Recorrieron con avidez la página, tan concentrados que en ese momento no se dieron cuenta de los disparos que sonaban en la distancia. Al terminar se miraron, los labios entreabiertos en un gesto estúpido de estupefacción, culpabilidad, y horror.

Ahora los disparos eran muchos y simultáneos, una lluvia constante de ellos. Corrieron hasta una de las aulas vacías que daban al norte y en la distancia, desde otro de los edificios de las facultades, surgieron fogonazos de luz. Habían cometido un grave error. Aquella carta llegaba tarde, muchas vidas tarde.

El Advenimiento: Román (2)

*¿No tenemos una constante inclinación,
pese a lo excelente de nuestro juicio, a violar lo que es la ley,
simplemente porque comprendemos que es la ley?*

El gato negro, Edgar Allan Poe

Tuvo que pasar media hora para que la puerta de la anodina habitación volviera a abrirse. Media hora en la que Román, sentado a una mesa vacía, estuvo luchando por no estallar en carcajadas. De vez en cuando una risita saltaba a los labios, amenazando con empezar la fiesta le apeteciese o no. En caso de haberse dejado llevar por la hilaridad estaba seguro de que antes o después algún gorila trajeado de fuera de la habitación se habría dado cuenta y lo habrían tachado de lunático. Una vocecilla en su interior, y que aparentemente todavía estaba interesada en sobrevivir, le advirtió que no debían averiguar que estaba perdiendo los pocos tornillos de cordura que le quedaban.

Aunque bien observado tal vez ya pensarán así; tal vez el grupo de agentes gubernamentales se refirieran a él como a una especie de doctor Frankenstein. Y qué demonios, habrían estado en su derecho, ya que después de todo él era responsable de crear un monstruo y, mira por donde, *et voilà*, ahora el monstruo estaba libre para sembrar el caos entre amigos y vecinos.

La vocecilla le sugirió que no se martirizara y que pensara en todo lo bueno que iba a suceder gracias a su trabajo, puesto que en realidad él era un héroe. En el futuro, los libros de historia, si es que en el futuro llegara a haber de nuevo libros de historia, hablarían de como su pequeña y gran obra había significado el comienzo del fin de todos los problemas de la humanidad.

Después de la desaparición mayoritaria del *Homo sapiens sapiens* sobre la faz de la tierra los niveles de contaminación ambiental se reducirían drásticamente; adiós, cambio climático. Las simbólicas varillas del “Reloj del Apocalipsis”, que indicaban el riesgo de una guerra nuclear, se convertirían en polvo antes de que alguien volviese a moverlas; *bye bye*, erial radiactivo. Y no era necesario mencionar la consabida desigualdad económica entre países desarrollados y países en vías de desarrollo, la lucha por la igualdad de género o los conflictos religiosos; muerto el perro, se acabó la rabia.

Mientras tanto en el reino animal, las especies en peligro de extinción darían palmas, pezuñas o aletas de alegría, al eliminar al ser humano de la ecuación; si fueran conscientes de tal hecho, por supuesto. Las abejas recolectarían el néctar de las flores a sus anchas, las ballenas azules copularían sin cesar hasta llenar de nuevo los océanos o hasta que se les cayera el pito, y los buitres quebrantahuesos se darían un festín con la osamenta de millones de cadáveres humanos. Bravo por la naturaleza, un punto para ella; punto, set y partido.

Un escalofrío lo sacudió, regresándolo al presente. Le pareció escuchar como se rasgaba algo en su interior y tuvo una idea enajenada y divertida. Era probable que tras las bambalinas de su conciencia se estuviera gestando un plan secreto. Casi alcanzaba a escuchar los murmullos conspiradores al fondo de su cabeza, de forma que Román se convenció que así era, aunque por lo visto su traidor subconsciente no creía importante hacerle partícipe de dicho plan. *¡Escuchen ahí atrás, que aquí quién corta el bacalao soy yo!*, bromeó consigo mismo y unas risas alborotadas rebotaron hasta el centro de mando, detrás de sus ojos, a modo de contestación.

Otro escalofrío le azotó el vientre y en un súbito movimiento, usando ambas manos como un roedor gigante, Román se secó el sudor del rostro. Después, se palpó las mejillas y la frente y comprendió que la fiebre le estaba subiendo rápidamente.

Transcurrida la media hora se abrió la puerta y entró Ojos claros sosteniendo un vaso de agua en una mano y una pequeña cajita de cartón rectangular en la otra. En realidad, se llamaba Parker, agente especial Parker, pero a Román le gustaba más pensar en él como Ojos claros, porque había caído en la cuenta de que así llamaban los inteligentes primates en “El planeta de los simios” al astronauta interpretado por Charlton Heston. Y si uno le echaba un poco de imaginación el agente especial Parker tenía cierto aire al actor en su juventud.

—Disculpe que haya tardado tanto —dijo Ojos claros, sentándose en la silla que quedaba frente a Román y depositando el vaso y la cajita en el centro de la mesa—. Está siendo realmente difícil contactar con mis superiores. Aquí tiene el paracetamol que ha solicitado.

Román estiró el brazo, abrió la cajita, y extrajo dos pastillas de un gramo de paracetamol cada una. Se las metió en la boca y tras dar un largo trago las engulló. Si quería mantener una conversación coherente necesitaba disminuir la fiebre y calculaba que dos gramos cada seis horas serían suficiente para lograr su propósito. Aunque con esa cantidad el hígado sufriría daños, pero ¿a quién demonios le importaba el hígado si dentro de unas cuantas horas —tal vez un par de días si el parásito retrasaba su entrada en el torrente sanguíneo— se convertiría en un monstruo devorador de carne? La voz dentro de su cabeza le recordó que debía ser paciente, porque aquello también era parte... parte de algo... parte del... del plan, claro estaba.

—No tiene usted buen aspecto, doctor.

—Tengo un dolor de cabeza que ni se imagina, pero dudo que esa sea una de sus preocupaciones —dijo Román, convirtiendo un nuevo ataque de carcajadas en una leve sonrisa.

—Dada la actual situación, su bienestar se ha convertido en una cuestión prioritaria para nosotros.

—Es usted muy amable, agente Parker.

—Me temo que esto no tiene nada que ver con la amabilidad, doctor. Seré franco con usted y a cambio espero que usted también se muestre franco conmigo. ¿Está de acuerdo?

—Por supuesto. En ningún momento se me ha pasado otra idea que no sea colaborar con usted y su equipo —y le ofreció a Ojos claros la sonrisa más radiante que su dentadura blanqueada y perfectamente alineada podía ofrecerle.

—Bien, estoy seguro de que comprende la gravedad de la situación y si actuamos con celeridad podremos salvar muchas vidas. Nuestro principal objetivo era encontrar a la doctora Byrne, al tratarse de la investigadora en jefe a cargo del proyecto. En su —Ojos claros hizo una pausa antes de continuar— ausencia, usted ha pasado a convertirse en nuestra mejor opción para la siguiente fase de la operación.

—¿Y en qué consiste esa fase?

—Toda la información acerca del proyecto que investigaban...

—El proyecto Lázaro —apuntilló Román satisfecho. Hacía horas que estaba a merced de aquellos brutos, pero las tornas estaban cambiando y de pronto se sentía con una mano ganadora.

—Sí, correcto, el proyecto Lázaro. Toda la información relevante del proyecto está almacenada en las propias instalaciones dónde se desarrolló y los responsables al cargo se hallan en paradero desconocido. Es fundamental que con su ayuda desarrollemos un informe acerca de esta arma biológica. Necesitamos saber a qué nos estamos enfrentando y que medidas podemos tomar para ralentizar su propagación y la posibilidad de desarrollar una vacuna. Si es que no existe una que ya hayan desarrollado...

La última frase flotó entre ambos convirtiéndose en una pregunta. Román entrelazó los dedos, inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera cavilando las posibles opciones, y asintió. Un carnaval de risotadas había estallado dentro de su cráneo y necesitó de una buena dosis de concentración y tres respiraciones para no unirse a ellas.

—Comprendo la importancia de su misión, pero lo primero que tiene que entender usted es que el proyecto Lázaro no tuvo como propósito desarrollar un arma biológica. En realidad, buscábamos todo lo contrario.

—Explíquese —dijo Ojos claros con el rostro impertérrito.

—Fue Byrne la que captó la atención de su gobierno gracias a un artículo publicado en una revista científica. Tuvo alguna repercusión en ciertos círculos académicos, pero, por lo demás, su propuesta de una cura definitiva quedó como algo anecdótico, más cerca de la ciencia ficción que de la realidad. Parece que fue hace una eternidad, qué joven y qué brillante era...

—¿Una cura? ¿Una cura para qué? ¿Para el cáncer? —preguntó Ojos claros, obviamente confundido.

—Una cura para la muerte, agente Parker.

El agente especial lo miró durante largo rato, evaluando las connotaciones inherentes a una declaración de ese calibre.

—No se puede curar la muerte —replicó Ojos claros, y Román notó que había un rastro de ofensa en su respuesta. Como si alguien se hubiese colado en su casa y con tono de experto le hubiera explicado que el deslumbrante cuadro de Picasso que tenía colgado en el salón no era más que una vulgar falsificación.

—Dígame, agente Parker, ¿qué es la muerte?

Ojos claros se removió incómodo en su silla.

—Escúcheme doctor, no tenemos tiempo para filosofía.

—Por favor, le voy a ayudar en todo lo que pueda, pero para comprender cómo se desarrolló el proyecto Lázaro necesito que primero responda a mi pregunta.

—Está bien, le seguiré el juego, por ahora. La muerte, no... las personas morimos cuando somos heridas de gravedad, por alguna enfermedad, o cuando nos hacemos demasiado viejos.

—Excelente respuesta. En definitiva, la muerte llega cuando el cuerpo, o más concretamente ciertos sistemas fundamentales del

cuerpo, fracasan en su funcionamiento. Si el sistema circulatorio falla y no llega oxígeno al cerebro a través de la sangre, las neuronas se deterioran rápidamente. Si el sistema nervioso deja de funcionar y se detienen los impulsos eléctricos entre el cerebro y el resto del cuerpo, este se convierte en un muñeco sin vida. Hay otros sistemas importantes, pero estos son los puntos principales sobre los que quería actuar el proyecto Lázaro.

—Hay gente que se muere sencillamente por la edad —replicó Ojos claros.

—La vejez, agente Parker, no es más que la regeneración defectuosa y prolongada en el tiempo de las células de nuestro organismo. Las células se regeneran una y otra vez hasta que, eventualmente, dejan de cumplir con la función para la que estaban diseñadas y el órgano del que forman parte deja a su vez de funcionar. Pero nos estamos desviando del meollo de la cuestión, porque Lázaro no se creó para detener la muerte producida por el envejecimiento, sino la muerte ante una acción violenta sobre el cuerpo —explicó Román, quién estaba disfrutando maliciosamente ante el esfuerzo mental de Ojos claros para digerir toda la información.

—Doctor, explique de una vez qué es Lázaro —dijo el agente especial, tan cortante y frío como una navaja de puro hielo. Román escaneó su propio rostro y descubrió que sonreía exageradamente. ¿Durante cuánto tiempo había estado sonriéndole así a Ojos claros? Recompuso su gesto formal y decidió que ya era hora de tirarle un hueso al sabueso.

—Lázaro es un superorganismo compuesto por millones de microorganismos idénticos, enlazados unos con otros; para que me entienda, formando una especie de cableado extra en el interior del anfitrión. Fue concebido en su origen como un entramado biológico y simbiótico que se solaparía al sistema nervioso, la red neuronal, el sistema digestivo, y el sistema respiratorio del sujeto en cuestión. Su propósito era cubrir las carencias del cuerpo ante una herida fatal, ya fuera por un accidente o una agresión. Lázaro mantendría los

impulsos eléctricos a lo largo y ancho del cuerpo y enviaría oxígeno y alimento a las células durante tanto tiempo como fuera necesario mientras éste metabolizara energía para él mismo.

—Por lo que he podido comprobar no es así como funciona ¿verdad? —dijo Ojos claros.

—No, no del todo. Logramos que cumpliera con el propósito de mantener el organismo funcionando a toda costa. Pero ante ese hito, Lázaro mostró dos importantes problemas que, cómo es obvio, no conseguimos solucionar a tiempo, ya que de ser así no estaríamos teniendo esta conversación. El primero consistía en que no mostró una sinergia que beneficiara tanto al anfitrión como a él, es decir, que no se producía la simbiosis esperada. Muy al contrario, reveló un carácter parasitario y en extremo agresivo, llevando su ocupación hasta el punto de imponerse sobre el anfitrión al alcanzar el cerebro.

—Es un monstruo —sentenció Ojos claros y Román no supo si se refería a Lázaro o a su creador presente.

—El segundo problema —continuó Román sin arrugarse lo más mínimo— es que su metabolismo es rápido y consume gran cantidad de proteínas, así que para garantizar su supervivencia activa los impulsos más primitivos del cerebro, en concreto la región conocida como cerebro reptiliano, convirtiendo la búsqueda de grandes fuentes de proteínas en una actividad prácticamente constante.

—Está hablando de carne —dijo Ojos claros.

—Sí, efectivamente.

—¿Otros animales también pueden ser infectados por Lázaro?

Aquella era una pregunta interesante y Román dudó antes de responder.

—Hasta donde sé... agente Parker —durante una fracción de segundo estuvo a punto de cometer un desliz y llamarle Ojos claros —, Lázaro solo es capaz de completar su ciclo vital en primates. Se comportó tal y como le he explicado en la mayoría de los chimpancés a los que se les inyectó el parásito. El resto de las

pruebas, practicadas en cobayas, aves, así como reptiles, dio como resultado la muerte prematura de los animales.

—Bien, al menos por esa parte no tenemos que preocuparnos. Ha dicho que la mayoría de los chimpancés fueron infectados. ¿Qué sucedió con los que no llegaron a infectarse?

—Si el sistema inmunitario del anfitrión logra sobreponerse a Lázaro ya no tendrá que preocuparse nunca más de nuestro pequeño amigo. Tendrá una larga y feliz existencia —a menos que sea devorado, le susurró la voz en su cabeza y se le escapó una risita.

El agente especial Parker volvió a observar a Román con aquellos penetrantes ojos azules durante largo rato antes de hacer la siguiente pregunta.

—Según mis informes el tiempo en que un sujeto es afectado por este... por este parásito, varía mucho. Es importante que conozcamos las variables que modifican su propagación en el organismo humano.

—Será un placer explicárselo. Lázaro se propaga según la vía de entrada.

—Va a tener que esforzarse un poco más, doctor.

—Muy bien. La vía de entrada más habitual es a través de la sangre, con un mordisco o arañazos que permitan al parásito alcanzar el torrente sanguíneo. En ese caso la entrada de parásitos es masiva y estos utilizarán el bombeo de la sangre para extenderse por todo el organismo y multiplicarse con gran rapidez, centrándose en crear la red en el cerebro. En algunos casos, debido a la intensidad del ataque, puede que la persona entre en shock y fallezca antes de que el parásito se extienda lo suficiente como para cumplir con su función de red auxiliar.

—¿Hay alguna posibilidad de superar la infección por esa vía?

—Por supuesto, hay un cien por cien de posibilidades de que un disparo en la cabeza impida la infección.

—Doctor, necesito que se tome esto en serio.

—Y le aseguro que lo hago, agente Parker —respondió Román, frunciendo el ceño—. Hasta dónde yo sé, solo de esa forma, se puede detener a Lázaro una vez ha entrado en el organismo por medio de una mordedura.

—De acuerdo. ¿Qué otras vías de infección existen?

—En el caso de que la entrada fuera por fluidos o aspirado, como podría ser en el caso de los estornudos o al ingerir un líquido, la cantidad de parásitos es muchísimo menor y realiza una ocupación lenta y segura; un proceso que durará horas o incluso días. Si el organismo consigue frenar a Lázaro el tiempo necesario para que el sistema inmunitario aprenda a identificarlo y eliminarlo puede que tenga alguna posibilidad.

—En esa situación, ¿de qué posibilidades estamos hablando?

—De un veinte por ciento —respondió Román, lacónico. A continuación, se divirtió bastante al ver subir y bajar la enorme nuez en el cuello de Ojos claros.

—Regresemos al tema de la vacuna. ¿Existe alguna?

Ten cuidado, ten mucho cuidado con lo que le dices ahora, le advirtió la voz en el interior de su cabeza como un eco sibilino, tan clara y comprensible como si la hubiera tenido justo a su lado. Y menos mal que así había sido, porque ella lo supo incluso antes que él, supo que había estado a punto de decir la verdad y hablarle al agente especial Ojos claros, a ese astronauta del planeta de los simios, acerca de la mutación Mesías y del extraño efecto que los sujetos afectados por ella ejercían sobre los anfitriones de Lázaro.

—Estábamos trabajando en una vacuna —respondió Román—. El problema es que no estaba terminada así que no hay forma de garantizar su eficacia.

—Maldita sea, doctor, tal y como están las cosas una posible solución a medias es mejor que ninguna solución —la voz de Ojos claros se suavizó un poco.

—Supongo que tiene razón —respondió Román, imaginándose un enorme pez, un pez de ojos azules, que mordía el anzuelo de una

caña de pescar.

— ¿Cree que podría preparar una vacuna contra Lázaro?

— Sin el equipo del laboratorio y los archivos de la doctora Byrne resultaría imposible — dijo Román.

— En ese caso no nos queda más remedio que organizar un equipo, acudir a la base militar Enebro, y asegurarse de que completa esa vacuna.

— Agente Parker, si la infección escapó de la instalación Enebro significa que su interior podría estar comprometido — dijo frunciendo el ceño pues apenas escuchaba su propia voz ya que los vítores dentro de su cabeza se tornaron ensordecedores.

— ¿Acaso se está negando?

De repente se le ocurrió algo, algo en lo que su subconsciente no había reparado y a lo que no pudo ponerle freno con sus insidiosos comentarios.

— No, no he dicho eso, pero tengo una condición — dijo Román.

Aquello no pareció gustarle nada al agente especial Parker, pero cedió con un asentimiento de la cabeza.

— Si está en mi mano le garantizo que haré todo lo posible. ¿Qué necesita?

— Quiero que ponga a mi mujer y a mi hija a salvo.

— Doctor, entiendo su preocupación, pero no puedo prescindir de uno de mis agentes para que se ocupe de dos civiles.

— Agente especial Parker, de lo único que no puede prescindir en estos momentos es de mi ayuda.

A Román le pareció percibir un atisbo de admiración en la mirada de Ojos claros, no es que le importara demasiado, pero suponía un cambio interesante en la relación que habían mantenido hasta ese momento.

— ¿Así están las cosas? — preguntó Ojos claros.

— Así están.

— En ese caso le doy mi palabra de que enviaré a mi mejor agente para recoger a su mujer y a su hija y escoltarlas hasta un lugar seguro. Prepárese, partiremos en unas pocas horas.

Dicho esto, el agente especial Parker salió de la habitación, dejando la puerta abierta tras de sí. Román se llevó las manos a la cabeza. Se sentía vacío y un tanto ajeno de sí mismo, como si hubiera recorrido un largo trecho en su interior y se observara desde algún punto lejano de la consciencia. Las ganas de reír habían desaparecido junto con las voces y, aunque se sabía condenado, se consoló con la idea de que al menos había salvado a su esposa y a su hija.

Capítulo 11: Takashi

En el cartel, junto a la carretera e indicando el punto donde daba comienzo el municipio, estaba escrito el nombre del pueblo con letras negras: Ralea. Alguien se había tomado la molestia de acercarse hasta ese cartel y, con un espray de pintura roja, añadir justo debajo: 0 Muertos.

— Espero que sea verdad — dijo Carles y aprovechó para secarse el sudor de la frente y volver a subirse a la bicicleta.

— Yo lo que espero es que encontremos un vehículo. Todavía no puedo creer que por vuestra culpa perdiéramos la autocaravana — añadió Rosana, lanzando una mirada acusadora a Takashi.

Este sostuvo la mirada de Rosana con tanta neutralidad como pudo. Aquel no era el primer gesto que le dedicaba ya que lo consideraba responsable de la pérdida del vehículo, aunque lo cierto es que más que perderlo lo habían abandonado.

Al principio no tuvieron problemas porque las carreteras estaban despejadas, por lo menos hasta que alcanzaron el primer peaje. Allí, el escenario adoptó una estética propia de una película de “Mad Max”, con los accesos bloqueados por coches, furgonetas, y camiones sin conductor. Carles y él habían bajado en un intento por despejar uno de los accesos, aunque la idea terminó tan pronto como se les unió el primero de los infectados. Volvieron a la autocaravana corriendo y buscaron una ruta alternativa.

El conflicto surgió cuando se vieron en una tensa y polémica discusión protagonizada por Carles y Rosana. Carles proponía seguir por una carretera secundaria de montaña para evitar las grandes vías, que eran las que la mayoría de la gente habría utilizado y por lo tanto las más peligrosas. Rosana, por el contrario, apostaba por llegar cuanto antes a su destino, utilizando las autovías, aunque fuera dando un rodeo, hasta que encontraran un

paso sin tantas complicaciones como el último. De los hijos solo Clara se pronunció y fue a favor de su padre.

Aun así, como la discusión se prolongaba de forma indefinida Takashi expresó su apoyo a la sugerencia de Carles y a Rosana le sentó como si le hubieran echado un jarro de agua helada. Cedió ante la presión e invitó a que hicieran lo que les diera la gana, ya que quedaba claro que su opinión no le importaba a nadie.

La discusión habría quedado como un suceso anecdótico, sin mayor importancia, si durante uno de los tramos de montaña, particularmente inclinado, la autocaravana hubiera resistido. Pero el motor comenzó a toser y a escupir humo negro. Carles había empujado con insistencia el acelerador y el morro comenzó a sacudirse. Se repitieron las toses, más cortas y rápidas, tras lo cual, sencillamente, enmudeció.

Se vieron obligados a caminar hasta una villa cercana que, con toda seguridad, ya estaba prácticamente vacía antes de la aparición de los Muertos. El estado de abandono era generalizado, con la excepción de unas pocas viviendas en las que no encontraron ninguna ayuda. Takashi trepó por una ventana enrejada, rompió el cristal del balcón y encontró un juego de llaves con el que abrir la puerta principal. Pasaron la noche en la casa y cuando al día siguiente avistaron un grupo de infectados que caminaba en línea, como una procesión religiosa, se ocultaron hasta el siguiente amanecer, cuando el peligro no solo hubiera pasado, sino que también se hubiera alejado.

En el siguiente pueblo tuvieron un poco más de suerte, porque fue allí donde consiguieron las bicicletas.

Encontraron, o mejor dicho les encontró, un señor bastante mayor a quien todo el tema de los Muertos no parecía haberle afectado demasiado. Volvía de un paseo con un galgo trotando a su lado y una escopeta de caza al hombro. Al principio les asustó un poco, aunque fue un temor infundado, pues el señor los invitó a su casa, donde pudieron descansar, e incluso les regaló un bote de miel y unas tabletas de chocolate (eran para los más jóvenes).

Les contó que hacía días el pueblo se había abarrotado de gente que escapaba de las ciudades. Familiares de habitantes del pueblo, amigos, y amigos de amigos, y que no habían venido solos, sino que habían traído esa enfermedad de los mil demonios con ellos y el pueblo se convirtió en un matadero de la noche a la mañana. Lo curioso era qué, durante el día de antes o tal vez durante la noche, todos y cada uno de los infectados había desaparecido. Él recorrió el pueblo con su escopeta y, quitando las señales de las muertes y de las luchas, no encontró rastro alguno. Parecía que, sencillamente, se hubieran evaporado.

Entonces, con tanta gente que había acudido al pueblo, no sería muy difícil encontrar un coche, sugirieron esperanzados. Fue una esperanza truncada ya que los coches también habían desaparecido. Aquello no tenía sentido, a no ser, arguyó el viejo, que algunos supervivientes hubieran escapado con ellos. Desde luego no se los podían haber llevado los Muertos, como los llamaban, porque apenas eran algo más que bestias salvajes.

En lo que sí pudo ayudarles fue en conseguir unas bicicletas de montaña que había visto hace poco tiradas frente a una casa de campo también abandonada. Podían cogerlas, claro estaba. Dudaba mucho que los dueños volvieran para quejarse y así lo hicieron.

Le dieron las gracias al anciano y se pusieron en marcha hasta que, al mediodía, se detuvieron frente al cartel de aquel pueblo llamado Ralea.

—Tengo hambre —dijo Joan, mientras avanzaban pedaleando lentamente por la avenida principal del pueblo, atentos de que no surgiera ningún infectado.

—No seas crío y deja de quejarte —masculló su hermana.

—Joan, ya verás como encontramos algo —dijo Rosana que no se despegaba de su lado.

El pueblo era más grande que los dos anteriores y conservaba el mismo aspecto desierto, aunque las casas, la mayoría de una o dos alturas, estaban mejor conservadas. Takashi supuso que allí todavía

quedaba gente sana, gente que, con una prudencia en absoluto injustificada, se mantendría oculta. Era una suposición lógica que pronto le pareció precipitada.

Muchas de las puertas que daban a la calle estaban abiertas o se balanceaban entornadas. Era la clase de puertas que podía encontrarse en cualquier pueblo de España. Robustas, de doble hoja, con barrotes metálicos que precedían unas pequeñas ventanas rectangulares y desde las cuales se apreciaba el interior de la casa, siempre que sus propietarios no hubieran echado la cortinilla desde dentro.

Takashi se apeó de la bicicleta, la apoyó en un árbol junto a la acera, empujó la hoja entreabierta de la casa que le quedaba más cerca y preguntó si había alguien. La ausencia de una respuesta lo sacó de dudas.

Cuando se volvió Carles ya estaba a su lado.

—Podemos entrar y buscar comida. También podríamos descansar —dijo Takashi y Carles asintió con aspecto consumido.

La condición física y emocional de Carles, que cada día empeoraba un poco más, no le había pasado por alto a Takashi. El estrés lo estaba devorando lenta e inexorablemente.

—Las puertas están abiertas, seguro que alguien ha entrado a robar ya —dijo Rosana, aunque pasó junto a los demás y cerró la puerta a su espalda.

Tras una comprobación a fondo de la casa por parte de Takashi y de Carles (Clara, Joan y Rosana aguardaron en el recibidor mientras tanto) confirmaron que estaban solos y que si alguien había robado allí se trataba del ladrón más amable del mundo, porque todo estaba ordenado y limpio.

La electricidad no funcionaba y de la nevera se escapaba el nauseabundo olor de los alimentos frescos que ahora se pudrían en su interior. Por suerte, al descorrer una cortina de anillas de plástico encontraron una despensa empotrada con todo un surtido de encurtidos que los propietarios de la casa habían acumulado como

hormigas que se preparan para el invierno. Abrieron tres de los botes, uno de olivas, otro de berenjenas, y un tercero de pepinillos, y comieron hasta saciarse.

Joan se puso un delantal de cocina y fingió que era un camarero. Todos se pusieron a pedirle cosas que evidentemente no había en la casa, como *roast beef* o pato a la naranja, y durante un rato se desternillaron de la risa.

Cuando terminaron Clara se levantó y se quedó dormida en el sofá del salón. Joan comenzó a dar cabezadas en la mesa y Rosana lo llevó hasta un dormitorio, lo acostó, y se quedó dormida junto a él.

Solos en la mesa de la cocina, Carles le sonrió a Takashi, una sonrisa cansada y agradecida.

—Ha sido una buena idea venir aquí —dijo Carles e inclinó la cabeza como si rumiara algo a lo que llevaba tiempo dándole vueltas—. Menudo viaje, ¿eh?

Takashi asintió.

—Sé que no te gusta mucho la cháchara...

Takashi abrió la boca dispuesto a decir algo, pero Carles levantó la mano, y siguió hablando.

—En realidad está bien así, lo respeto... no se cómo será en tu país, pero aquí es difícil conocer a alguien sin hablar con esa persona largo y tendido. Hablamos de política, hablamos de la familia, del fútbol, de lo que nos gusta y de lo que no, y normalmente si se coincide en algunas de esas cosas suele surgir la amistad. Contigo no funciona así. A ti se te conoce más por las cosas que haces que por las que dices...

A Takashi le incomodaban esa clase de conversaciones y no entendía el propósito de todo aquel discurso. Aun así, como para Carles parecía ser algo importante, asintió esbozando una sonrisa.

—...y la verdad es que te estoy muy agradecido por las cosas que has hecho para proteger a mi familia. Solo quería decir que, a pesar

de que no hace tanto que nos conocemos pues... que te considero un amigo.

Se observaron unos segundos y Takashi sonrió ahora más abiertamente.

—Yo también te considero un amigo —respondió Takashi.

Carles se rio sin elevar demasiado el volumen.

—Estupendo, me alegro. Hay otra cosa de la que también quería hablarte —siguió diciendo—. En realidad, es más bien una petición. Desde que este desastre ha comenzado he intentado mantenerme fuerte, por el bien de mi familia. Pero... siento que no puedo. Cada día se me hace más difícil seguir adelante y no sé cuanto aguantaré antes de cometer alguna equivocación y poner en peligro a mis hijos o a Rosana. Si algo me llegara a suceder me gustaría que los protegieras. Disculpa que te ponga en un compromiso, pero no tengo a nadie más a quién recurrir.

Carles había comenzado a hablar mirando a los ojos de Takashi, para ir progresivamente apartándolos, como si estuviera avergonzado, pero dispuesto a tragarse la vergüenza y decir lo que tenía que decir.

Aquella petición, prácticamente una súplica, dejó aturdido a Takashi. Asumir la responsabilidad de proteger a la familia de Carles era algo que le venía demasiado grande y, aunque le caía bien el joven Joan, y Clara parecía aceptarlo, el evidente rechazo de Rosana lo hacía sentirse incómodo la mayor parte del tiempo. Incluso había sopesado la posibilidad de marcharse por su cuenta, pero no había encontrado el momento oportuno y conforme pasaban los días esa opción se le hacía más y más complicada.

—Mira, no tienes por qué responderme ahora, solo... piensa en ello, ¿vale? —dijo levantándose de la mesa y adentrándose en una de las habitaciones vacías.

Takashi intentó descansar sentado en un viejo butacón del salón. Cerró los ojos y así se quedó, cuando al cabo de un rato se le hizo evidente que no sería capaz de alcanzar el sueño. Intentó no pensar

en la petición de ayuda y aquella responsabilidad no deseada y cuanto más lo intentaba menos éxito tenía.

Más tarde, Carles y él salieron de exploración. Cogieron las bicicletas y pedalearon hasta haber recorrido la mayoría de las principales calles de aquel pueblo fantasma. Resultaba perturbador no hallar ninguna presencia humana. Se detuvieron en mitad de la calzada cuando encontraron un osito de peluche que tenía el pelo blanco manchado de sangre. Era imposible no suponer un desenlace trágico a ese juguete, a cualquier juguete, bañado en sangre. Ninguno de los dos lo tocó ni hizo algún comentario.

Siguieron circulando y entraron en una avenida que había sido el centro comercial del pueblo. La mayoría de las plantas bajas lo componían tiendas y algunos bares entre medias. Unos pocos comercios tenían las cortinas de acero bajadas; las puertas de otros, en cambio, se abrían sugerentes.

— Parece que estamos de rebajas y por suerte he traído la tarjeta de crédito — bromeó Carles.

Takashi asintió y pensó que era cierto. En aquel pueblo estaban de liquidación, últimas existencias.

Carles se metió en una tienda de juguetes y Takashi siguió caminando acera arriba, hasta que le llamaron la atención los fragmentos de cristales rotos de un escaparate. Al acercarse comprobó que pertenecían a una tienda de armas de fuego que había sido saqueada con muy poco tacto. Las tres bandejas del escaparate, que en el pasado habrían desviado la atención del casual transeúnte hacia las escopetas de caza, rifles de perdigones, y ropa de camuflaje, ahora solo mostraban una chaqueta verde militar y todo un conjunto de armas blancas, en su mayoría cuchillos y navajas.

Aunque no fueron estos últimos los que le hicieron tomarse una pausa a Takashi, sino la espada japonesa que descansaba elevada sobre un soporte de madera oscura veteada. Destacaba por encima de las demás armas como un caballo pura sangre destacaría en medio una manada de ponis.

Las manos de Takashi temblaron de emoción ante la perspectiva de sujetar la empuñadura y, aun así, no les dio ese placer; todavía no.

Desde que despegó de Tokio, hacía ya año y medio, no había vuelto a tocar una espada y nunca había sentido tanta necesidad de empuñar una como en aquellos días funestos. El motivo de su resistencia a cogerla radicaba en que sabía que la espada lo decepcionaría en cuanto la desenvainara.

Lo sabría en el mismo instante en que sintiera la encordadura de la empuñadura y dejara respirar la hoja. Porque en aquella clase de tiendas no se vendían auténticas espadas forjadas, sino reproducciones baratas. En el peor de los casos tendría la hoja embotada y su único propósito consistiría en adornar el salón de alguna casa. Aunque lo más probable es que mantuviera un filo residual que le otorgaría la apariencia de un auténtico sable samurái; pero solo sería eso, simple y llana apariencia.

Los cristales crujieron bajo las suelas de las botas cuando se acercó al escaparate. Extendió los brazos y la levanto con cuidado, sujetándola desde la vaina, disfrutando de aquel primer contacto. Dos pasos hacia detrás y ya tenía espacio suficiente.

Cerró los ojos, liberando la hoja de la *saya* frente a él en un movimiento controlado.

Los abrió.

Tenía razón y estaba completamente equivocado.

El sable era una reproducción, aunque no una reproducción barata, sino la reproducción de una hoja basada en el trabajo del maestro herrero Masamune, un artista que nació en el s. XIII y revolucionó la forja de las espadas en Japón.

Acarició el metal con la mirada, excitado más allá de toda expectativa. Aquella espada había sido forjada según el método tradicional y la prueba de ello consistía en la *haya*, el entramado de líneas y puntos dibujado a lo largo de la hoja como efecto de los

innumerables pliegues y golpes a los que había sido sometida durante la forja.

La guardó, todavía incapaz de asumir lo que tenía entre las manos, la bendición que había caído sobre él. El mundo había girado, conspirado, hasta dar forma a aquel acontecimiento, encajándolo en ese singular plan invisible que parecía trazar el destino de los seres humanos hasta su mismo final; ya fuera este terrible o hermoso. Lo cubrió la percepción íntima de que aquello era karma y en el karma siempre había un precio, una forma de hacer balance, por así decirlo; de conservar el equilibrio.

Regresó sobre sus pasos al encuentro de Carles. No tenía ningún sentido seguir buscando, en aquel pueblo ya no quedaba nada para él.

Lo esperó a la salida y al cabo de un minuto Carles salió con unas raquetas de madera dentro de una red y el juego del Monopoly.

—Creo que a los chicos les gustará... ¡Guau, vaya espada! No has estado perdiendo el tiempo. Sabes como...

—Acepto proteger a tu familia.

Carles aguardó unos segundos. Con los ojos brillando —las lágrimas pugnando por salir— se le acercó y lo abrazó. Takashi pensó que debía de hacer algo así que le dio unos golpecitos en la espalda.

—Gracias, me has quitado un gran peso de encima. Gracias.

Joan alucinó cuando vio llegar a Takashi con la espada ajustada en el cinturón del pantalón. Y casi explota de puro entusiasmo cuando Takashi la desenvainó con desenvoltura para mostrársela. Su buen humor se esfumó cuando le pidió cogerla y su madre, escandalizada ante la idea, le prohibió entre gritos que se acercara a algo tan peligroso como una espada. No dio señales de ello, pero en esta ocasión Takashi agradeció la intervención de Rosana.

La discusión acerca de conseguir otro vehículo para llegar a Valencia regresó, ahora en toda su plenitud. Rosana no se creía que no hubieran visto ningún coche durante su alegre paseo, en el que sí

habían tenido tiempo de sobra para recoger juguetes y cuchillos largos. Incluso Clara, que normalmente se mantenía al margen y cuando no lo hacía solía a apoyar a su padre, intervino diciendo que era muy extraño.

La voz del matrimonio se iba alzando con cada nueva réplica, hasta que llegaron a un punto en que se estaban gritando acusaciones y ya habían olvidado de que estaban hablando. Y así estuvieron hasta que Joan alzó su voz por encima de todos ellos.

—¡Callaros!

—¡Lo ves! ¡Ya has puesto nervioso al chiquillo! —replicó Carles, el rostro congestionado, a punto de perder el control de sí mismo.

—¿Yo? ¡Eres tú quién siempre está...

—¡Callaros! —repitió Joan—. ¿Es que no lo oís?

Y cuando obedecieron al muchacho descubrieron que tenía razón. Se escuchaba algo. El motor de alguna clase de vehículo que acababa de pasar por delante de la casa.

De pronto la discusión dejó de parecerles importante porque salieron en tromba por la puerta principal a tiempo de ver como tras la esquina desaparecía un camión con un tráiler que casi alcanzaría los quince metros de longitud.

Subieron a las bicicletas y emprendieron una frenética persecución tras él. En un momento dado Carles le dijo a Rosana que ella y los chicos deberían volver a la casa y sus palabras cayeron en saco roto. Estaban todos demasiado excitados como para hacer otra cosa que no fuera pedalear.

A punto estuvieron de abandonar cuando la carretera adquirió una inclinación ascendente y el camión se volvía cada vez más pequeño en la distancia. Le faltaba muy poco para abandonar los límites de Ralea y dejarlos atrás. En el último instante giró a la derecha y se metió por un camino secundario que todavía estaba dentro del municipio.

El ascenso se hizo más complicado y tanto Joan como Clara bajaron el ritmo, las ruedas se bambolearon hacia los lados en precario equilibrio, y tuvieron que seguir a pie. El resto del grupo los imitó y subieron juntos hasta llegar al desvío. Desde allí divisaron el camión a quinientos metros, aparcado en el patio de lo que debía ser el instituto local, y la figura del conductor que se perdía en el interior.

Cubrieron la distancia que los separaba hasta ver, junto a la puerta, un cartel donde rezaba IES Virgen de los Mártires. Subieron los escalones previos, empujaron las puertas de metal y recorrieron el silencioso y oscuro pasillo. Se miraron los unos a los otros con amplias sonrisas cuando vieron a otras personas a través de las puertas entornadas que quedaban al final de uno de los corredores.

—La gente del pueblo se ha concentrado aquí. Habrán pensado que el instituto sería más seguro, supongo que por la valla que lo rodea. No está mal pensado... —dijo Carles con una risita.

—Tal vez alguno de ellos pueda dejarnos su coche —comentó Rosana y todos caminaron más relajados.

Allí dentro estaban preparando comida. Y por el olor se trataba de una barbacoa que les hizo la boca agua conforme se aproximaban. El cartel sobre el marco de la puerta indicaba: Salón de usos múltiples. Entraron y, ciertamente, se le había dado varios usos al salón que seguramente nadie habría imaginado cuando se edificó el centro.

En la pared que quedaba a la izquierda, un grupo de prisioneros sentados en el suelo, con la cabeza gacha (sometidos gracias a una variada selección de cadenas y cuerdas), intentaba no llamar la atención de los numerosos Muertos que merodeaban por el centro del salón.

Caminaban en círculos como animales ansiosos y Takashi advirtió, en una fracción de segundo, a través del hueco dejado por un par de ellos, el torso desnudo de una persona a la que habían empalado como a un cerdo y a la que estaban cocinando sobre un lecho de brasas.

Clara abrió la boca y estuvo a punto de gritar dejándose el alma en ello, pero Rosana se le anticipó, le tapó la boca y tiró de ella hacia la salida del edificio. Joan estaba paralizado y su padre lo cogió en brazos para sacarlo de allí. Takashi retrocedió con ellos y, cuando parecía que estaban a punto de escapar sin llamar la atención de los Muertos, la puerta gimió y decenas de cabezas se giraron en su dirección.

La familia se lanzó a la carrera, una carrera lenta, una carrera condenada desde el principio, y Takashi llegó a la conclusión de que jamás escaparían.

—Marchaos —dijo tras detenerse y darse la vuelta hacia la estampida de infectados que atravesaban las puertas del salón.

—¡Takashi! —gritó Carles y éste asintió con la cabeza, un gesto que decía: voy a cumplir con mi promesa, vamos, saca a tu familia de aquí.

Ajustó la vaina en el cinturón y la postura del cuerpo. Hacía una eternidad que no luchaba con la espada y se sintió extraño y cómodo al mismo tiempo. Los vio llegar atolondrados, dispuestos a caer sobre él sin orden ni concierto, y le dio tiempo a sonreír pensando que aquel era el momento más feliz de su vida.

El primero de los Muertos se desplomó al instante cuando Takashi le cercenó la pierna a la altura de la rodilla en un único movimiento. *laido*, la técnica de desenvainado rápido, que era tanto un estilo de combate como una filosofía, y que consistía en saber reaccionar exactamente como se debía reaccionar ante un peligro inesperado.

Al segundo le atravesó el cráneo desde la mandíbula con una estocada ascendente. Una patada del guerrero obligó al tercero de los asaltantes a doblarse por la cintura y un instante después la cabeza se separó de los hombros en un centelleante golpe. Y siguieron llegando uno tras otro, abarrotando el pasillo con el eco de los pasos acelerados; un goteo constante de figuras que avanzaba hacia Takashi con las mandíbulas batiéndose en un seco restallido de dientes.

Takashi retrocedió solo lo imprescindible. Por cada paso que daba hacia atrás varios miembros de la silenciosa horda caían destrozados o mutilados. Abrió cien heridas que en circunstancias normales habrían sido mortales, pero que para muchos de los agresores solo significaban una pausa antes de seguir con el inagotable asalto. A partir de entonces centró sus esfuerzos en que cada golpe impactara con una precisión quirúrgica en la cabeza o el cuello, y no tardó en darse cuenta de que sus músculos estaban resintiéndose.

Perdió la noción del tiempo. Quizás solo habían transcurrido unos segundos. Tal vez un par de minutos. Tal vez cinco. Tal vez llevara toda la vida luchando. No tenía forma de saberlo. La espada parecía ahora mucho más pesada y se preguntó si se debía a que la hoja estaba henchida de sangre, saciada de aquel vino rojo que no terminaba jamás.

Al apreciar un aumento de la iluminación comprendió que había retrocedido hasta la entrada del instituto. Saltó al exterior. Carles, Rosana, Joan y Clara no estaban. Habían logrado escapar.

Sintió la humedad de una gota de agua en el dorso de la mano. Empezaba a llover. Los Muertos salieron y lo rodearon como una manada de lobos. Takashi alzó el mentón hacia el cielo y nuevas gotas de lluvia cayeron, en esta ocasión sobre la frente y los labios.

Era perfecto. Todo era perfecto. El resto de su vida le pareció un simple preámbulo que lo conducía directamente hasta aquel instante. La espada comenzó a cantar, muy suave al principio, cortando el aire con el cuidado del amante primerizo. Takashi escuchó atentamente, conmovido. Adoptó el ritmo y se dejó llevar por la canción de la espada. Entonces, bailó, bailó, y bailó con los Muertos, en una danza improvisada donde cada paso abría nuevas sonrisas en la carne y donde las cabezas de los asistentes volaban y rodaban alegres bajo la lluvia vespertina.

Capítulo 12: Julia

La noche no pareció terminar jamás. Julia le ordenó a un soldado que conectara el generador de electricidad. Era un aparato ruidoso, alimentado con gasolina, que tenían asignado a esa planta y el cual solo era utilizado durante las emergencias. Pero si existía una jodida emergencia era aquella, pensó Julia, su mente acelerada muy por delante de su cuerpo. Medio minuto después, las linternas de suelo, repartidas por los diferentes puntos de la enfermería, ofrecían una cálida luz que recordaba a la que podría encontrarse en una desenfadada acampada juvenil. Y aquella luz era en lo único en lo que se parecía la enfermería a una acampada.

Los heridos llegaron en un goteo constante que de pronto se redujo a cero. Aquellos que consiguieron llegar al edificio de magisterio fueron acompañados hasta la enfermería por soldados. Los primeros en llegar estaban sobrecogidos, todavía aturdidos por el horror de los Muertos, pero quitando el daño psicológico su estado no era crítico, así que Julia los mandó a la mitad del salón reservado para los heridos de poca gravedad (unos biombos de tela blanca dividían la enfermería en dos) y pidió a los voluntarios civiles que se encargaran de ayudarlos en lo que pudieran.

Pronto llegaron aquellos que sí habían sido atacados durante la huida del otro refugio, localizado en la facultad de Bellas Artes. Primero ocuparon los diez precarios camastros. Al resto hubo que acomodarlos en el suelo, utilizando sacos de dormir, mantas, incluso unas tablas que se habían acumulado en una esquina, presumiblemente para usarse como refuerzo en las barricadas.

Los lamentos, los gemidos de dolor, y las peticiones de ayuda, se elevaban lastimosamente y Julia se dio cuenta de que tenían serios problemas. El principal consistía en los heridos por mordeduras, que suponía la mayoría de los afectados. Había comprobado como estos podían convertirse en cuestión de minutos en uno de los Muertos y

dado que la mayor parte de las fuerzas estaban concentradas en los accesos del edificio iban a tener serios problemas en breve si no eran capaces de controlar a los heridos.

El segundo problema lo colocó en la trastienda de su mente porque no podía prestarle más atención en aquel preciso instante, pero al que tendría que regresar más tarde, averiguar como había podido suceder y hacérselo saber a Adrián; al coronel Adrián.

Por el momento Julia agarró por el brazo a un cabo que ya se estaba yendo, lo llevó aparte y le ordenó que trajera a una docena de soldados y esposas de plástico para atar de manos y pies a los heridos hasta que se hallaran fuera de peligro. Lo cierto es que muy pocos heridos por mordedura lograban evitar el cambio, pero no tenía tiempo que perder en explicaciones así que optó por ser directa.

El cabo era un hombre joven, Julia estaba convencida que no superaría los veinticinco años, y su ceño se frunció en una mueca de asco, como si alguien le hubiese escupido en la cara.

—Usted no puede darme órdenes, no es más que una civil. Váyase a jugar a los médicos y déjeme hacer mi trabajo —respondió airado.

Aquello destapó la caja de truenos donde se acumulaban los demonios de Julia. Lo cogió de las solapas del uniforme y lo estampó contra la pared. El soldado, que de repente adquirió la pálida tonalidad de la tiza, no se habría imaginado una reacción tan brutal por parte de una mujer en apariencia tan frágil.

—Mira imbécil, como no hagas lo que te he dicho y alguno de los heridos se conviertan en uno de los Muertos este lugar se va a convertir en una carnicería y será por tu culpa —dijo, tratando de no levantar la voz con escaso éxito.

—Doctora, por favor, suelte a mi hombre, ya tenemos bastantes heridos y usted está aquí para curarlos, no para lesionarlos.

La voz del coronel destilaba una seguridad que logró calmar los ánimos de Julia casi al instante; la rabia no desapareció del todo,

seguía notándola en cada latido que le pulsaba las sienes, aunque ya no exigía que le diera rienda suelta.

Ella soltó al cabo y este se apartó ajustándose el uniforme. Detrás del coronel un grupo de soldados entró en la sala y se dispersó entre los heridos. Con eficiencia empezaron a hacer exactamente lo que ella había ordenado al cabo hace un momento. En cuestión de segundos los heridos, a pesar de las protestas, fueron sometidos con las esposas de plástico alrededor de las muñecas y de los tobillos.

—Puede retirarse, cabo —dijo el coronel y cuando este se marchó dio un par de pasos hacia Julia, quedándose muy cerca de ella—. ¿Cómo estás?

—Esto es un desastre, Adrián. ¿Qué ha sucedido?

—Todavía estamos averiguándolo. Por el momento encárgate de los heridos. Por los que puedas —dijo el coronel mirando de reojo los cuerpos postrados que se acumulaban en el salón—. Tengo entendido que algunos de los recién llegados gozaban de buena salud. Necesitaré hablar con ellos.

—Están al otro lado —dijo Julia, señalando las formas apenas distinguibles tras los biombos.

Este ya se había puesto en marcha cuando Julia lo cogió del antebrazo. Fue un movimiento rápido, firme, y al mismo tiempo afectuoso.

—Hay algo que quería decirte —su voz había salido demasiado dulce, demasiado para aquella situación y se arrepintió enseguida.

Él se giró y esbozó media sonrisa afable.

—Me temo que este no es el momento para ciertas confidencias...

—No se trata de eso —le cortó ella al instante—, es sobre los heridos. Algunos de ellos no tienen mordiscos ni arañazos. He visto al menos dos con cortes de alguna clase de arma blanca y otro al que le han disparado en la pierna, aunque por suerte la bala no ha tocado la arteria femoral.

—¿Estás totalmente segura de eso? —preguntó el coronel.

—Completamente.

—Bien, me haré cargo de ello.

Se giró pensativo sin decir nada más. Julia lo vio marchar y después observó la sala atestada de gente. Vamos, puedes hacerlo, pensó. Se puso el equipo habitual para tratar infectados. La mascarilla, unas gafas de plástico duro y un par de guantes de goma gruesa que le quedaban un poco grandes, pero aquello último no le importaba, porque le inspiraban mucha confianza en caso de que intentaran morderla.

Uno de los heridos con peor aspecto y a quién Julia en silencio le había vaticinado un final temprano (le faltaba la oreja y tenía mordeduras en la mejilla y el cuello) yacía medio inconsciente. Los ojos rodaron hacia detrás mostrando el blanco de la esclerótica. Dos soldados se acercaron a petición suya. El primero sujetó la cabeza del paciente y el segundo le sostuvo los brazos y le clavó una rodilla sobre el pecho; no eran ningunos novatos, sabían lo que pasaría a continuación y seguramente se alegraban de no tener que hacerlo ellos.

Julia sacó del bolsillo de la bata blanca la pistola de pernos que el ejército había adoptado como medida para acabar con los infectados. Era un instrumento despiadado que funcionaba con aire comprimido y que tradicionalmente se utilizaba para matar ganado destruyendo el tejido cerebral al penetrar el perno.

Es más limpio, se hace menos ruido y no se gasta munición, le explicó el coronel el primer día en que ella se presentó como voluntaria alegando que tenía conocimientos en medicina. En aquel momento odió el razonamiento pragmático subyacente a esa medida, pero tras haber eliminado con sus propias manos a ciento cincuenta y siete infectados —dentro de poco la cifra ascendería a ciento cincuenta y ocho y subiendo— tenía que admitir que sí era una forma bastante limpia de acabar con su sufrimiento.

El herido empezó a moverse con un balanceo suave del cuerpo. Ella apoyó el cañón del arma en el entrecejo, el codo alzado, dejando espacio para poder verle los ojos. Era parte del protocolo. El jodido

protocolo, maldijo Julia por dentro. Tenía que estar segura, sin ninguna sobra de duda, de que el paciente infectado había completado la transformación a lo que fuera que se transformara. Para ello, el paciente, ya convertido en uno de los Muertos, tenía que intentar agredirla, es decir, intentar morderla.

Los ojos del hombre se abrieron. Durante un par de segundos vaciló y, por fin, logró reconocer un sabroso bocado en Julia. Hoy no, pensó ella, y restalló el sonido amortiguado del perno al atravesarle el hueso del cráneo y el lóbulo frontal.

Sin darle tiempo a descansar una voz la llamó diciendo: —
Doctora, aquí tenemos a otro.

—Ya voy, ya voy —respondió súbitamente agotada; aquella noche repetiría esas mismas palabras muchas veces.

De los veintinueve supervivientes heridos que entraron esa noche en la enfermería solo ocho seguían con vida cuando llegó el amanecer. Julia había utilizado veintiuna veces la pistola de pernos. Solo uno de los heridos por mordedura (una mordedura superficial en el antebrazo) logró resistir la transformación. El resto, con heridas cortantes de diferente gravedad, estaba fuera de peligro, aunque permanecerían convalecientes durante una buena temporada.

Con la luz del sol todo pareció calmarse y aunque la enfermería apestaba a sangre, a heces y a orina, lo peor, al menos por lo que respectaba a aquella noche, ya había pasado.

Y aunque deseaba marcharse sin mirar atrás, Julia se obligó a limpiar el instrumental y guardar el equipamiento. Le pidió a un par de voluntarias que se habían incorporado hace poco que fregaran el suelo y les indicó dónde podían encontrar los productos de limpieza. En un estado de seminconsciencia abandonó la sala, fue caminando hasta uno de los baños que tenían ventana, cerró la puerta, pasó el pestillo, hizo sus necesidades y se lavó con fuerza la cara, las manos, y los brazos. Durante un rato se quedó mirándose en el espejo —las gotas de agua se arrojaban desde los pómulos acentuados por la delgadez— intentando reconocer a la mujer que aparecía reflejada en la superficie.

Algo había cambiado. Y no creía que tuviera que ver con su físico, aunque sus facciones estaban más afiladas, con un aire casi felino. El auténtico cambio había sucedido en el interior. Se notaba fría, endurecida, como un trozo de piedra listo para cortar y la inquietaba un poco su falta de remordimientos ante las vidas que quitaba. Estaba claro que la situación, incluso con la protección de los militares, era desesperada. Cada día podía ser el último y ella se esforzaba en luchar, en hacer todo lo que estuviera en su mano por seguir adelante; era algo terrible, era algo maravilloso, porque nunca se había sentido tan viva como al estar rodeada de muerte.

Al entrar en el dormitorio se dio cuenta de que no había pensado en Laura o en Khalid en toda la noche. Ambos estaban despiertos y comprendió que esperaban su llegada; si no hubiera estado tan agotada, tan al borde de derrumbarse, el gesto la habría conmovido.

Les preguntó si se encontraban bien, era la pregunta de rutina, y ni siquiera los miró al hacerlo, porque ya estaba deslizándose en la cama, lista para capitular ante el sueño.

—Mamá, tenemos que contarte algo —dijo una lejana voz de chica.

—Ahora no, tesoro, mamá está muy cansada —respondió Julia en murmullo que se tornó inaudible en las tres últimas palabras.

—Es importante...

No llegó a escuchar el resto. El sueño la aplastó y no la liberó hasta pasado el mediodía.

Al despertar estaba sola y junto a su cama había una bandeja de plástico marrón con una tapa que la cubría. Al levantarla encontró un plato de judías con jamón, una sopa disuelta en un tazón, una lata de paté y el popular “pan de galleta”, que en ocasiones sabía a pan y en otras a galleta; productos básicos de una ración de combate, cortesía del ejército.

Se bebió la sopa en una serie de tragos largos y devoró las judías con jamón. Estaba royendo el pan de galleta cuando pensó que iría a

hablar con el coronel. Sí, desde luego que sí, tenían algo urgente de lo que hablar.

Transcurridos unos minutos estaba golpeando con los nudillos la puerta del despacho del coronel Adrián, en la cuarta planta.

—Buenos tardes, doctora —dijo el coronel con formalidad—. ¿Quiere pasar?

—Gracias, coronel Adrián —respondió ella con idéntica tono, aceptando el ofrecimiento.

—¿Sus pacientes están bien? —le preguntó mientras cerraba la puerta.

—Estoy seguro de que se las arreglarán sin mí —replicó ella justo antes de lanzarse a besar los labios del coronel, desabrochándole los botones de la chaqueta a ciegas y a un ritmo frenético. Aquel día no quería tomárselo con calma, nada de preámbulos, nada de besos tiernos, nada de hacer el amor. Lo quería dentro de ella, penetrándola con fuerza y también quería colgarse de su cuello, morderlo hasta hacerlo sangrar, y que el mundo quedara reducido a aquel primario placer pulsante de la carne; quería todo eso y lo quería ya.

Hasta cierto punto lo consiguió, aunque no hubo ni mordiscos ni sangre. El primero orgasmo la sacudió a los escasos segundos de que el coronel la penetrara, y fue una bien recibida sorpresa porque no recordaba que algo así le hubiera ocurrido jamás. Hubo un segundo estallido de placer, este más comedido, creciente y prolongado, cuando se subió a horcajadas y lo cabalgó. Siguió así, deseosa de complacerlo, hasta sentir el calor derramado en su interior y ambos se derrumbaron sobre el escritorio sin necesidad de hablar, saboreando el gozoso cosquilleo que ya comenzaba a desvanecerse.

—Si conoces al enemigo y te conoces a ti mismo, no temas el resultado de cien batallas —dijo el coronel tras unos minutos.

—¿Qué has dicho? —preguntó Julia girándose hacia el coronel con una sonrisa de sorpresa al pensar que estaba hablando de ellos dos.

Él repitió las palabras, pronunciándolas con seriedad, y Julia se dio cuenta enseguida de que su primera impresión había sido errónea.

—Es de Sun Tzu, el arte de la Guerra. Un libro de estrategia militar escrito hace unos dos mil quinientos años. Lo leí de joven y me aprendí de memoria la mayoría de sus consejos. A día de hoy he olvidado la mayoría, pero ese todavía lo recuerdo —hizo una pausa para incorporarse—. Nuestro problema es que no conocemos al enemigo y hasta la fecha hemos perdido todas las batallas por ese motivo.

—Seguimos aquí —arguyó Julia.

—No es suficiente, llegará un momento en que eso no será suficiente con resistir. Anoche, y otra vez esta mañana, estuve hablando con algunos de los supervivientes del otro campamento. Creíamos que los infectados atacaban solo mordiendo o arañando, como animales rabiosos, pero eso a cambiado. No sé porqué, no tiene ningún sentido, pero todo parece indicar que así es.

—¿De qué estás hablando?

—Los Muertos que anoche atacaron el edificio de Bellas Artes empuñaban palos y cuchillos. Un testigo asegura que vio a una de esas cosas usar un hacha. Y aunque nadie vio que utilizaran armas de fuego todos escucharon los disparos.

—Pero eso no es... —iba a decir posible, pero no se atrevió a terminar la frase.

—Por desgracia sí que lo es. Y para colmo tengo espías dentro del campamento. Esta mañana alguien había colado una carta por debajo de mi puerta. Es de un chalado que se ha atrincherado en la catedral. Hasta la fecha solo me había invitado a unirme bajo su bandera, que por lo visto es la de Dios. Sus cartas están llenas de parafernalia religiosa, pero en esta última me advertía que sus exploradores habían divisado a un ejército de Muertos avanzando en mi dirección.

—¿Un ejército? ¿Decía cuantos?

—No, a ese fanático le gusta demasiado el misterio y darse importancia. De todas formas, no me ha servido para nada la información.

—¿Y quién ha podido echarla?

—No lo sé, pero cuando lo averigüe me aseguraré de que el castigo sea ejemplar.

La conversación se desvió por otros derroteros, aunque no duró mucho ya que los dos tenían responsabilidades que no podían dejar desatendidas.

Julia fue a la enfermería y se sorprendió de encontrar a Laura con la bata blanca de uso obligatorio para los voluntarios.

—¿Qué haces aquí? Ya sabes que no quiero que ni tú ni Khalid paséis tiempo en la enfermería. Es demasiado peligroso.

Su hija se la quedó mirando y tragó saliva. En el rostro de Laura se dibujaba un profundo pesar y en seguida se arrepintió de haberle hablado con tanta brusquedad. Sin duda, estar cerca de los heridos la había dejado en un estado bastante sensible.

—Cariño, está bien que quieras ayudar, pero ya sabes que no quiero que asumas riesgos innecesarios. Aquí ya tenemos todo el personal que necesitamos —dijo en un tono más suave. Era mentira el que no necesitaran personal, ese día, más que nunca, les haría falta un regimiento de enfermeras tituladas.

—Mamá, ¿cuánta gente a muerto? He estado preguntando, pero nadie me lo quiere decir.

—Laura, no quiero engañarte, anoche fueron horas muy duras y pocas personas sobrevivieron. Lo mejor que puedes hacer es irte a...

—¿Cuánta gente vivía en el otro campamento? —insistió Laura reformulando la pregunta.

Julia suspiró, todo el tema le había afectado mucho a su hija y, de cualquier manera, ocultárselo no la estaba ayudando. Mantenerla al margen, protegerla de saber lo que sucedía, era tratarla como una

niña y necesitaba por su propio bien que madurara y aprendiera a estar alerta, a tener cuidado.

—La verdad, no sé cuanta gente vivía en el otro campamento, aunque era más grande que este.

La noticia cayó como una bomba sobre Laura, cuyos ojos se llenaron de lágrimas, desbordándose en un llanto que comenzó con un gemido apenas contenido. Julia la abrazó al instante con el corazón azorado. Había subestimado el grado de sensibilidad en que se hallaba su pequeña. Dejó que se desahogara lo suficiente como para que pudiera escucharla.

—Sé que es terrible, pero nadie podía haber ayudado a esas personas...

—¡No es cierto! Yo podría, yo podría haber hecho algo —se apretó contra su pecho y lloró un poco más.

Cuando Laura por fin se hubo calmado, la respiración salpicada todavía de pequeños hipos, le dijo que tenía algo muy importante que confesar. Algo terrible. Fueron a su dormitorio y le contó acerca de la carta y del papel que habían jugado ella y Khalid sobre los acontecimientos.

Su hija estaba destrozada por su actuación en todo el asunto y Julia estaba a punto de decirle que en realidad no tenía ninguna responsabilidad, que no tenía forma de saber el mensaje contenido en la carta y que si el responsable de escribirla hubiese querido hacérsela llegar al coronel podría haberlo logrado sin la ayuda de una chiquilla. También quería consolarla explicándole que incluso de haber estado informados de ninguna forma habrían estado preparados para la magnitud del ataque. Pero no empezó por ahí, sino por lo más urgente.

—No le cuentes a nadie, nadie, lo que me acabas de contar.

—¿Ni siquiera al coronel? —preguntó Laura y en un su tono Julia adivinó la intención de su hija de acudir al militar para confesar su falta. Recordó las palabras de este, asegurando un castigo ejemplar

al supuesto espía, y aunque no creía que fuera a hacer daño a su hija tampoco estaba dispuesta a correr ese riesgo.

—Sobre todo al coronel. ¿Me has entendido?

—Sí, pero...

—No hay peros que valgan.

La puerta se abrió de golpe y Julia apenas reconoció a Khalid. El semblante de su rostro, por lo general poco expresivo, estaba contraído en un gesto de horror sin precedentes. Entró a la carrera y fue a por su mochila.

—¡Tenemos que irnos ahora mismo!

Julia se apresuró a su lado y lo sostuvo por los hombros. El chico estaba colocándose un cuchillo militar en el cinturón de los pantalones tejanos.

—Khalid, ¿qué ha pasado? ¿Has hablado con el comandante?

El chico la miró como si no hubiera entendido la pregunta y fue Laura, quién en lugar de ir a por sus cosas se había aproximado a la ventana, la que aclaró lo que Khalid ya sabía.

—Ya han llegado —explicó en un murmullo, una sombra de su propia voz.

Y efectivamente Julia comprobó que así era. Por las calles, desde todas direcciones, como una marea de carne, llegaba el ejército, el ejército de los Muertos. En cuestión de un minuto ya habían ocupado la plaza frente al edificio y en un momento dado se giraron al unísono con escalofriante sincronía, como si no fueran muchos, sino un solo individuo, una sola voluntad.

Tal y como había asegurado el coronel, muchos de los Muertos empuñaban armas de toda clase. Pero aquello no fue lo que provocó a Julia un estremecimiento aciago. Fue la visión de aquellos rostros, unos rostros demacrados que lucían terribles heridas cicatrizadas como si fueran trofeos, unos rostros que torcían los labios en complacidas sonrisas.

Capítulo 13: Nadia

El estridente restallar de la campanilla despertó a la veintena de chicas alojadas en el dormitorio. Estas se agitaron sobresaltadas en la oscuridad de sus camas. Eran las cinco de la madrugada, Nadia no necesitaba de un reloj para saberlo porque la condenada monja las despertaba todas las mañanas con el mismo sonido a esa hora. Y, una vez más, Nadia deseó coger la campanilla, abrirle el gajate a la monja, y hacérsela tragar.

En lugar de cumplir con su maligna fantasía, se apresuró a levantarse para ir al baño, no porque tuviese la vejiga llena, sino porque después vendrían las oraciones, a continuación, trabajaría limpiando, fregando suelos, o lo que se les hubiera ocurrido a las monjas aquel día, y no podría volver a ir al baño hasta las ocho, donde tendría un descanso y un frugal desayuno. Después vendría el sermón y las obligatorias actividades voluntarias.

Casi deseaba abandonar la seguridad ofrecida por el nuevo Padre, la Catedral y los Hermanos, y regresar a las calles infestadas de Muertos. Pero sabía que aquello no era cierto, porque no importaba lo duras que se volvieran las condiciones en esa extraña comunidad religiosa surgida de la pesadilla. Cualquier cosa era mejor que enfrentarse a unos monstruos que te devoraban.

Así que hizo lo que se suponía que debía de hacer, se vistió con aquella ropa que parecía el uniforme de un colegio católico; todas lo hicieron. La misma camisa blanca de cuello cerrado y la falda de tela tosca y oscura que le picaba a una en las piernas y le llegaba hasta las pantorrillas.

Fueron a la capilla que tenían asignada, que en realidad no era más que una habitación diáfana con un sencillo crucifijo de madera colgado de la pared. Rezó en voz alta, de rodillas y con las manos entrelazadas devotamente, junto al resto de las chicas. Se había

aprendido rápidamente las oraciones porque entendía que eran importantes allí. Ni por un solo instante se le había pasado por la cabeza confesar, no solo que no era creyente, sino que además no estaba bautizada.

Al pensar en ese detalle, pensó en sus padres. No le gustaba pensar en sus padres porque ellos vivían en Barcelona y no tenía forma de saber si se hallaban sanos y salvos. Habían sido, no, eran ateos confesos, incluso anticlericales, pero ella conservaba una mentalidad más flexible en el sentido de que aceptaba el que cada persona creyera lo que quisiera creer. Aunque en aquellos días empezaba a adoptar más y más el escepticismo de su madre y el humor cáustico de su padre.

Deseó que se acabase de una vez aquella interminable retahíla de oraciones, y tal vez Dios escuchó su súplica, porque un instante después Luisa se sentó en el suelo tras un largo suspiro, se levantó la falda, y se puso a masajearse las rodillas con evidente alivio.

Luisa era una chica alta y delgaducha a la que le gustaba poner apodos a las monjas (tenía un instinto infalible para resaltar los rasgos más vergonzosos). Así que, gracias a ella, aquellas monjas eran reconocidas por todas las chicas cuando cualquiera compartía algún rumor acerca de la Bigotes o la Comadreja.

—¿Que cree que está haciendo, señorita Luisa? —preguntó Bigotes que se hallaba parada bajo el dintel de la puerta y todas las oraciones se silenciaron al instante.

—Estoy harta —masculló Luisa.

La monja la animó a hablar más alto.

—Estoy harta. ¿Por qué tenemos que rezar de rodillas?

Las chicas saltaban con la mirada de una a otra con cada nueva intervención, como en un partido de tenis.

—Lo sabe demasiado bien, señorita. El dolor nos purifica, nos libera de nuestros pecados. ¿O acaso ha olvidado que estamos aquí porque el mundo entero ha pecado y ha sido indulgente con el pecado? ¿Ha olvidado la plaga?

Nadie había olvidado la plaga, nadie podía olvidar la plaga, porque estaba en las calles, a tan solo unos metros de distancia. Por un par de segundos la determinación de Luisa flaqueó, pero solo durante ese tiempo, porque enseguida levantó la cabeza con dignidad.

—Pues me cago. Soy mayor de edad y me cago en todo. No pienso rezar de rodillas.

—¿Se da cuenta de que está blasfemando en una capilla, en frente de Dios nuestro señor?

Aquello la descolocó por un instante.

—Esto no es ninguna iglesia, solo es una habitación vacía...

—Muy bien —dijo la monja y sus labios se estiraron hacia los lados en algo que simulaba ser una sonrisa, pero que no inspiraba ninguna alegría—. Puede hacer lo que desee. Al fin y al cabo, como el Padre nos recuerda a menudo, Dios nos regaló el libre albedrío. Terminen sus oraciones.

Nadia apartó los amargos recuerdos que aquella frase le evocaba. Observó a Luisa y le pareció que esta se había tomado el desenlace como una victoria a su favor, algo de lo que Nadia albergaba serias dudas.

Después de aquello se dedicó a fregar las escaleras de un edificio que los guardias (puede que Ernesto hubiera participado) habían despejado de infectados y añadido al perímetro de la zona segura. Dicha zona incluía unas pocas calles alrededor de la Catedral. En los límites de estas se habían colocado autobuses, coches, y toda clase de objetos, para crear unos muros que, si bien parecían destartalados, ofrecían una eficaz barrera que los separaba de los Muertos. Todavía no habían conseguido cerrar las múltiples calles que daban a la plaza de la Virgen, pero se comentaba que era el siguiente paso para la zona segura y eso sí que sería un gran avance, porque la plaza ofrecía muchísimo espacio abierto para que los supervivientes se reunieran.

El panegírico de aquella mañana en la Catedral fue desarrollado por uno de los doce Hermanos al servicio del Padre, y no por el Padre mismo como era lo habitual. Las bancadas habían sido retiradas de las naves y todo el mundo —salvo los ancianos o las embarazadas que escuchaban desde el fondo de la nave principal— estaban obligados a permanecer de rodillas; otra vez el dolor y la supuesta purificación.

Las alabanzas dieron paso a un discurso acerca del poder de Dios y de que ellos eran los elegidos, ellos eran el grano y el resto del mundo, sacrificado por sus pecados, era la paja.

Nadia ardió de rabia —ofendida como jamás se habría imaginado que podría ofenderse— al escuchar aquellas palabras. Millones de personas fallecidas y convertidas en monstruosidades acababan de ser despreciadas como un simple desecho sin importancia dentro del plan de Dios, a quién por lo visto también le gustaba hacer limpieza de vez en cuando. Pensó en las víctimas, en los niños consumidos por aquel horror, en las familias destrozadas, y en que aquello no era ni mucho menos el final, sino tan solo el principio, pues más allá de las ruinosas protecciones, los Muertos seguían caminando con un hambre insaciable.

Hijo de puta, rezongó entre dientes, y si en aquel momento el eco del predicador no hubiera ocupado la basílica, seguramente alguno de sus vecinos la habría escuchado y se habría metido en serios problemas.

Retuvo la bola ardiente en que se había convertido su garganta y pensó que algún día alguien les daría su merecido a aquella panda de cabrones, aunque no fuera entonces, ni en aquel día, ni en aquel año, pero llegaría un momento en que se llevarían su merecido, porque ella no lo iba a olvidar. No, ella recordaría cada palabra y, cuando las aguas regresaran a su cauce habitual, se encargaría de que el resto del mundo también las recordara.

Una vez terminado el sermón salió de la Catedral, atravesando la Puerta del Palau hasta la pequeña plaza que quedaba frente a ella. Allí se agrupaban los talleres de costura y otros grupos de trabajo

que se estaban reuniendo. Vio a Ernesto hablando con uno de los hombres asignados a la fragua de metal y se sorprendió de lo rápido que una podía llegar a acostumbrarse a que ahora utilizaran fraguas de estilo medieval para fundir metales.

Al acercarse hasta Ernesto vio que él y el herrero estaban pasándose una especie de clavo grande y a Nadia no le pasó por alto que durante ese intercambio hubo una discreta caricia entre las manos de ambos. Cuando llegó a su altura estaban hablando con normalidad.

—Hola Ernesto, no te he visto en el sermón —dijo Nadia.

El herrero se disculpó al instante diciendo que tenía mucha faena pendiente, acercándose a alimentar el horno.

—Estaba con un grupo limpiando las calles cercanas de Muertos.

—Debe ser duro.

—Lo es.

—Esto no se parece a lo que pensábamos que sería, ¿verdad?

Hacía una semana que las campanas de la Catedral repicaron atrayendo la atención tanto de los Muertos como de los vivos, y aquello los había salvado. Cuando alcanzaron la zona segura sintieron un tremendo alivio por haber encontrado a otras personas dispuestas a ayudarlos. Aunque esa ayuda venía con un precio. Someterse a las normas de ese hombre que se había autodenominado el Padre y que reclamaba la Catedral como sede de la verdadera religión, que hasta la fecha a Nadia le parecía una variante dura del cristianismo.

—No, no lo parece. ¿Sabes que ahora estoy casado?

—¿Cómo? —exclamó Nadia, sin dar crédito a lo que oía.

—Todos los vigilantes tenemos que casarnos, así que ahora estoy casado con una chica a la que apenas he visto y a la que solo conozco de nombre.

—No sabía que... ¿cuándo ha ocurrido? —preguntó Nadia, tratando de cuadrar la información en su esquema mental.

—Ayer por la tarde. Nos casó un miembro de los doce en la sala Capitular. Discreto, rápido y en grupo. Una pena que te lo perdieras —comentó Ernesto con amargura.

—No me lo puedo creer.

—Sí. Al menos no nos obligan a vivir juntos. Las esposas, por un lado, los maridos, por otro, y cada uno a su trabajo. Mi nueva esposa tiene una habitación para ella sola. Desde ayer, todos los días tengo derecho a pasar una hora con ella en su dormitorio. Ya me han insinuado que debería dejarla embarazada dentro de poco.

—Eso parece como en las prisiones, un vis a vis...

—Es una maldita violación —interrumpió él—. Se espera que cada día durante una hora viole a una chica a la que no conozco. ¿Y sabes lo peor? La mayoría de mis compañeros están encantados con el cambio. Lo ven como una especie de recompensa. Un privilegio. Creo que eso es precisamente para lo que lo han hecho, para lo que sirve. Así nos mantienen contentos a los que nos jugamos la vida.

—Contigo no ha funcionado —dijo Nadia, horrorizada ante la revelación.

Ernesto se quedó mirando el muro de vehículos que se alzaba calle abajo.

—¿Tú cómo estás? —preguntó Ernesto.

—Limpio mucho. No paran de decirme que me una a un grupo de costura, pero no me apetece contarle a ninguna de las monjas que no sé coser. Seguro que si lo digo más de una explotaría, pero mientras siga limpiando todo irá bien.

Una voz la llamó en la distancia.

—¿Qué estás haciendo en la herrería? Ese no es lugar para ti. Vamos, ven aquí —dijo la monja conocida como Comadreja.

Nadia se despidió de Ernesto y obedeció, estaba de suerte porque Comadreja era la menos severa de todas las mujeres con hábito. Y mientras se acercaba se le ocurrió que podía utilizar aquello como excusa para contarle una idea que le estaba rondando la cabeza.

—Sí, lo sé, es que estaba pensando en recopilar las historias de la gente, de cómo han logrado sobrevivir y llegar hasta aquí. Algo inspirador, cómo unas crónicas de lo sucedido, algo que al leerlo nos ayude a superar el... el dolor... Podríamos imprimirlo en panfletos y publicar cada cierto tiempo.

La monja arrugó los labios en un gesto compasivo, casi amable, que no le había visto hasta ese momento.

—Lo entiendo, eres una chica inquieta y necesitas estar ocupada con algo, pero esa idea de ir aireando los malos recuerdos de los demás... no necesitamos eso ahora. Lo que necesitamos, lo que la gente necesita, es recuperar la fe en Dios. Esa es la única manera de curar el dolor. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo, claro que sí —dijo Nadia, que entendía que no querían ningún clavo sobresaliendo del resto—, pero había pensado que con un enfoque adecuado...

—Mira, soy paciente con vosotras porque sé que en parte no es culpa vuestra haber nacido en un momento tan permisivo, con tantas libertades y tan pocas obligaciones, pero no todo el mundo por aquí comparte mi visión de las cosas —su rostro se volvió más serio—. Eres lista, lo veo en tu mirada, así que seguro que te imaginarás que ir pregonando esa clase de comportamiento solo te puede traer problemas.

—Le aseguro que no intento causar problemas —Nadia no sabía en que podía desembocar ser tachada de problemática, pero no le apetecía averiguarlo.

—Lo sé, lo sé. Tú problema radica en el exceso de tiempo libre. Unas manos ociosas conducen a una mente ociosa y la mente ociosa es el taller del diablo. Recuerda que las cosas han cambiado. Dios nos ha mandado un mensaje alto y claro y es nuestro deber enseñarle, no solo que lo hemos escuchado, sino que también lo hemos comprendido y estamos preparados para purificar nuestros pecados. No te preocupes, te buscaré algo que te mantenga ocupada y que te quite esas tonterías de la cabeza —concluyó con una sonrisa y se marchó a toda maquina.

Por la tarde descansó un poco y hasta la noche ayudó a un par de compañeras del dormitorio a terminar de limpiar el nuevo edificio que estaba siendo ocupado por grupos de recién llegados.

Al acostarse se dio cuenta de que Luisa aún no había llegado y, cuando lo preguntó, ninguna de sus compañeras sabía dónde estaba. A la mañana siguiente, las sábanas seguían pulcramente estiradas sobre el colchón y la cama escandalosamente vacía.

Cuando se hicieron las ocho, ya en busca de su desayuno, Nadia fue interceptada por la monja Comadreja que llegó a toda velocidad, con las mejillas encendidas y los ojos chispeando.

— Ya lo he arreglado todo.

— ¿El qué? — preguntó Nadia.

— Tú problema — dijo la monja, dándole un golpecito en el hombro—. Esta noche, una hora antes de la cena, quiero que te reúnas conmigo en la sala Capitular.

— ¿Para que tengo que ir a la sala Capitular? — preguntó, sintiéndose de repente un poco mareada.

— ¡Es una sorpresa!

Aquello no podía ser verdad. La muy entrometida la había prometido con alguien y no solo eso, estaba entusiasmada con la idea de hacer de casamentera ¿Por qué demonios le había hablado a aquella chalada de su idea? ¿Cómo demonios se había metido en aquel lío?

Le estuvo dando vueltas y vueltas al tema durante el sermón tratando de buscar una solución alternativa. Incluso barajó la posibilidad de marcharse de allí, tal vez en busca de sus padres, pero aquella parecía una odisea imposible para ella sola. Tal vez Ernesto, quién también estaba a disgusto, accediera a acompañarla. Con él sí que se atrevería a marcharse, y lo estuvo buscando a lo largo de toda la mañana sin ningún éxito.

Las horas seguían transcurriendo, acercándola a la hora prevista por la monja. Y entonces, en un ataque de desesperación en que se

abofeteó la cara, tuvo una idea. Era una locura, pero una locura que podría salvarla de que la convirtieran en un trofeo para los tipos duros. Aunque para ello necesitaba a otra monja que no fuera la Comadreja.

Y la primera que se cruzó por su camino fue la monja Bigotes.

Nadia le habló de su experiencia con Dios durante el sermón de la mañana. El éxtasis vivido, la certidumbre y el destino que había vislumbrado gracias a las palabras del Padre. Oh, había sido algo maravilloso que no quería que terminara jamás, porque por fin, lo comprendía; comprendía que era un ser egoísta, pecador y débil, pero también comprendía que Dios la perdonaría si ayudaba a los demás, no solo barriendo y fregando, sino sometándose y sirviendo, sirviéndole de corazón... tal y como ellas lo hacían.

Capítulo 14: Ernesto

Aquella mañana el sol calentaba a los vigilantes sentados en el patio interior de la Puerta de Hierro, la que comunicaba con la plaza de la Reina. Eran diez y se iban turnando por parejas para encargarse cuando llegaba uno de los Muertos y se pegaba a los barrotes en un vano intento por alcanzarlos.

El procedimiento era sencillo. Uno agarraba al Muerto por las muñecas estiraba hacia el lado interno de los barrotes, presionándolo contra los hierros. Entonces, el compañero colocaba un largo clavo de hierro en la comisura interior de unos de los ojos, golpeaba con un martillo y el Muerto, finalmente, acababa muerto.

— Ernesto... José... os toca — dijo Rodrigo, el vigilante en jefe de aquel pelotón.

— No hay problema — dijo José que ya se había incorporado—. ¿Hago lo honores, Ernesto?

Este asintió, aceptando su iniciativa de empuñar el clavo y el martillo.

Al despertar aquella mañana la migraña se había sentado sobre su frente, lista para recordarle que nunca lo dejaría solo, que tal vez se marchara cuando tuviera cosas mejores que hacer, pero que siempre regresaría para que no olvidara que la vida era dolor.

De forma que solo quería que aquella mañana terminara cuanto antes. Aun así, se colocó el guardapolvo de plástico, los guantes y la máscara transparentes que lo protegía de entrar en contacto con la sangre.

Ya, al acercarse, Ernesto notó algo extraño en el Muerto. No se agitaba, ni estiraba los brazos, ni sacudía las mandíbulas. Solo estaba allí parado, mirándolos.

— Esto será fácil. Está tranquilo — dijo José con entusiasmo y Ernesto pensó que nunca se había cruzado con uno tranquilo y aquello lo preocupó más que si lo hubieran encontrado escupiendo sangre y gritando como un loco.

Se acercaron y, cuando iban a iniciar la maniobra, el Muerto dio un paso hacia atrás. Miraba a Ernesto directamente a los ojos y en aquel momento habría jurado, si no fuera por las terribles cicatrices que le desfiguraban el rostro, que le estaba sonriendo con burla. Se giró y se alejó unos metros dejándoles estupefactos.

— ¡Qué hijo de puta! — dijo su compañero.

Regresaron con los demás y comentaron que eran como bestias. Antes de que transcurriera un minuto allí estaba de nuevo, asomándose por entre los hierros.

Repitieron el proceso y, al aproximarse, el Muerto volvió a retroceder y en aquella ocasión Ernesto lo supo. No solo sonreía con burla, el muy cabrón se lo estaba pasando genial a su costa. La idea de que pudieran elaborar esa clase de comportamiento sin perder su voracidad ni esa inclinación salvaje resultaba escalofriante.

En esta ocasión se marchó y ya no volvieron a verlo, ni a ese Muerto, ni a ningún otro en su turno.

Durante el almuerzo el jefe de grupo les explicó que tendrían que limpiar la plaza de la Virgen de Muertos porque iban a sellar las calles de alrededor para celebrar un evento muy especial por la noche.

Fue una tarea sencilla porque no encontraron a ninguno, así que ayudaron a montar las barricadas. Un trabajo apresurado y no muy sólido — algunos segmentos se levantaban a base de palets de madera o neumáticos —, pero bastaba con tapar los huecos con telas; si no se llamaba la atención de los Muertos estos los dejarían en paz. Tuvieron que darse prisa porque con la caída de la tarde comenzaron a llegar grupitos de infectados merodeando por los alrededores.

Durante la jornada Ernesto se encontró con un hombre a quién no había visto antes y que parecía encantado de poder entablar conversación.

— Antes trabajaba de explorador.

— En serio. ¿Y eso en que consiste? — preguntó Ernesto, extendiendo unas telas de plástico negro para cubrir uno de los segmentos que ofrecía mayor visibilidad de la plaza desde el exterior.

— Básicamente os hacía la vida más fácil. Me encargaba de localizar a los grupos grandes de Muertos y alejarlos de la Catedral.

— Parece algo muy jodido.

— Lo es... pero no tanto — añadió quitándole importancia — te sorprendería saber lo que se puede lograr con una moto rápida y un radiocasete a todo volumen. Con el último trabajo me he ganado unas buenas vacaciones. Aquel grupo era enorme, prácticamente un ejército. Jamás había visto a tantos juntos, daban auténtico terror, te lo aseguro.

— No me habría gustado estar en tu pellejo — dijo Ernesto.

— Puedes jurarlo — convino el explorador.

— ¿Y hacia dónde lo desviaste?

— Pues de normal es que lo desviara hacia las afueras, aunque en esta ocasión recibí ordenes de los de arriba de conducirlos hasta las Universidades, no a las de Blasco Ibáñez que están en plena ciudad, sino a las que están en la Avenida de los Naranjos.

— ¿Y eso por qué?

— Ni idea, amigo, yo solo soy un mandado. Las cabezas pensantes son las que están en comunión con Dios.

— ¿De verdad crees eso? ¿Qué están en comunión con Dios?

El explorador se quedó mirándolo, como si lo estuviera evaluando y midiendo las palabras que diría a continuación.

—Creo que todo este tema de los Muertos nos ha hecho retroceder cientos de años. Y creo que, si el Padre y el resto de los Hermanos tienen un plan para imponer un poco de orden, pues... ¿quien soy yo para negar tal cosa?

Hablaron un poco más del día a día y pronto llegó la hora marital. Ernesto acudió al encuentro de su esposa con menos ganas de las que acudiría al encuentro de los Muertos.

Su esposa, una chica joven que no tendría más de veinte años, esperaba tumbada en la cama, desnuda, y con las extremidades más rígidas que unos tablones de madera.

—Te estaba esperando, esposo— dijo ella, tan tensa que apenas pudo pronunciar las palabras.

El cerró la puerta y se sentó en la cama.

—Mira, relájate, no podemos hacer esto.

Ella alzó la cabeza y por un momento pareció horrorizada.

—Tenemos que hacerlo. Me han explicado que eso es lo que Dios quiere de mí. Tenemos que traer nuevos niños al mundo. Es nuestro deber y no podemos faltar a Dios.

Ernesto suspiró. Su esposa era una mujer, era joven, y era una beata, y ninguna de esas tres cosas se ajustaba a sus preferencias.

—Nadie tiene porqué saber lo que pasa en esta habitación, es cosa nuestra, al fin y al cabo, somos un matrimonio y tenemos derecho a tener nuestros secretos.

Ella pareció cavilar sobre sus palabras y frunció la boca.

—Dios sí que lo sabría... Y cuando me pregunten si he cumplido con mi deber no sería capaz de mentir.

Aquello lo exasperó y suspiró agotado, hartado de tener que estar jugando con las reglas de otros. Entonces notó que su esposa estaba acariciándole la entrepierna y esta por su parte no parecía dispuesta a responder a ninguna solicitud.

Recordó al herrero, sus brazos y aquellas manos fuertes, y la presión en los pantalones se fue incrementando. Su esposa siguió masajeando con ganas, azuzada por el éxito inicial.

— Apaga la luz —le pidió Ernesto sin abrir los ojos y ella obedeció apagando la vela que había junto a la mesita de noche. El dormitorio se quedó sumido en penumbras. —Date la vuelta, por favor.

— ¿Cómo? ¿Así? —preguntó ella tras una vacilación.

Él tanteó con las manos y dijo que sí, que estaba bien así. Dejó que la imaginación volara y luego pensó que por la noche todos los gatos son pardos, y que lo mismo sucedía en las habitaciones en penumbra.

Al cabo de un rato abandonó a su esposa que ya estaba dormitando en la cama y en el vestíbulo del edificio se encontró con algunos de sus compañeros de vigilancia que le silbaron como si hubiera acometido alguna proeza y, aunque hasta cierto punto aquello era cierto, no se correspondía con lo que ellos imaginaban.

Al llegar a la plaza de la Virgen le llamaron la atención los tres postes de madera que quedaban tras el Padre, pero en ese momento no les confirió ninguna importancia en particular. Era el quien sacerdote acaparaba las miradas. Siempre le impresionaba y le inquietaba el porte del Padre a quien parecía rodearlo un aura de severidad. En aquella ocasión vestía con un traje negro que lo hacía parecer más temible. Se alzaba como una estatua sagrada muy por encima de las seis figuras encapuchadas tras él y sus ojos destilaban fervor en cada movimiento y en cada palabra.

El sermón ya había comenzado y la multitud contemplaba embelesada al Padre. Había advertido esa misma mirada durante los sermones en la Catedral, aquel era su público, y sabía qué cuerdas tocar para hacerlos bailar a su ritmo.

— ¡Hemos olvidado porqué estamos aquí! Incluso hoy, amigos, hermanos, lo hemos olvidado. Sabemos que Dios ha lanzado una plaga sobre nosotros y todavía hay algunos que no se doblegan a su voluntad, que luchan contra su señor y cometen los mismos errores.

¡Pero nosotros corregiremos esa falta! ¡Esta noche brillará la pureza de nuestros corazones y derrotaremos el pecado!

Hubo un clamor general y de la Puerta de los Apóstoles más miembros encapuchados entraron en escena, llevando de los brazos a tres personas con un saco sobre la cabeza. Ataron a cada una en uno de los postes y Ernesto advirtió que para hacerlo hubo que obligarles a que se subieran en una especie de escalón, que en realidad era una pila de madera.

Uno de los hombres encapuchados le quitó el saco de la cabeza a la primera figura.

—¡Esta desagradecida ha maldecido el nombre de Dios, aun cuando él en su bondad le permitió llegar hasta nosotros! ¡Es una blasfema! —gritó señalándola. Era una chica, alta y flaca, que lloraba y se sacudía mirando aterrorizada a la multitud.

Algunas voces corearon insultos y la gente fue acercándose un poco más, seguramente para descubrir si la reconocían. Tal vez se la habían cruzado durante las comidas o los rezos, tal vez, incluso habían hablado con ella. Ernesto también se aproximó. La chica parecía querer hablar, pero se mantenía en un estoico silencio y entonces comprendió que no era algo voluntario. Le habían cosido los labios.

Liberaron la segunda capucha y Ernesto distinguió el rostro del herrero, aquel rostro tan bien formado, aquel hombre con quien había fantaseado en la discreta oscuridad del lecho marital.

—¡Un sodomita! ¡Es por él, por pecadores como él, que Dios mandó la plaga! —exclamó de nuevo el Padre.

Y en esta ocasión la masa de gente se animó en una perorata de insultos, en un sincero deseo de que los fuegos del infierno lo abrasaran por toda la eternidad. El entusiasmo pareció complacer al Padre. Su rostro se retorció en una mueca de asco y siguió gritando.

—¡Y aquí tenéis a la peor de todas! ¡La loba con piel de cordero! ¡Aquella que corrompe y se burla de nuestra fe! ¡Una hereje! ¡Una mentirosa! ¡La zorra del Enemigo!

Hizo un gesto al encapuchado y la multitud gritó enaltecida, furiosa, y extasiada, cuando el saco se liberó, mostrando a Nadia. Ernesto intentó avanzar en cuanto la vio, pero la multitud actuaba como un muro de carne infranqueable. Se empujaban y balanceaban, golpeaban el aire con el puño; exigían un castigo, exigían sangre.

Escupían odio y balbuceaban insultos que en circunstancias normales los habrían hecho enrojecer de vergüenza. Proyectaban toda la rabia y todo el dolor acumulado. Y Ernesto temió que la multitud se abalanzara sobre los tres condenados y los desmembraran allí mismo, en una especie de regresión salvaje no muy distinta a la de los Muertos.

—¡Solo el fuego puede limpiar su pecado! —gritó el Padre.

La multitud no necesitó más pistas. Los gritos de “quemadlos, quemadlos, QUE-MAD-LOS”, se elevaron como una única voz.

Ernesto salió corriendo en dirección contraria, no pensaba permitir que aquello ocurriera. Se habían vuelto locos, todos ellos, y no importaba si tan solo era algo temporal, y más tarde se arrepintieran y lo lamentaran. Iban a ejecutarlos, iban a incinerar a aquellas tres personas (a Nadia, por Dios) tal y como se había asesinado en los tiempos de la Inquisición.

La atención de los asistentes y de los vigilantes estaba concentrada en aquel espectáculo, pues Ernesto intuía que el auténtico motivo del Padre no consistía en castigar porque el pecado fuera grave, sino porque la gente necesitaba una vía de escape, una cabeza de turco a la que odiar. Y al mismo tiempo los hacía partícipes del crimen para que así compartieran aquel pecado, aceptado y comulgado, uniendo todavía más aquella comunidad de monstruos humanos.

Que se jodieran todos ellos, porque no les iba a dar el gusto.

Se acercó al muro levantado en el límite de la calle Navellos, al segmento que consistía en dos columnas de palets de madera. Apartó la tela negra que los cubría y comenzó a tirar de ellos. Los gritos de los fanáticos debían haber llamado la atención de los Muertos porque lo que antes eran grupos dispersos había pasado a

ser una horda cuyo número se perdía en la distancia. Se acercaron al percatarse del ruido y durante unos segundos pareció que Ernesto y el Muerto más cercano fueran viejos amigos en que cada uno acudía al encuentro del otro.

En el último instante Ernesto retrocedió y corrió de nuevo a la plaza. Los devoradores de carne a su espalda, entrando en la fiesta de uno en uno, con la prisa de quien llega tarde a una cita importante.

Uno de los postes, el de la chica, iluminaba la noche. El hilo con el que le habían cosido la boca se debía de haber consumido con el fuego, porque sus alaridos habían callado a la multitud de los elegidos, repentinamente dóciles.

Cuando estaba llegando a la puerta de los Apóstoles el segundo poste comenzó a arder y las llamas treparon por el cuerpo del herrero, lamiéndole la ropa, oscureciéndole la piel, hasta que alcanzaron el rostro y sus gritos retomaron la canción de la chica en el mismo punto en que ella lo había dejado.

Alguien gritó al darse cuenta de que los Muertos habían entrado en la zona segura, probablemente, porque le estaban arrancando la garganta de un mordisco.

La multitud que clamaba pidiendo sangre salió de su estupor para convertirse en un nuevo tipo de multitud, aquella que huye despavorida cuando su sangre es la que está en juego.

Ernesto los esquivó como pudo tratando de alcanzar el único poste que se mantenía incólume a las llamas. Por ninguna parte se veía al Padre y a los miembros encapuchados que lo acompañaban y Ernesto estaba seguro de que habrían escapado al interior de la Catedral por la puerta de los Apóstoles, la puerta que, por cierto, estaba cerrada al resto de fervientes seguidores. Vio alivio en los ojos de Nadia cuando llegó hasta ella.

Sacó una navaja y cortó las cuerdas con rápidos movimientos de muñeca intentando no pensar en el cuerpo ennegrecido, calcinado, el poste todavía en llamas, que quedaba a escasos metros a su

izquierda. No podían entretenerse porque los gritos a su espalda le decían que los Muertos estaban haciendo lo que mejor sabían hacer, y que antes o después alguno se encapricharía con ellos.

Liberó a Nadia de las ataduras y, al girarse, vio el avance imparable de la muerte en los cientos de criaturas que ya ocupaban la plaza y Ernesto se preguntó como podrían sobrevivir a aquello; como alguien podría sobrevivir a aquello.

Capítulo 15: Khalid

El griterío y la desesperación inicial de los supervivientes fue remitiendo al cabo de unos minutos. Pronto el ensordecedor silencio que llegaba desde el exterior se filtró por los pasillos y los salones, acallando las voces y los llantos hasta quedar mudos, expectantes ante un ataque que no se producía.

Hacía tiempo que los militares habían bloqueado las puertas giratorias que normalmente habrían dado acceso al enorme vestíbulo de la facultad de magisterio. También habían tapado con cartón, tablonos, e incluso tela, las paredes acristaladas de la entrada principal y los accesos laterales para evitar atraer la atención de los Muertos al interior del edificio. Los paneles de vidrio, que sin duda eran muy resistentes y ante un ataque con las manos desnudas ofrecían una defensa más que adecuada, de repente parecían frágiles y totalmente insuficientes para protegerles de lo que se avecinaba.

Ante la ausencia de una salida, Julia les ordenó que se prepararan, y tanto Laura como Khalid obedecieron. Habían repasado el plan de contingencias en numerosas ocasiones y el primer paso era vestirse con la ropa apropiada. Ropa resistente a los mordiscos: pantalones vaqueros y chaqueta a juego abotonada hasta el cuello, calcetines gruesos y guantes. En su momento parecía una buena idea, pero un solo vistazo al exterior bastaba para darse cuenta de que esa protección apenas sí marcaría la diferencia.

El siguiente paso consistía en armarse y esto si le produjo una mayor seguridad a Khalid. Siempre llevaba consigo la navaja multiusos, que tan útil le había servido en el pasado, y ahora del cinturón le colgaba también el cuchillo militar, y pensó que en aquel momento habría preferido algo más grande, como un machete. Vio como su madre adoptiva se ajustaba la funda de la pistola de pernos y de debajo de la cama sacaba un flagrante bate de béisbol de brillante y pálida madera del que él no había sabido nada hasta ese

momento. A continuación, su madre le entregó a Laura la *stun gun*, aquella pistola eléctrica que funcionaba presionando directamente sobre la piel y la chica la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, sin querer saber mucho más del arma.

Sacaron la mochila con la comida de debajo de un montón de ropa. Aquello fue una idea de Khalid. Por cada paquete de comida entregado por los militares, cada uno de ellos guardaba algo, una lata de atún, una bolsa de galletas, un sobre de sopa, lo que fuera, y lo guardaban para futuras emergencias. Y la emergencia ya estaba allí, así que repartieron el contenido en tres mochilas y cada uno se colgó la suya a la espalda.

Lo habían planificado de forma que, si necesitaban huir ante un ataque de los Muertos, utilizarían la salida más alejada al problema, probablemente una de las puertas laterales del edificio, pero el problema los tenía completamente rodeados.

—Debemos bajar a la entreplanta y ver qué pasa —dijo Khalid. Si existía alguna posibilidad de escapar de aquella situación era sabiendo por dónde se creaba una salida y los pasillos de la entreplanta permitían ver a la perfección el vestíbulo del edificio. Seguramente era allí donde los militares se concentrarían en caso de que los Muertos atravesaran las puertas.

—¿No es mejor que nos quedemos aquí y dejamos que los soldados se encarguen? —replicó Laura, a quién no parecía gustarle nada en absoluto la idea de acercarse.

Julia los contempló momentáneamente indecisa, considerando las opciones.

—Por el momento bajaremos a la entreplanta.

Al llegar, se encontraron que la mayor parte de los soldados estaban concentrados allí, en la pasarela desde la que se observaba la pared acristalada y las puertas giratorias de la planta baja. El coronel de desplazaba de un lado a otro recordándoles a sus hombres que mantuvieran la calma; ellos tenían la ventaja de estar atrincherados en el edificio y disparar a los Muertos a la cabeza desde aquella

posición elevada sería coser y cantar. Se detuvo cuando llegó un soldado a la carrera desde el otro extremo del pasillo y le informó de algo.

Julia avanzó, Khalid y Laura tras sus pasos, hasta el coronel que ya estaba despidiendo al soldado.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —dijo el coronel y a Khalid le pareció percibir un sincero y preocupado enojo en sus palabras.

—Queremos saber qué está pasando —respondió Julia.

—Este no es el momento ni el lugar para pasear o curiosear.

—Ahora mismo, con los invitados de ahí fuera, ningún lugar ni momento es bueno para pasear —replicó ella, inflexible.

El coronel suspiró exasperado.

—Haz lo que quieras, pero no molestes a mis hombres. ¿Está claro?

—Clarísimo. ¿Cómo está la situación?

El rostro del militar se ensombreció y antes de dirigirse a Khalid y Laura hizo un gesto en dirección al rellano que quedaba frente las puertas de los ascensores.

—Esperad allí un momento, ¿vale? Tengo que hablar con vuestra madre.

Laura se cogió de la mano de Khalid y obedecieron al coronel. Una vez detenidos frente a aquellos inútiles ascensores que ya no funcionaban, Khalid percibió las sacudidas de Laura. Estaba temblando y cuando se miraron a los ojos el chico vio el pavor de la muchacha y la abrazó. Se acercó a su oído y le prometió que todo saldría bien, no dejaría que le pasara nada malo. Aquello pareció calmarla y cuando alzó el rostro ella le dio un beso en la mejilla. Los labios de Laura estaban húmedos por las lágrimas y una gota de mucosidad transparente caía desde una de las fosas nasales, pero a Khalid no le importó ninguno de aquellos detalles. El beso ardía igual que un sol, que un millar de soles, en su mejilla.

—Gracias por estar a mi lado —le dijo ella y el pecho de Khalid se hinchó con una fuerza extraña y desconocida, una fuerza que no parecía surgir de él, sino que le era proyectada desde el exterior como un pilar de energía inagotable y, por primera vez desde que el ejército de los Muertos se había detenido frente al edificio, pensó que había esperanza, que lograrían salvarse. No importaba lo que sucediera, ellos lograrían salvarse, porque...

La magia se desvaneció cuando alguien silbó.

—Eh, Casanova, será mejor que tú y tu novia os vayáis al piso de arriba —dijo un soldado y varias risas cercanas acompañaron al comentario.

Los dos muchachos se sonrojaron y caminaron incómodos hacia el pasillo que quedaba entre ellos y Julia, que ya estaba regresando.

—¿Estáis bien?

Ellos asintieron sin dar más explicaciones de lo sucedido.

—El coronel me ha contado que ha improvisado barricadas en las escaleras y que también tiene soldados allí apostados.

Aquello debía de haberlos tranquilizado, aunque a Khalid, que conocía cada palmo de la facultad, tan solo logró preocuparlo todavía más. Había cuatro escaleras, una en cada esquina del edificio, y si los Muertos entraban todos a la vez bastaba con que se abrieran paso por una sola de ellas para recorrer el edificio a sus anchas e incluso atacar por los flancos a los soldados de aquella misma planta.

Un parloteo nervioso se estaba contagiando entre los soldados y los tres se asomaron por la barandilla, mirando en la misma dirección a la que todo el mundo había dirigido su atención. Los Muertos se movían. El centro de la masa que aguardaba en la plaza, y que hasta escasos segundos no se había desplazado en absoluto, comenzó a separarse dejando un corredor central.

—¡Silencio todo el mundo! ¡Mantened la calma!

La orden del coronel tuvo un efecto instantáneo y el silencio, el terrible silencio, regresó solo para ser interrumpido por un nuevo y viejo sonido, uno muy fácil de reconocer, porque era el sonido de un motor.

—¿Oís lo mismo que yo? ¡Es un vehículo! ¡La caballería ha llegado, estamos salvados! —dijo un soldado, casi riendo de la alegría, y aunque algunos de sus compañeros compartieron el entusiasmo muchos todavía miraban tensos hacia el exterior.

Khalid se dio cuenta de que el coronel tenía el rostro fruncido, pálido, y sus manos se cerraban como tensas garras alrededor de la barandilla.

El sonido del motor creció con un súbito rugido y el vehículo excavador, cuyo color amarillo destacaba por encima del ejército de Muertos como fuegos artificiales en la noche, se colocó al comienzo del corredor que se había abierto entre las filas de los devoradores de carne.

La enorme cuchara dentada de la excavadora se alzó como una bayoneta, dispuesta para empalar cualquier cosa que se pusiera por delante de su camino. El vehículo escupió una nube de humo negro cuando se puso en marcha de nuevo y cargó imparable hacia el muro de cristal.

El panel de vidrio estalló en una lluvia de diamantes cuando la excavadora lo atravesó y siguió avanzando por el vestíbulo.

—¡Fuego! ¡Disparad! —gritó el coronel Adrián.

La orden llegaba demasiado tarde porque la excavadora ya había abandonado el idóneo centro del vestíbulo, dónde habría sido un objetivo fácil, y se dirigía hacia una de las entradas laterales del edificio.

Los disparos comenzaron a impactar en la parte trasera del vehículo y en la cabina del conductor, aunque no por mucho tiempo ya que desapareció al reventar otro de los paneles acristalados. En cualquier caso, los soldados no tardaron en estar demasiado

ocupados con la horda de Muertos que entraba a raudales por el hueco abierto en el edificio.

Las ráfagas de los soldados los iban abatiendo conforme entraban y en cuestión de segundos la explosiva música de los fusiles convirtió el edificio en un pandemónium. Los Muertos avanzaban, eran derribados, se levantaban de nuevo e intentaban alcanzar las escaleras hasta que alguna bala les impactaba en el cerebro. Los infectados comenzaron el asalto por los laterales y nuevos instrumentos se unieron a la orquesta, tocando la misma canción, aunque en esta ocasión desde las escaleras.

Llegó un momento en que el número de Muertos superó con creces al de aquellos que eran derribados y el coronel hizo una señal a un par de soldados. Julia cubrió con su cuerpo a Khalid y a Laura y los apartó contra la pared antes de que el vestíbulo estallara con sendas granadas.

Después de aquello, Khalid cogió a su madre adoptiva y a Laura de la ropa y tiró de ellas con todas sus fuerzas hacia el vacío corredor que concluía en unas de las escaleras.

—¡Vamos, vamos! —gritó y siguió tirando hasta que los tres recuperaron el equilibrio.

Estaban todavía avanzando a trompicones cuando la puerta que daba acceso a las escaleras se abrió y un soldado resbaló a escasos metros de ellos, cayendo de bruces. Tras él se alzaba uno de los Muertos, desnudo de cintura para arriba, enarbolando un hacha que descendió como si estuviera cortando leña. La columna del soldado se quebró con la misma facilidad que la madera. El rostro de la criatura se giró hacia Laura y Khalid con un gesto que prometía tener más de lo mismo, mucho más sin duda, reservado para ellos.

Julia logró que el infectado torciera el rostro ciento ochenta grados cuando le bateó la cabeza con un golpe que habría dejado en ridículo a muchos de los profesionales del béisbol. Khalid se apresuró con el cuchillo y lo clavó en la nuca del infectado. Le sorprendió mucho la facilidad con que la hoja se deslizaba entre las vértebras y dejaba completamente inerte el cuerpo del condenado.

—¡Corred! —gritó Julia sin dejar de señalar a las escaleras que ascendían, pues desde la parte de abajo se adivinan las formas de nuevos e indeseados invitados.

Huyeron hacia arriba a sabiendas de que la única escapatoria era huir hacia abajo. Cada paso y cada escalón los alejaba un poco más de cualquier posibilidad de sobrevivir. Dejaron atrás la primera planta, donde estaba localizada la enfermería.

Cuando estaban atravesando el rellano de la segunda planta Khalid detuvo a Julia y a Laura. Había escuchado unas palabras en su cabeza y al principio no entendió lo que querían decir. La voz que emitió esas palabras se parecía en parte a Sombra y en parte a él mismo y un relámpago de claridad lo atravesó. Supo que aquella voz era él, todo él; no solo un fragmento o un collage de pedacitos de Khalid, era la suma definitiva de su vida, con cada luz y con cada pedazo de oscuridad, con los recuerdos que mordían y los que le daban fuerzas para seguir adelante. Y esa voz ya había pensado en cómo sobrevivir un día más.

—Por aquí, seguidme, es por aquí —e intentó tirar de Julia, aunque apenas consiguió moverla.

—¡Khalid, para! Tenemos que seguir subiendo. Pronto nos alcanzarán.

—No, no, confiad en mí, conozco un sitio donde no nos encontrarán. Si seguimos subiendo nos quedaremos atrapados.

La seguridad con que habló logró torcer, aunque solo fuera un poco, la recia determinación de Julia.

—¿De verdad conoces una salida?

—Sí, sí, pero tenemos que darnos prisa, antes de que sea demasiado tarde.

Las llevó hasta los ascensores, se acercó a una de las puertas y tiró de una de ellas que se abrió un poco, momento en que el chico les pidió ayuda.

—Khalid, los ascensores no funcionan —dijo Julia, apesadumbrada.

—Ya lo sé, pero aquí hay una de las cabinas y podemos esperar dentro hasta que los Muertos se hayan marchado.

—Es verdad, mamá, puede que no nos encuentren ahí si cerramos desde dentro.

Aquella frágil idea fue ganando en consistencia y Julia asintió varias veces.

—Puede funcionar... puede funcionar...

Y los tres tiraron con fuerza de la puerta. Esta cedió desvelando la oscura, estrecha, y larga cabina del ascensor. Al fondo distinguieron unos paquetes apilados que subían prácticamente hasta el techo. Julia ya estaba empujado al interior del ascensor a Laura y a Khalid cuando alguien a sus espaldas los interrumpió.

—Mira tío, una conejita a descubierto nuestra madriguera —dijo una voz.

Al darse la vuelta vio a dos soldados que acudían al trote con las mochilas de campaña a la espalda.

—Parece que quiere robarnos nuestro escondite, doctora —dijo el segundo de los soldados con voz grave.

Desde el fondo del ascensor Khalid reconoció al instante las voces, pertenecían a los soldados a los que había escuchado conspirar en unas escaleras antes de que se produjeran los ataques.

Julia lanzó una mirada rápida al ascensor y luego de nuevo a los soldados.

—No sabíamos que era vuestro, pero cabemos todos...

—Me parece que no, estaríamos demasiado apretados —dijo el de la voz grave—. Saque a los críos antes de que me cabree, no tenemos tiempo para tonterías.

—Oye y si dejamos que se quede la chica —sugirió ansioso el otro soldado que estaba mirando a Laura.

—No, joder, no podemos correr riesgos —respondió tajante el segundo.

—Ya, pero...

El de la voz grave compuso un gesto de hastío y estaba desenfundando la pistola —había comenzado a levantarla hacia delante sin apartar todavía la mirada de su compañero— cuando Julia arremetió con el bate de béisbol golpeando la mano del soldado.

Este aulló de dolor y la pistola salió disparada fuera del estadio, o habría salido si no fuera porque aquello no era un estadio y el techo la detuvo y la hizo rebotar hasta la puerta de una de las aulas vacías.

—¡La muy puta! —gritó el soldado antes de darle una patada en el vientre que la hizo doblarse, caer de rodillas, perdiendo el aliento y el bate con que acababa de romperle la mano.

En esos escasos segundos Khalid surgió del ascensor a la carrera, con la cabeza gacha, el cuerpo inclinado y hacia delante, al estilo de Sombra, y sintió cierto regocijo depredador cuando el otro soldado colocó las manos para detenerlo, como si el no fuese más que un chiquillo indefenso en mitad de una rabieta.

Khalid se arrojó con las rodillas por delante, pasando por debajo de los brazos del soldado, y este último atisbó algo que destellaba con un brillo metálico. Pero ya era demasiado tarde porque, cuando su cerebro comprendió que se trataba de un cuchillo, el arma en cuestión ya se había alojado en sus tripas y tiraba de ellas hacia fuera, desgarrando la pared abdominal.

El segundo soldado, que no daba crédito a sus ojos, le dio un calculado revés al muchacho con la mano buena y en cuanto este cayó de espaldas se le acercó y comenzó a darle pisotones en la cabeza. La nariz de Khalid se rompió y la sangre manó a borbotones.

Mientras, el soldado caído, se sujetaba las tripas entre espasmos, las intentaba agarrar y volver a introducirlas al lugar de dónde nunca deberían haber salido.

Khalid levantó los brazos en un fútil intento por protegerse y el soldado de la voz grave le clavó el talón en el estómago.

—Pequeño hijo de puta, te vas a enterar, vas a saber lo que es bueno —dijo el soldado y se detuvo solo un momento para recoger el bate de béisbol. A continuación, se colocó junto al muchacho, alzó el bate como si se tratara de un martillo y la cabeza del muchacho un clavo que necesitara urgentemente hundirse en el suelo.

Un zumbido violento mordió la espalda del soldado y este se desplomó. Los pantalones se le oscurecieron en la pernera y al girarse entre sacudidas vio a Laura.

—Maldita perra, te voy...

Volvió a clavarle la *stun gun*, en esta ocasión en el pecho, y la dejó allí, zumbando con aquel brillo azulado. El aire se impregnó de olor a ozono y pelo quemado.

—No pares —dijo Julia que ya estaba incorporada—, no te detengas.

Su hija obedeció. El soldado se retorció como una lombriz y no tardó en unirse a la amalgama de olores el de los excrementos recién fugados de los intestinos.

Khalid respiraba por la boca, le dolía terriblemente la cabeza, y tenía la sensación de que la nariz había triplicado su tamaño. Cuando logró incorporarse vio como su madre adoptiva apoyaba la pistola de pernos de la enfermería sobre la cabeza del soldado que lo había molido a golpes. Hubo un mudo restallido y la cabeza de este salió propulsada contra el suelo. Laura dijo algo, pero Khalid no la entendió. Notaba su brazo alrededor del cuello y los hombros, su cuerpo que lo ayudaba a moverse y no necesitó saber nada más cuando se introdujeron en la cabina del ascensor.

Escucharon un segundo restallido y Khalid se sentó en el suelo. Julia estaba con ellos, tirando de la puerta para cerrarla. La luz que atravesaba el umbral se recortó en dos ocasiones y en la tercera, quedaron solos en la oscuridad.

El Advenimiento: Román (3)

Mejor reinar en el Infierno, que servir en el Cielo.

El paraíso perdido, John Milton

El sueño se enroscó en sí mismo, retorciéndose y crujiendo como las raíces de un árbol reseco que busca desesperadamente agua. Los patrones obsesivos alcanzaron la cúspide de la demencia y el soñador —que en realidad no sabía que estaba soñando— pensó que faltaba poco para alcanzar la verdad, la sublime verdad, en que se desvelaba cómo la realidad no era más que un burdo escenario de teatro y cómo, al observar desde la distancia ese escenario, se sorprendía de no haberse dado cuenta de que todo era *attrezzo*.

Su casa, su vida entera, estaba allí, justo allí encima, representada. Pero ahora podía distinguir cada detalle con una claridad que arañaba los sentidos y la razón. Los muebles eran de cartón pintado. Cada título y cada premio, colgado en la pared, no eran más que garabatos ininteligibles que bien podrían haber sido trazados por la mano de un niño. Se trataba de una pantomima. Su mujer y su hija, por supuesto, también estaban allí; aunque ya no podían engañarlo, ellas no eran nada más que simples muñecas, parte del decorado de su vida.

La joven daba saltitos por el salón, pero en realidad no eran saltos, sino que se elevaba y volvía a bajar, impulsada por unos hilos que brotaban de la cabeza, las muñecas y las piernas, y se elevaban hacia arriba donde un titiritero invisible tiraba de ellos a su antojo. Aquella cosa tan superficial, tan desconocida, no podía ser su hija, y tal vez no fuera así. Al fin y al cabo, solo la madre podía estar al cien por cien segura de que suyos eran los hijos. ¿Y qué le quedaba al padre? Confiar. Confiar en que la furcia de su esposa no se hubiera abierto de piernas para cualquier otro.

Y sí, cómo no, allí estaba la gran puta de Babilonia. Agitando las caderas articuladas, lanzando sonoros besos, emperifollada con un maquillaje chillón y él (a quién le habían puesto la etiqueta de Román, como a un perro se lo colgarían en un collar) no entendía cómo en el pasado se había sentido atraído por aquella vulgar y asquerosa muñeca sexual. Pues no pasaba nada, porque ellas, al igual que todo lo demás, eran simples y llanas mentiras y él iba hacia algo más puro; él caminaba, no, volaba como un misil teledirigido, hacia un destino superior.

Si lograba alejarse un poco más del escenario, sólo un poco más, tal vez alcanzara la puerta de salida de ese teatro de marionetas, y entonces le sería revelada la verdad última y la gloria.

Pero cuando estaba llegando a la puerta ésta se abrió de golpe empujada por un viento huracanado que irrumpió en la vacía sala de teatro. Las paredes, el techo y el suelo, temblaron con el rítmico sonido de las palas del helicóptero. Una mano lo zarandó por el hombro. Doctor. Despierte...

— ...doctor, estamos llegando — dijo el agente especial Parker, prácticamente pegado a su oído.

El primer impulso de Román fue darle un manotazo a Ojos claros y gritar a todo pulmón: *¡Quita tus sucias patas de encima, mono asqueroso!* Aunque eso no habría sido adecuado porque era a Ojos claros a quién le correspondía tal frase y no estaba bien apropiarse del diálogo de los demás. En su lugar, masculló pidiendo una botella de agua al agente y este, tras acercarse de nuevo, por fin entendió lo que le pedía el doctor y se la entregó.

Román entrecerró los ojos en un esfuerzo por ver a su alrededor, todavía inseguro de si estaba despierto o seguía, de alguna forma, dormido. La oscuridad cubría como una sábana de negra ceñida e impenetrable las siluetas en el interior de la cabina del helicóptero. El único contraste de luz provenía de las lejanas estrellas y las cercanas pantallas ubicadas en el tablero de mando del piloto.

Al mirar hacia su izquierda, a través de la ventana, advirtió la silueta de un ala corta con hélice y entonces recordó la explicación de

Ojos claros acerca del singular helicóptero en que volaban. El agente se había mostrado muy orgulloso al relatar como el gobierno alemán estaba colaborando con ellos y les había concedido el uso excepcional de un Eurocopter X3, uno de los helicópteros más rápidos del mundo. Un hecho que sin duda se debía a las dos hélices, al estilo de un avión turbohélice, instaladas en las pequeñas alas laterales.

El piloto de la aeronave había reducido la velocidad y un torrente de aire gélido entraba por una de las ventanas que se hallaba en ese momento bajada. Román tuvo una primera sensación de desagrado debido al contraste entre el viento helado del exterior y el intenso calor que emanaba de su cuerpo enfebrecido. Pronto, el frío pasó de ser algo desagradable a algo sencillamente tolerable. Al cabo de unos segundos le pareció que era un bálsamo reconfortante.

Extrajo una nueva dosis de paracetamol de uno de los múltiples bolsillos de la chaqueta militar que le había proporcionado Ojos claros y se la tomó. Junto con la chaqueta llegó una pistola, unas breves indicaciones sobre disparar con ella, y la contradictoria orden de no utilizarla en ninguna ocasión, salvo que le dijeran lo contrario.

¿Por qué le daba un arma si no esperaba que la utilizara?
Inteligencia militar, amigo mío, ya sabes, dos términos contradictorios, murmuró una voz en su cabeza. *No es más que un chimpancé, listo para volar al espacio,* añadió otra. *Claro, y yo tengo que capitanear este barco. Exacto, haz que vuele, haz que todos vuelen hasta la nebulosa de Andrómeda, hasta la Puerta de Tannhäuser y que nos cuenten si las marcianas tienen poderes telepáticos.*

Con la dominante oscuridad y el estruendo de las hélices girando en un borrón vertiginoso —estas últimas ofrecían una imagen cautivadora y a su vez preñada de peligro— ningún miembro de la tripulación alcanzó a ver ni a escuchar la soterrada e histérica risa del doctor Román.

Uno de los agentes arrojó varias bengalas por la ventana abierta y al cabo de unos segundos comenzó a distinguirse la azotea y el helipuerto del edificio conocido como base Enebro; allí dónde el

esperanzado sueño de acabar con la muerte se había convertido en una pesadilla de proporciones apocalípticas.

El piloto inició el lento y cuidadoso descenso vertical del helicóptero que se detuvo bruscamente cuando los patines de aterrizaje tocaron tierra. Con una señal del brazo, el agente Parker y el resto del equipo de asalto, compuesto por tres de sus hombres, descendieron primero, enarbolando robustos fusiles automáticos que llevaban incorporados en el lateral una linterna táctica.

El plan no entrañaba ninguna complejidad. Mientras el piloto aguardaba en el helicóptero, Román, escoltado por el equipo de asalto, accedería al laboratorio principal de investigación y allí se quedaría hasta culminar una vacuna para Lázaro. A continuación, transportarían muestras de la vacuna a los principales laboratorios de los países aliados para sintetizarla y producirla masivamente. Ninguna complejidad, ninguna en absoluto, rio Román para sus adentros.

La puerta de doble hoja que permitía el acceso del helipuerto a la instalación se abrió sin dar problemas. Accedieron a un pasillo a oscuras. Con los primeros pasos del equipo los paneles de iluminación incrustados en el techo —rectángulos delgados de un metro de longitud— se encendieron emitiendo una luz blanca, limpia, a lo largo del desierto corredor.

El agente Parker se giró hacia Román e hizo hincapié en que se suponía que la electricidad estaba cortada.

—El generador de emergencia debe de estar en funcionamiento. Desconozco su autonomía, pero no hay ninguna duda de que funciona. Debería seguir enviando energía a las áreas más importantes de la instalación, así que no creo que tengamos problemas porque los laboratorios están en el piso inmediatamente inferior a este —aclaró Román.

El equipo de asalto reinició la marcha. Tal y como había ocurrido con anterioridad las luces se encendieron a su paso y atravesaron un pasillo flanqueado por numerosas puertas y un gran ascensor en el que cabrían sin problema dos carretillas elevadoras. Román les

informó de que en aquel piso se almacenaba sobre todo material cotidiano de uso civil, pues los trabajadores del centro pasaban largas temporadas reclusos allí. Ignoraron el ascensor y utilizaron una de las escaleras que quedaba al final del corredor.

La puerta blindada para el acceso de la planta de investigación se abrió en cuanto Román introdujo el código de acceso en el panel táctil. El piso en sí era un enorme laboratorio, con paredes interiores de cristal separando los diferentes espacios en cubículos o salones, cada uno diseñado para una función específica. Había numerosas mesas de trabajo, estanterías con puertas abatibles, multitud de escritorios y ordenadores, pero, sin ninguna posibilidad de equivocarse, lo que más abundaba allí era el principal y más valioso recurso con que había contado aquella instalación: sus trabajadores o lo que quedaba de ellos.

Una miasma de podredumbre se había impuesto a la aséptica fragancia que caracteriza los espacios que requieren de una impecable higiene para su uso. Aquí y allá, tirados por el suelo, se divisaban los restos de cadáveres roídos hasta los huesos, con apenas unos fragmentos de ropa desgarrada, coágulos de sangre, y unos globos oculares de un blanco opaco, sin párpados, que observaban ciegos desde el fondo de las cuencas del cráneo. Pegada a las puertas de los ascensores se hallaba una pila malsana de huesos y ropa de dos palmos de altura, todo entremezclado, rodeado a su vez por un grotesco charco grumoso y reseco de color ocre.

Román recreó la masacre que se había cometido allí mismo, no hace tanto, donde decenas de amigos y colaboradores habrían tratado de escapar. Se imaginó con que desesperación pulsarían el botón para llamar a un ascensor que no se abriría jamás. Cómo se agolparían, se empujarían contra aquellas puertas indolentes a su sufrimiento, mientras los infectados por Lázaro se aproximarían a la masa aterrorizada, escogerían a una sus presas y daría comienzo el festín. Para los infectados por el parásito aquello debía de haber sido un auténtico buffet libre; el filete de universitario *cum laude*, poco hecho, por favor.

Al pasar por delante de los ascensores el olor se hizo insoportable y uno de los agentes apartó de repente el fusil a un lado, se dobló por la cintura y vomitó una liviana papilla. El agente especial Parker exigió a su subalterno que se recompusiera y este lo logró con bastante entereza y dignidad, después de haber escupido un par de veces al suelo para quitarse el mal sabor de la boca.

Recorrieron el laboratorio y vieron, ahora sí, otros cuerpos. Estos conservaban la ropa y, al menos, algo de carne, aunque esta había menguado considerablemente. Todos estaban extremadamente delgados y la piel, apergaminada y tensa contra los huesos, les otorgaba el semblante de momias modernas.

Estaban completamente quietos, agrupados en pequeños racimos de cuatro o cinco cuerpos, todos en contacto entre sí, adoptando posturas de descanso: sentados o de rodillas, apoyados contra el mobiliario o recogidos sobre sí mismos. Conservaban un aspecto pétreo y Román pensó que si la mitológica Medusa se hubiese paseado por allí el resultado no hubiera sido muy diferente.

—¿Qué les ha sucedido? —preguntó Ojos claros.

—Solo podemos suponer, agente Parker. Pero, a primera vista, parece que han muerto de inanición. Y dado que no han sido devorados es lógico suponer que estaban infectados por Lázaros. Al ser incapaces de obtener más carne, sencillamente han consumido todas las reservas de proteínas del cuerpo hasta que finalmente el propio parásito también ha fallecido.

—Buenas noticias. En ese caso sigamos con la misión. ¿Dónde puede trabajar con la vacuna?

—En el laboratorio central es dónde se guardan las muestras de Lázaros —dijo Román señalando algún punto que quedaba tras una serie de paneles acristalados, resistiendo la tentación de añadir que no era lo único que aguardaba en los viales—. Hay un pasillo más adelante por el que lo alcanzaremos enseguida.

Antes de llegar al prometido pasillo, el doctor los guio atravesando varios cubículos, donde el equipo se vio obligado a

sortear los cuerpos momificados que se hacinaban en el suelo; muy juntos unos con otros, como si deliberadamente hubiesen buscado el contacto de los suyos al momento previo de la muerte.

Entre los rostros que se cruzaron durante el camino el doctor logró reconocer a uno de ellos, aunque a duras penas, y rio secretamente al advertir como Lázaro había hecho posible lo que su anfitrión no pudo lograr jamás. El tipo se llamaba, Joseph o Joshua —nunca recordaba cual de los dos—, y a pesar de ser un genio en microbiología, y de jurar y perjurarse que durante la estación siguiente se pondría a régimen, no se las había ingeniado para bajar de peso los noventa kilos (tal vez más) que le sobraban. Ahora, por fin, y a pesar de la piel apergaminada y la posición petrificada, había cumplido con su promesa y gozaba de una delgadez digna de la más estricta modelo profesional.

No te distraigas, amigo mío, dijo una voz, tan solo sigue con el plan. Claro, el plan. Y aunque no lograba recordarlo, sabía que en cuanto fuera necesario, cuando llegara el momento oportuno, lo recordaría. ¿Y después? Después habría una fiesta y él sería el invitado de honor. Risas, juegos y una gran comilona. Sonaba estupendo. Solo tenía que seguir con el plan.

Una vez Román superó el escáner retinal, y escucharon el simpático pitido que lo sucedió, se abrió la puerta de cristal blindado y accedieron al laboratorio central. Era una amplia sala similar a las demás, salvo por dos notables excepciones. En una esquina, alzándose como grandes monolitos blancos, se observaban tres neveras frigoríficas. Luego, en la pared sur, agrupadas y distribuidas por diferentes tamaños, apiladas unas sobre otras, había una veintena de jaulas de vidrio para animales, cada una conectada a una red de tubos que desaparecían en el techo. Román sabía que los tubos servían tanto para ventilar y filtrar el oxígeno de las jaulas como para rociar a los animales con halotano, un anestésico inhalatorio muy útil cuando necesitaban sacarlos de las jaulas para experimentar con ellos; aunque no creyó conveniente compartir esta información con los compañeros del equipo de asalto.

Buena parte del material de la sala —viales, una microcentrifugadora clínica, y una estantería— estaban volcados, seguramente durante el transcurso de alguna lucha inesperada. Manchas de sangre salpicaban el instrumental, el suelo, y en una de las paredes acristaladas podía verse con claridad la huella impresa dejada por una mano teñida de sangre.

Detrás de una mesa, en el suelo, desparramado boca a bajo y con el cráneo hecho añicos, encontraron a un chimpancé. Tirado junto a este descansaba un extintor y en la base se apreciaban todavía los restos de pelo negro, sangre coagulada y pedacitos de hueso del animal.

Uno de los miembros del equipo de asalto se aproximó al cadáver del chimpancé sin dejar de apuntarlo con el fusil, le dio una temerosa patada, y preguntó si estaba muerto. Nadie contestó y Román por su parte se preguntó si la estupidez podía ser contagiosa, porque en caso afirmativo ya era demasiado tarde y estaban todos condenados.

El resto de los animales seguían en las jaulas, quietos, muertos, y en proceso de descomposición. Solo una de las jaulas grandes permanecía abierta.

Román se aproximó a uno de los ordenadores. La pantalla se iluminó, respondiendo de inmediato, y tras teclear una serie de rápidos comandos la puerta de la jaula se cerró en la distancia como por arte de magia; incluso hubo un chasquido audible, indicando que el cierre se había completado.

—¿Qué está haciendo, doctor?

—Compruebo algo, agente Parker.

Román se aproximó a la jaula, tiró de la puerta, y esta se abrió sin la menor dificultad. Repitió la operación con idéntico resultado.

Antes de la llegada de Ojos claros, antes de que Byrne se arrojara al vacío, cuando les llegaron las primeras noticias de los ataques, su amante y él elucubraron sobre cómo era posible que el parásito hubiera escapado. No había sido un sabotaje. No se habían

infringido los protocolos. La respuesta se abrió justo delante de sus narices. Solo una puerta defectuosa que no se cerraba.

—Doctor, tiene que ponerse a trabajar ahora mismo ¡Doctor!

Román se sacudió el ensimismamiento.

—Sí... sí... por supuesto... el plan. Aquí hay demasiada gente para concentrarse. Dígales a sus gorilas que descansen en esa sala de ahí y que no me molesten —dijo, apuntando a una habitación vacía, solapada a la única pared acristalada del laboratorio y que estaba completamente desnuda de mobiliario.

Los agentes obedecieron, no sin antes lanzar miradas cargadas de rencor al doctor. Ojos claros se sentó en un taburete alto, descargó el fusil sobre la mesa, y durante la hora siguiente no le quitó el ojo de encima al doctor, a pesar de las múltiples quejas de este. Durante esa hora, el doctor, movido por una nerviosa energía hiperactiva, iba y venía de un lado a otro del laboratorio, extrayendo muestras de las neveras, colocándolas en diferentes instrumentos, comprobando información en el ordenador, y añadiendo tubos de ensayo en diferentes soportes.

—Vale —afirmó Román, los ojos brillándole por la excitación— ya está terminado.

—¿Cómo? ¿Tan pronto? Se suponía que tardaría días en terminar la vacuna —dijo Ojos claros con escepticismo, levantándose de la silla y caminando en dirección al doctor.

Román, por su parte, tecleó un comando en el ordenador mientras el agente especial se acercaba.

—¿Está convencido de que funcionará?

—Por supuesto, aquí delante tengo la última pieza de este rompecabezas, la última posibilidad de que exista un futuro para nosotros. Le presento a Mesías y a sus amigos—respondió con una febril sonrisa de felicidad.

El agente Parker vio cinco tubos de ensayo, etiquetados con diferentes códigos, que contenían un líquido transparente. Se inclinó

sobre uno de ellos, aunque no tuvo ocasión de prestarle más detalle. Hubo un golpeteo hueco que apenas alcanzaba el umbral auditivo, pero qué en su frenético ritmo logró atraer su atención a un lugar muy concreto. En la habitación vacía, los otros tres miembros del equipo de asalto aporreaban, dos de ellos el muro de cristal y el tercero la puerta, sin apenas causar más que una ligera vibración.

—¡Doctor! —exclamó Parker—. La puerta de la habitación se ha cerrado. Mis hombres están atrapados ahí dentro... están...

Algo sucedió porque los tres miembros del equipo de asalto alzaron la vista hacia el techo y al momento golpearon con renovado ahínco el transparente muro y la transparente puerta. Golpearon, golpearon, y cayeron inconscientes al suelo. Los ojos de Parker se abrieron desorbitados y Román leyó, en aquellas esferas de un azul pálido, la súbita comprensión de cual era el propósito de aquella habitación. Román ya lo sabía, claro estaba, porque él mismo había diseñado varias de las pruebas que se desarrollaban en su interior con objeto de poner a prueba a huésped y anfitrión, y dónde, para garantía y seguridad de los investigadores, los conductos que proyectaban el gas halotano también conectaban con la sala.

El robusto cuello del agente parecía una presa fácil para la aguja hipodérmica. Así le pareció a Román cuando descendió con el brazo dispuesto a clavársela. Sin embargo, subestimó los reflejos de Parker qué, con un preciso movimiento ascendente del codo, mandó la aguja volando al otro extremo de la habitación y al mismo tiempo logró impactar contra la nariz del doctor y se la rompió.

El agente aprovechó para correr hasta la mesa donde descansaba el fusil de asalto, se giró en un movimiento fluido y entonces... retrocedió tres bruscos pasos, uno por cada una de las balas que impactaron en su vientre. Cayó de espaldas, soltó el arma, y empezó a boquear con incredulidad.

El doctor Román se secó con la manga de la camisa la sangre que brotaba en un fino manantial de su nariz y, con la mano que todavía sostenía la pistola humeante, se ayudó a levantarse. De una patada alejó el fusil de Ojos claros. Durante varios segundos se mareó y a

punto estuvo de caer al suelo, pero logró aferrarse al respaldo de una silla hasta que la cabeza dejó de darle vueltas.

Entonces, fue hasta la mesa en que había estado trabajando y cogió otra aguja hipodérmica. En esta ocasión obvió la dosis de somnífero, que tan poco útil le había resultado. En su lugar se centró en el suero, casi divino, contenido en uno de los cinco viales preparados con tanto fervor durante la última hora. Regresó junto al agente y se sentó con las piernas cruzadas al lado de su cabeza.

Una mancha de sangre crecía lentamente a ambos lados del abdomen de Parker. Estaba pálido, terriblemente pálido. Cada vez movía menos los labios sin dejar de observar algún lugar que quedaba más allá del techo, probablemente más allá de las estrellas.

—No hay tiempo para descansar, agente espacial Ojos claros, su viaje acaba de comenzar —le acarició el pelo con dulzura—. Con este cohete volará más alto y más lejos que ningún otro primate conocido —y una vez dicho esto, le inyectó la aguja en el brazo y empujó el émbolo.

Epílogo

Mi nombre es Legión, pues somos muchos.

Evangelio de Marcos, 5:9.

El relámpago iluminó la noche y dio comienzo a la tormenta. Llovía sobre la carretera. Llovía sobre lo que al principio parecía la silueta solitaria de una persona. Pero aquello, como tantas otras cosas, no habría sido más que una percepción equivocada, ya que la silueta no pertenecía a una persona y, tras ella, a una reverencial distancia, avanzaban otras cuatro formas.

Así que, para cualquier observador casual, se trataba de cinco viajeros empapados que caminaban sin prisa hacia el este. Aunque de nuevo tal consideración habría sido una falsedad, porque desde los cuatro puntos cardinales de la tierra un agitado enjambre compuesto por miles de formas humanas avanzaba hacia la primera de las figuras, como diminutos fragmentos de metal atraídos por un imán.

El individuo en cuestión se sentía pletórico hasta el punto de la locura; pletórico de amor y pletórico de hambre; porque podía sentir a todos y a cada uno de sus hijos. Hasta su advenimiento ellos habían vagado a ciegas, ignorantes, rabiosos y desesperados, y ahora, surgido como un faro en mitad de la noche, lo buscaban a la espera de que los guiara hacia el futuro. Y así lo había hecho, ordenando a la vanguardia de sus hijos a tomar el hogar que les pertenecía por derecho. Desde allí, juntos como una gran familia, moldearían el destino a su antojo.

El primero de los cinco alzó el ojo de su mente contemplando que el mundo le pertenecía; y aquello estaba bien.

Comentarios del autor

Si has llegado hasta aquí permíteme que te de las gracias por haber leído “La hora muerta” el primer volumen de la serie “Crónicas del Homo mortem”. Esta es mi primera novela, el proyecto más grande que he emprendido hasta la fecha, y ha resultado ser una auténtica aventura. Espero que, como yo, hayas disfrutado acompañando a los protagonistas de esta historia y que tengas ganas de saber que pasará después.

También quiero comentarte que como autor independiente (es decir, no tengo el respaldo, publicidad, ni la capacidad de distribución de una editorial tradicional) dependo sobre todo de la valoración del lector para acceder al público y que la obra adquiera una mayor difusión. Es por eso qué, si has disfrutado con la novela y deseas apoyar mi trabajo, la mejor forma de hacerlo es a través de tu más sincera opinión en la página de Amazon que corresponde a este libro, ya lo hayas adquirido en formato de libro electrónico o en libro de tapa blanda.

Por último, pero no por ello menos importante, quiero dar las gracias a Carlos NCT por su excelente trabajo con la ilustración del libro. También agradecer a mi esposa y a Marcos Gallach por su ayuda con la revisión del texto y las correcciones; seis ojos ven más qué dos, más que cuatro, incluso, más que seis.

¡Muchas gracias!

Dónde encontrarme

Puedes encontrarme en mi hogar virtual: Casa de Tinieblas (www.vicentesilvestre.com). Si navegas un poco por la página encontrarás otras publicaciones en papel y contenido de audio.

Para estar al tanto de las novedades que voy sacando te recomiendo que te suscribas al Boletín de novedades de Casa de Tinieblas o le des 'me gusta' a mi página de autor de Facebook: www.facebook.com/vicentesilmarco/

También puedes ponerte en contacto conmigo en la siguiente dirección de correo: casadetinieblas@vicentesilvestre.com

Aprovechando que estás aquí te invito a que te pases a escuchar mi podcast (también se llama Casa de Tinieblas) donde encontrarás audiorelatos y audiolibros de H.P Lovecraft, Edgar Allan Poe y Arthur Conan Doyle, entre otros, y que están disponibles en las siguientes plataformas: iVoox, iTunes, Stitcher, TuneIn, Spotify, Spreaker, Youtube y Wattpad.

El diseño de portada y contraportada han sido obra del artista Carlos NCT y si estás interesado en su trabajo te recomiendo que te pases por su página web (www.carlosnct.com) ya que es una auténtica gozada para la vista.

¡Hasta pronto!